Selecta

ENEIDA WOLF

Lo que pasa en Las Vegas...

Lo que pasa en Las Vegas...

Eneida Wolf

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Prólogo

¿Que cómo empezó todo? Así fue.

Fulminé con la mirada al cura y el cura me fulminó a mí con la suya. Estuve un par de segundos aguantando el duelo hasta que parpadeé. Teniendo en cuenta que el hombre podría ser mi abuelo, no quería ser la causante de que le diese un infarto u algo por el estilo y que muriese —no prematuramente, dejémoslo claro—.

—Señorita, ¿está o no está usted casada?

Me lo estaba preguntando a mí. Yo, casada. Cuando me dio urticaria que mi perfecto novio sacase el anillo del bolsillo y en ese momento resultaba que ya estaba casada. Y no, cuando hizo esta pregunta, no había quinientas personas en la iglesia, solo el cura, Emma y yo, y tampoco iba vestida de blanco —gracias a Dios esto no había pasado el día de la boda, o al menos gracias a la iniciativa del siervo de Dios, ergo el cura—.

—No lo sé. ¿Puedo usar el comodín de la llamada? —acabé diciendo, pues esos temas no eran mi fuerte, así que rebusqué en el bolso mi teléfono.

—No estamos en un concurso televisivo. Esto es serio, ha venido aquí para que su testigo declare que no tienen ningún otro vínculo y así poder casarse. Pero no voy a poder hacerlo si está casada —declaró el hombre, enrojecido.

—La verdad, todo fue un poco confuso, padre. Ya sabe, Las Vegas es un lugar de perversión, orgía y desenfreno —soltó Emma, no ayudando en absoluto.

Debí traer a Aura como testigo, pero, como siempre, estaba ocupada con reuniones. Ella no se hubiese acordado del viaje a Las Vegas y, si lo hubiese hecho, no lo hubiera mencionado delante del cura, sino a mí en privado.

Mentira; si lo recordase, ella misma no dejaría que me casase, es una purista en todo lo que hace.

Ignoré durante un momento a Emma y llamé a un abogado, y el único con el que tengo vía directa es con mi hermano.

—¿Diga? —respondió con decisión.

—Daniel, una pregunta rápida. ¿Si te casas en Las Vegas, pero no lo inscribes, vale el matrimonio? ¿Estás casado de verdad? —Fui al grano, dada la urgencia.

—Aunque no esté inscrito en España en el registro, estás casado en Estados Unidos, solo que el matrimonio no produce efectos frente a terceros que lo desconocen.

—Vamos, que no puedo casarme aquí con alguien distinto, ¿no?

—No, a menos que quieras que te acusen de poligamia.

—¿Cómo? —exclamé asustada.

—Es broma. ¿Te casaste en Las Vegas?

—Creo que sí —susurré.

—¿Y quién fue el susodicho?

Aquí tenía dos opciones:

a) Decirle que hace cinco años mantuve una relación secreta llena de sexo salvaje con su mejor amigo, y que, por ironías del destino, nos casamos en Las Vegas.

b) Mantenerlo en la ignorancia.

Por supuesto, escojo la b.

—Nadie importante. Ya te llamaré, tengo al cura en espera.

—Arréglalo, hermanita.

No podía creerlo, todos mis planes se habían ido al traste. Y todo por ir borracha como una cuba en Las Vegas.

—¿Entonces? —preguntó el cura, que seguía esperando.

—No tendrá que oficiar mi boda, aún. Pero volveré, se lo aseguro —le prometí.

Emma y yo salimos de la iglesia con las gafas de sol puestas y con la sorpresa a cuestas. Estaba casada, y no era con quien estaba prometida en la actualidad.

—Creo que necesitas urgentemente un comité de crisis —dijo mi amiga, recogiéndose el cabello rojizo en un moño desordenado.

—Lo sé. Dios, necesito una copa y un divorcio exprés —exclamé, casi hiperventilando.

—¿Y qué piensas decirle a Gerard?

¿Que qué pensaba decirle a mi futuro marido?

—Tengo dos opciones: o le digo que la boda se pospone por falta de disponibilidad en la iglesia o le cuento la verdad.

—Primera opción, por supuesto, no quiero tener que acudir a tu funeral antes que a tu boda —musitó ella.

—Voy a ser la novia cadáver en este caso.

Definitivamente, aquello era, más que un bache en el camino, un barranco que cruzar.

Capítulo 1

YO, YO MISMA Y MI VIDA

Supongo que todo aquel que vive en Barcelona ha oído hablar sobre mí. A menos que no sepa nada sobre mi familia ni sobre mi revista ni sobre el buen gusto en general y, por lo tanto, me importe tres pimientos que haya o no oído hablar de mí.

¿Eso es bueno? Como todo, tiene sus pros y sus contras, pero me gusta esa frase de «un gran poder conllevar una gran responsabilidad» y sí, puede que *Spiderman* no sea un ejemplo a seguir —les tengo pánico a las arañas, imagínate si se me apareciese el hombre araña—, pero es un buen mantra.

Los Montfort, la familia de mi padre, llegaron a Barcelona en la época medieval como otras familias, huyendo del campo, de los señores feudales que desvirgaban a las hijas de los campesinos, de los saqueadores y de otras cosas que dice la historia. No voy a hacer una biografía demasiado extensa, solo que ahorraron, compraron una fábrica textil durante la revolución industrial, se convirtieron en burgueses y la actual generación tiene un conglomerado de la comunicación con cadena de radio, periódico y revista de moda incluida.

Por otro lado, la familia de mi madre es una de las ramas descendientes de aquel Güell que encargó a Gaudí la mitad de los edificios modernistas que hay en la ciudad, actualmente abarrotado de turistas y acosados por los asiáticos y sus cámaras.

No soy una descerebrada, tampoco me interesa ser famosa por ser la hija de

y, ni mucho menos, por los escándalos. No concedo entrevistas ni exclusivas, no suelo salir en las revistas de cotilleos y, por supuesto, tengo mejor seguridad que un futbolista en Mallorca, por lo que ningún paparazzi ha logrado traspasar mis dominios y dudo que lo haga. La verdad es que tampoco lo han intentado, puede que haya exagerado un poco en eso de ser famosa y no me conozca ni Dios.

A ver, que tampoco soy Paris Hilton —ni por la chica ni por la fortuna; supera con creces mi legado—, pero esto es España, no Estados Unidos y, a menos que te apellides Botín, poco puedes hacer para entrar en la lista *Forbes*. La verdad es que no me quejo para nada, tengo la dosis justa de todo lo que quiero y, lo más importante, lo tengo bajo control.

El ruido de las persianas subiendo me despierta de mi preciado sueño.

—Buenos días, señorita Montfort. ¿Le preparo un café? —pregunta Ernesto.

—Uno muy cargado, presiento que voy a tener un día muy largo —susurro medio adormecida.

Está bien, no es que lo presienta, pero lo que me pasó ayer fue muy revelador. Aún no tengo el poder de ver el futuro.

—¿Hay algo que deba saber?

Ernesto es muy perspicaz. No sé su edad y tampoco quiere decírmela, pero creo que no llega a los cincuenta porque, aunque tiene algunas canas y patas de gallo, no es *tan* mayor. Sería tan sencillo averiguarla como mirar los papeles del contrato de trabajo de la Seguridad Social, pero entonces ¿qué aliciente tendría averiguarlo? No, yo quiero saberlo en cualquier descuido suyo, pero no suelta prenda. Lleva en la familia desde que tengo uso de razón y, por lo que sé, mucho antes. Su padre era el chófer de mi abuelo y este murió cuando tenía diez años y mi familia se hizo cargo de él.

Ahora me lo han engatusado de niñero. ¿Traducción? «Vigila a Júlia para que no se meta en ningún lío, cuida de ella y, sobre todo, que no arruine la revista».

Como si yo pudiera arruinar algo, por favor, soy Júlia Montfort y siempre consigo lo que quiero, siempre, y con mi propio esfuerzo. ¿Que a veces mis métodos no son muy convencionales? Puede, pero la vida no es convencional.

—Problemas legales. Espero solucionarlos en breves. No conocerás a un abogado americano por casualidad, ¿verdad?

—No, pero debería hablar con su hermano.

Después de vestirme con un sencillo traje pantalón de color beis, voy a la cocina para desayunar. Eso de tener tu propio apartamento tiene sus ventajas, como decorarlo como te dé la real gana sin que venga tu madre a decirte que tu habitación «rompe la estética de la casa» o estar a solas y ver películas románticas para llorar a gusto.

Tengo veinte mensajes y son todos de mis locas amigas. Genial, el gabinete de crisis, ya lo había olvidado. Esto no puede ser bueno.

Emma de la Plana y yo nos hicimos amigas cuando en el colegio nos dimos cuenta de que las dos éramos reacias a jugar por miedo a mancharnos la ropa de barro. Pronto descubrimos que nuestra palabra favorita era *asqueroso* y que a ambas nos venía a buscar una niñera cada día que solía estar con nosotras las veinticuatro horas del día.

Ella era más bajita que yo, pelirroja y de grandes ojos azulados oscuros, algo pecosa. Tenía una voz dulce y una falta de figura materna considerable, pues su madre murió durante una operación de rodilla, algo poco común pero posible. Su padre no se volvió a casar por miedo a que quisieran engancharlo por su dinero, así que se limitaba a tener novias. Es todo dulzura, paz y amor, y yo no. Vamos, que mi tendencia es ser borde, algo histérica y desconfiada. Pero, a esas alturas de mi vida, no voy a cambiar.

¿He mencionado que Emma también tiene tendencia a meter la pata? Como ayer, que se me ocurrió llevarla de testigo y cuando el cura le preguntó si yo estaba casada va y suelta: *«Anda, ¿te acuerdas de aquel fin de semana en las Vegas? ¡Te casaste con Gabriel!»* Y el caos se desató.

Aura es, de las tres, la más racional. Suele pensar antes de hablar, mantiene

la calma en todo momento y es la persona más lista que he conocido nunca. También la conocimos en el colegio porque, al igual que a Emma y a mí, nunca la escogían para los equipos de deportes. Pero es que me ponen una pelota de fútbol delante y a mí, a los tres segundos, se me escapa.

Por supuesto que tengo que arreglar ese problemilla, y en menos de un mes porque se me ocurrió la maravillosa idea de tener una boda de primavera y casarnos el 31 de mayo, así que, ahora es 30 de abril; un mes para divorciarme del idiota con el que parece ser que me casé. Así me ahorro mentirle a Gerard; posponer la boda no es una buena idea.

—Ernesto, me voy —lo aviso saliendo por la puerta.

—Que tenga un buen día.

No lo creo, pero tampoco le contradigo. Durante el camino voy escuchando música clásica en el coche para relajarme, no es bueno estar en situación de crisis constante, como lo estoy ahora.

Entro en la redacción de la revista, ahora mi revista desde que papá, por fin, decidió darme el control de ella. Puede que ayudase el hecho de que la anterior directora se jubilase y que la revista estuviese teniendo pérdidas, así que, si la terminaba yo de arruinar, tampoco pasaría nada. Pero no pasó, es más, se está recuperando y estoy decidida a montar mi propio imperio con ella.

Chic no es un nombre que llame demasiado la atención, pero era el nombre que ya tenía y no iba a cambiarlo, al fin y al cabo, quería conservar a las pocas habituales que la leían. Qué decir de que la antigua directora no tenía ningún parecido con Anna Wintour, la directora de *Vogue* por excelencia más temida y admirada de todos los tiempos. Aunque, personalmente, creo que tenía más estilo Meryl Streep cuando hizo *El diablo viste de Prada*, personaje inspirado en ella.

Con ello quiero decir que ni dirigía la revista con mano de hierro ni estaba muy al día de las tendencias ni era ambiciosa. Pero yo sí.

Entro en mi despacho esperando a que mi ayudante, Cisca, me traiga la

correspondencia. Entra tímidamente, tiene el aspecto y actúa como un ratoncillo asustado.

—Buenos días señorita, Montfort. Ha llamado su hermano hace cinco minutos —anuncia, como si yo estuviese a punto de morderla. Que no soy tan mala, lo juro.

—Bien. Dile al fotógrafo que tengo que hablar con él sobre el reportaje de las nuevas tendencias, y a Lyla que no estoy satisfecha con los artículos que me ha enviado.

—Ahora se lo digo.

Creo que le genero una especie de amor-odio indescriptible, pero suele pasar, estoy totalmente acostumbrada.

Cuando entra Lyla me pongo las gafas *hipsters,* que ahora son tendencia, no graduadas, sé que me hacen parecer más lista y ya se sabe lo que dicen: no basta con serlo, sino que hay que parecerlo.

—Me han dicho que los artículos no te gustan —exclama nada más entrar, sin rodeos.

Lyla no se llama así en realidad, sino que es su nombre profesional. Tiene demasiado cabello y lo lleva corto al estilo *garçon,* azul pastel. Es buena en su trabajo y como me gusta meterme en lo que hace, permito que me tutee y que me diga las cosas a la cara.

—Por supuesto que no me gustan, estamos en primavera, a nadie le interesan los beneficios de los spas en Los Alpes ni cuál es la montaña paradisíaca más *cool* del momento. ¡Es para mayo!

—No hay mucho material, los de creatividad están secos.

—Son el equipo creativo, ¿para qué les estamos pagando si no? Quiero estampados florales, gafas de sol, depilaciones láser. Quiero nuevos tratamientos médicos de rostros, quiero una entrevista de alguien interesante e inspirador.

—¿Inspirador? Hay un tipo que se está poniendo de moda —propone entonces.

—¿Un tipo? —Alzo la ceja como siempre hago cuando oigo algo prometedor.

—Un empresario que levantó una empresa de la nada y tiene mucho éxito.

—¿Una especie de Bill Gates nuevo?

—Pero no de la informática, sino de las inversiones —aclara.

—¿Cómo se llama?

—Díaz de Sarralde. Pero será difícil.

—¿Cómo de difícil?

No sé si he dicho ya que me encantan los retos.

—Creo que vive en Estados Unidos.

—Inténtalo. Si no resulta, buscaremos un plan B.

—Estás pensando en algo brillante, ¿no es así? —Lyla me observa antes de salir de mi despacho.

—Algo parecido. Ah, dile a Kike que el reportaje fotográfico lo harán en exteriores, temática campestre estilo *Ralph Lauren*.

—Entendido.

La mañana pasa volando y yo solo tengo una cosa en la cabeza: divorciarme.

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿En qué momento las cosas se torcieron tanto como para llegar a sacar una licencia matrimonial y casarnos delante de Elvis? Las imágenes poco a poco van volviendo a mi memoria, y que conste que yo pensaba que era todo un paripé, que estábamos de broma. Claro, ¿cómo te casas de broma? Es un pensamiento estúpido. Necesito consejo, así que cuando son las dos en punto bajo del despacho y voy andando hasta el restaurante en el que hemos quedado Emma, Aura y yo. Gabinete de crisis.

Aparece con un vestido rosa palo, las gafas de sol puestas y un sombrero a juego. Inconfundible, Emma.

—Voy a hacerme vegetariana —dice nada más sentarse en la mesa más alejada, donde estamos.

—Pero ¿qué dices? Te encanta el jamón serrano, no puedes vivir sin él. Una

noche dijiste que no te volvías vegetariana por el jamón.

—Ya, pero ahora es distinto, ya no habrá más jamón en mi vida. ¿Viste el documental sobre los animales de anoche?

—No exageres, aquí la histérica soy yo. Debería estar histérica. No, estoy histérica por dentro.

Aura no tarda en aparecer, con uno de sus vestidos de ejecutiva agresiva, que es exactamente lo que es. Trabajar en una consultoría y auditoría te vuelve una tigresa sin piedad. Se suelta el moño dejando al aire su cabellera rubia castaña ondulada y se saca las gafas de sol, observándome con sus inconfundibles ojos verdosos.

—Así que te casaste con el innombrable. Divino, ¿eh? —Su voz grave de fumadora, tremendamente sexy, la hace parecer más interesante de lo que ya es.

—Estoy esperando a despertar, darme cuenta de que todo ha sido una pesadilla y volver a la normalidad.

—Cariño, esto no va a pasar. Tienes que divorciarte, y antes de tu boda.

—Gracias, Sherlock. Necesito un abogado que pueda ejercer en el estado de Nevada. ¿Qué? Lo he buscado por internet —exclamo cuando ambas se sorprenden.

—¿Tu hermano no podría ayudarte? —pregunta Emma.

—No quiero que meta las narices más de lo necesario. Estamos hablando del innombrable, el amiguísimo de mi hermano. No quiero que se entere de que estuvimos liados, y menos ahora que han pasado tantos años.

—Conociéndolo, no te va a dar en divorcio fácilmente —comenta Aura, esbozando una pequeña sonrisa juguetona.

—Va a tener que dármelo, por supuesto que sí. Estoy dispuesta a todo.

—¿A desnudarte también? Dijiste que no volverías a acostarte con él —puntualiza Aura, que es una malpensada.

—Ya me ha visto muchas veces desnuda, no me supondría ningún problema.

—Oh, ¿y si quiere algo rollo sado? Dijiste que eso no te iba para nada —

musita Emma con cara de horror.

—No voy a protagonizar 50 sombras. De todas maneras, si la sosa de Anastasia Steel consiguió casarse, yo conseguiría el divorcio.

—¿De qué me estás hablando? —pregunta Emma frunciendo el ceño.

—Oh, había olvidado que no lees erótica. De todas maneras, *Diario de una ninfómana* es mucho más instructivo, interesante y revelador.

—Perdona si prefiero leer algo más romántico —se queja ella.

—Ya sabes lo poco romántica que soy. Ni siquiera lloré en *Titanic* —confieso.

—Todo irá bien mientras no te pida olisquearte los pies —añade Aura.

Vale, me estoy desviando del tema, y Aura aún más porque Emma nos está mirando con cara de «se os está yendo la olla».

—Lo primero de todo: necesito un abogado. Espero que pueda tramitarlo todo él y tenerlo listo en un mes.

—Brindemos por ello.

Y juntamos nuestras copas, ignorando el hecho de que la mitad del restaurante puede que haya oído nuestra conversación y estén pidiendo la cuenta para largarse cuanto antes.

Capítulo 2

LA FAMIGLIA

Todas las familias son complicadas, hasta la familia Adams lo era y, si no, mirad cómo la lía tío Fétido. Y con eso me refiero a que la mía tiene sus cosas, aunque, al fin y al cabo, es la familia.

Papá es de los que lo tienen todo bajo control, no se inmutan para nada y tiene una respuesta para todo. Su melena grisácea a lo Richard Gere hace que muchas suspiren por él, y es que realmente sigue estando de buen ver y en buena forma. Mamá es la perfecta mujer que todo hombre de clase media desearía tener. Elegante, refinada, miembro de muchos clubes, filántropa y rentista. ¿La pega? Que no paran por casa.

Daniel y yo fuimos criados por niñeras que iban y venían, por tutores personales que nos ayudaban a hacer los deberes y, gran parte del tiempo, por Ernesto. A veces, desde que los dos nos independizamos, se acuerdan de que tienen dos hijos y les da por ir a comer los domingos.

Me costó dos años enteros demostrar a papá que podía hacerme cargo de la revista, que había nacido para hacerlo. Y es que, desde que supe que teníamos una revista de moda, soñé con ser la directora. Desde mi adolescencia leo cada revista que hay en el mercado, cada mes. Me he leído todos los libros de Candace Bushnell y he visto todos los capítulos de *Sexo en Nueva York*. Hice periodismo en la universidad y varias optativas sobre la moda. Y, por supuesto, sé de moda porque toda mi vida gira en torno a ella. No por nada ir

de compras es una de mis actividades favoritas.

Pero mi hermano, desde que salió de la facultad entró en el bufete de papá. Nos llevamos cinco años y siempre ha sido el favorito de mis padres. Físicamente somos parecidos, los dos de estatura media, él algo más alto que yo, morenos, atléticos, cara redonda y pómulos marcados. Él tiene los ojos completamente oscuros, marrón chocolate, y yo los tengo tirando a marrón claro. De carácter somos como dos gotas de agua, será que a ambos nos gustaba desafiar a la niñera de turno, hacer que renunciase y nos aburrían los juegos de niños, así que pasábamos a algo más emocionante: jugar con la gente que nos rodeaba. El único que nos tenía calados era Ernesto, y porque era igual de listo que nosotros.

El bufete está en el mismo edificio de la redacción, tres plantas más abajo, así que cojo el ascensor y llego. Me paro delante de la mesa de la secretaria de mi hermano, una rubia de piernas largas y con la cara operada. No me cae bien, pero solo por el hecho de que yo le caigo mal. Si intentara ganarse mi simpatía solo sentiría pena por ella porque mi hermano se esté aprovechando de su cuerpo. Sí, suele acostarse con sus secretarias.

—¿Fabi? No te había reconocido con ropa.

La última vez que fui al apartamento de mi hermano la vi caminando por allí desnuda. No me cae muy bien, por si alguien lo dudaba.

—Tu hermano tiene una reunión. —Se limita a decir asesinándome con la mirada.

—Esperaré.

No pasan más de cinco minutos cuando dos hombres salen del despacho de mi hermano y entro, evidentemente ignorando a Fabi diciéndome que espere, que tiene que decirle a mi hermano que estoy aquí bla, bla, bla.

Está sentado en su silla de cuero negro, trajeado con el último diseño de *Hermés,* tecleando algo en el ordenador.

—¿Se te ha perdido algo en mis dominios, hermana? —dice levantándose y dándome un beso en la mejilla.

Enseguida percibo su colonia de Hugo Boss, potente y reveladora. Lástima que tenga tan mal gusto con las mujeres, que siempre termina liándose con cualquiera, porque es guapo a rabiar, como yo, y tengo muchas conocidas que saldrían con él encantadas.

—Sabes que nunca se me pierde nada por aquí, he venido a verte a ti. Te necesito, o más bien necesito tu ayuda.

—Me siento halagado, raras veces me la pides.

—Necesito un abogado —le suelto entonces.

—¿Yo? —dice extrañado.

—No, alguien que pueda ejercer en Nevada.

Sonríe dejando que unos hoyuelos se le marquen en las mejillas. Siempre me he metido con sus hoyuelos, pero hoy no es el día de hacerlo.

—El asunto de tu divorcio. ¿Sabes? Siempre pensé que de los dos tú eras la más seria, pero veo que me equivocaba.

—No te burles. ¿Conoces a alguien o no?

—Puede, deja que haga algunas llamadas y te digo.

—Gracias.

Esas gracias me ha costado decirlas. Será que quiero parecer autosuficiente y soy demasiado orgullosa como para aceptar que no lo soy.

—De nada. Creo que Gabriel conoce a alguno más.

Casi se me para el corazón al oír su nombre. Por supuesto, preguntémosle al hombre del que pretendo divorciarme. El abogado podría hacernos un dos por uno.

—Preferiría que eso quedase en la intimidad. —Es lo único que se me ocurre.

—Es Gabriel —dice, como si fuese obvio que forma parte de la intimidad.

Formaba, sí, de una en la que él quedaba excluido, pero no voy a entrar en detalles.

—Como Gerard se entere de esto se va a enfadar conmigo, y no quiero suplicar —vuelvo a la carga.

—Te lo digo en serio, a veces parece que no tengas corazón. Se supone que le quieres, ¿no? Sé sincera.

Que lo haga no quiere decir que mi modo de querer sea convencional, porque no lo es. He dejado a un lado esa idea del amor romántico y apasionado, ahora quiero disfrutar de uno tranquilo, ser adorada y sin estar discutiendo a todas horas.

—Cada día te vuelves más perspicaz, ¿estás viendo la serie de *Sherlock*? ¿Vas a decir qué he desayunado?

—No te pases con el sarcasmo. Sabes que no soporto el sarcasmo, es una forma encubierta para no decir a las personas que son idiotas —dice él.

Mi hermano y sus ideas sobre la conducta humana.

—Yo prefiero ser sutil e insultar a la gente sin que se den cuenta, así me río el doble. Y no, no creo que tenga corazón, no como tú lo concibes. Y la sinceridad a veces no es buena idea, y los que dicen lo contrario, mienten.

—A Gerard no creo que le haga gracia oírlo.

—Me trae sin cuidado lo que mi prometido piense en este asunto.

—¿Y por qué te prometiste con él?

—Si algo tiene de bueno, es que en la cama es rompedor.

Niega con la cabeza, dejando un suspiro que significa «no quiero saber nada sobre este asunto».

—Prefiero vivir en la ignorancia en este tema. Por cierto, los abogados en Estados Unidos cobran, y mucho. ¿Sabes que tu marido puede reclamarte la mitad de todo lo que tengas? ¿A que te alegras de no haber cobrado la herencia de nuestros padres?

—Soy Júlia, no Jesús, no puedo multiplicar euros como panes y peces así que, como no quiera la mitad de mi armario... y no es de esos. Corramos un tupido velo.

—Ve a ver a Gabriel —insiste él.

Una náusea se apodera de mi estómago al oír otra vez ese nombre. El nombre del innombrable.

—Por encima de mi cadáver.

—Es mi mejor amigo, va a ayudarte, aunque no te caiga bien. Nunca he entendido por qué te cae mal, si antes os llevabais bien.

—Antes no lo conocía bien. Lo hice y me cayó mal.

Esto no es lo que pasó, pero quiero a mi hermano, así que voy a ahorrarle la historia que lograría que su amistad de toda la vida con Gabriel Vilaplana desapareciese.

—Ve a verlo, de hecho, está viviendo en Nueva York.

—Me lo pensaré —le digo, aunque no hay nada que pensar—. Tengo que irme, Ernesto me estará buscando para asegurarse de que no me meto en líos.

—Que es exactamente lo que estás haciendo. Y me estás metiendo a mí en estos líos, no lo olvides.

—Te encanta, y lo sabes —le doy un beso en la mejilla y salgo de su despacho.

—Confieso que tenerte en mi vida la hace más interesante, pero no te lo creas demasiado.

—Ah, una última cosa.

—Dime.

—Supuras apatía, lo he visto nada más entrar por la puerta. Necesitas un estimulante, esto te vendrá bien.

—¿Tanto se nota que me aburro? —cuestiona, arrugando la nariz.

—No, pero soy tu hermana. Yo de ti dejaría a tu secretaria, un cambio no te iría mal. No, mejor, no te tires a tu próxima secretaria. Limítate a desconocidas en un bar.

—Que pases un buen día, hermana.

Me echa sutilmente de su despacho. Espero que me consiga ese abogado, porque si no, voy a tener que espabilarme yo solita.

Subo de nuevo hacia el piso de la revista y, nada más cruzar las puertas, escucho quejarse a Kike.

A veces ser yo es muy cansado, como cuando el fotógrafo de la revista se

pone en plan «soy un genio creativo y no me dejáis explorar mi creatividad», como ahora.

Sí, a veces tengo que ponerme en plan maligna como Maléfica, ojalá tuviese el cutis de Angelina Jolie.

—¡Kike! Estamos hablando de primavera, no me vengas con gilipolleces de nieve y del cambio climático, que ya hacemos un reportaje sobre él. ¿Has visto las colecciones de primavera? Rosas, verdes, azules pastel. Quiero eso, el granate se lo ha llevado el buen tiempo. ¿He sido lo suficientemente meridiana?

Kike, con el cabello muy corto y gafas de pasta enormes, algo entrado en años y con una barba rubia espesa, me mira fijamente.

—Lo que tú digas, jefa. ¿Vas a decirme qué fotografiar?

—No, te lo dirá el director creativo. Te doy libertad para escoger los paisajes y las modelos, pero hay ciertos límites. Esto no es el MOMA, sino una revista de moda.

Al fin cede, asintiendo antes de suspirar.

—Vale, tienes razón. Cambiemos de tema, he oído que vais a hacerle un reportaje a Ignacio Díaz de Sarralde.

—¿Y?

Ah sí, el nuevo Bill Gates de las inversiones.

—Habrá fotos, ¿no? Porque ese hombre está de pan y moja. ¿Puedo hacerle salir sin camiseta?

—Por mí como si lo pones encima de una bola demoledora en bikini y cantando *Wreking ball*. —Puede que deba contener mi ira y enfocarla hacia el tipo correcto.

—¿No te cae bien?

—Me da mala espina.

Mentira, me la trae al pairo, pero necesito divorciarme del innombrable. Vuelvo a la soledad de mi despacho cuando el teléfono suena.

—Júlia Montfort al habla —susurro, canalizando mi ira hacia esa pelota

antiestrés que llevo en mi mano y aprieto como si no hubiese un mañana.

—Justo la mujer que buscaba. Tu hermano me ha dicho que necesitabas a un abogado que ejerciese en Nevada, ¿cierto?

—Sí. ¿Eres tú ese abogado? —pregunto.

—Soy yo. Estudiamos juntos, pero luego me saqué el BAR y ahora trabajo allí. ¿Es por un divorcio?

Me contengo, quiero decirle que me da igual lo que haga con su vida, pero lo necesito, así que voy a tener que ser amable.

—Me casé en Las Vegas hace cinco años y resultó ser cierto. Quiero el divorcio, y rápido.

—¿Y quién es el cónyuge?

—Está bien, voy a contratarte desde ya, así podremos tener confidencialidad abogado cliente. Nada de lo que te diga podrá ser esparcido y quedará entre nosotros, ¿no?

—Ajá, tenemos confidencialidad de abogado y cliente. ¿Está en prisión?

—¡No! Es Gabriel Vilaplana.

Después de una breve pausa, el hombre habla.

—Entiendo. Joder, voy a tener un conflicto de intereses enorme. Y encima... Dios, esto es más complicado de lo que pensaba.

—¿Porque me lie con el mejor amigo de mi hermano? Estas cosas pasan, ¿no?

No sé de qué me está hablando, que tampoco he matado a nadie, ¿eh? Fue solo sexo, sexo de diez pero, al fin y al cabo, sexo.

—No, verás... es que Gabriel se casó el año pasado.

Creo que, si ahora mismo me pinchan, no sangro. Que el innombrable se casó, qué fuerte. Pero ¿a mí que más me da? Como si quiere volverse musulmán y tener un harén.

—¿Y? —logro decir, en vez de soltar insultos por doquier.

—Que su matrimonio es nulo. Está bien, deberías venir a Nueva York, voy a necesitar tu presencia en los juzgados así que, prepara un billete.

—Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—Soy Alberto Guzmán.

Gabriel se casó. Se casó el año pasado. ¿Por qué yo no sabía nada? Es alucinante. Ahora soy yo quien convoca un gabinete de crisis, porque esto está pasando de castaño a oscuro.

Nunca voy a admitir en voz alta que puede que sintiera algo por Gabriel. Pero me rompió el corazón, eso si lo hubiese tenido. Dios, ¿a quién quiero engañar? Se lo entregué en bandeja y lo pisoteó.

Necesito algo que me distraiga. El sonido del teléfono me distrae. Un mensaje, bien.

Gerard:

Buenos días mi amor, solo quería decirte que llegaré en tres días. Me gustaría que estuvieses aquí.

Oh, pues yo estoy muy bien en mi casa. Ir a Kazajistán en una reunión de negocios no es mi sueño, la verdad. Pero entonces pienso en la pesadilla que estoy viviendo y sí, Kazajistán hasta suena bien.

Capítulo 3

LA AMISTAD PUEDE SER ETERNA

Son las ocho de la tarde y me levanto del sofá para abrir la puerta.

—¡Me ha dejado!

Emma está delante de mi puerta llorando, con un chándal negro puesto y unas gafas de sol que le tapan casi toda la cara, y un bolso más grande que ella.

—¿Quién? —pregunto entonces, buscando en mi cabeza quién era su ligue en ese momento.

—Arnau. Llevábamos una semana, era el amor de mi vida.

Aura está detrás poniendo los ojos en blanco, con unos vaqueros monísimos que pienso robarle en cuanto tenga la oportunidad.

—Pasad.

Si hay alguien que cree demasiado en los cuentos de hadas, príncipes azules y princesas es Emma.

—Me han dejado tirada como una colilla después de fumar. —Después de decir eso, vuelve a echarse a llorar.

—¿Cuánto llevabais, dices? —pregunta Aura cuando nos sentamos en el sofá.

—Una semana y media, contando desde el primer beso.

—Será que no estabais hechos el uno para el otro —le digo convencida, pero Aura me lanza una mirada de «mejor no digas nada».

—Sí lo estábamos. Era el hombre perfecto, la primera vez que hicimos el amor fue tan bonito…

Por fin se quita las gafas de sol y deja ver unos ojos verdes claros y serenos.

—Cálmate, ¿todo iba bien seguro?

—Sí, incluso le dije que le quería.

Casi se me cae el bol de palomitas al cogerlo.

—Oh, joder. Por eso te ha dejado. ¿No crees que ibas a la velocidad de la luz, cielo? —le pregunto.

—Solo quería ser sincera respecto a mis sentimientos.

—Error número uno —dice Aura.

—Creo que lo asustaste —admito yo—. Aunque si hubiese sido un hombre de verdad, te lo habría dicho.

—Eso es categóricamente falso, los hombres son todos de verdad y todos son unos capullos.

—Tu visión negativamente realista del género masculino no ayuda. —Frunzo el ceño al mirar a Aura.

—Habló la que llama innombrable a su ¿marido?

Dios, odio cuando se pone ácida, siempre acaba teniendo razón.

—Cariño, creo que aún sientes algo por Gabriel —dice Emma.

La que faltaba, opinando sobre mis sentimientos.

—No es cierto —me defiendo yo.

—Admítelo, Júlia —me presiona Emma, tirándome una palomita en la cabeza.

—¿Qué tengo que admitir? ¿Que nos acostábamos? Sí. ¿Que yo no sabía ni que salía con alguien? Pues también. Pero tampoco estaba *tan* colada por él.

Por supuesto que lo estaba, pero mi ego no me deja decirlo. Odio a las personas débiles y yo no puedo ser débil.

—Hablando de cosas importantes, ¿tienes abogado o no?

—Tengo abogado, es un amigo de mi hermano. Pero hay dos problemas.

—¿Solo dos? —se sorprende Aura.

—Que también es amigo del innombrable y que voy a tener que ir a Nueva York.

De golpe, Emma pasó de ser un alma en pena a saltar por encima del sofá como una posesa.

—¡Nueva York en primavera! Será precioso, qué ilusión.

—Voy a ir para divorciarme, no para hacer turismo.

—Oh, no voy a dejar que vayas sola. Gabriel es un peligro para ti. Lo sé yo, lo sabe Aura, y hasta lo sabe el vecino del quinto.

—No hay quinto en mi edificio.

—Menudeces. ¿Tengo o no tengo razón?

—Tienes razón —se la da Aura.

—No es cierto. Yo quiero a Gerard, voy a casarme con él, es el hombre ideal. Guapo, interesante, divertido, buen gusto, buen sexo...

—Todo esto está muy bien, pero ¿has olvidado a Gabriel?

—Hace tres años que no lo veo. Lo he olvidado por completo.

O eso creo. O eso espero. Analizándolo bien, si no le hubiese olvidado no podría estar enamorada de mi novio, o al menos esa es mi teoría.

***

A la mañana siguiente, me despierto con una amiga en cada lado de la cama. Que nadie piense mal, solo que insistieron en hablar hasta las tantas en mi cama.

—Hay una maravillosa habitación de invitados —susurro, notando los efectos de dormir agarrotada.

Suerte que la cama es doble, porque si no, dudo que hubiésemos cabido.

—Tú eres más calentita que el cojín —dice Emma aún adormecida.

—¿Gracias? Supongo, claro.

—Eso es malo —oigo cómo dice Aura—. Mierda, debería haberme ido a la

habitación de invitados.

—¿Y cuándo nos vamos, por cierto? —Emma ya está mirando vuelos por el móvil, la estoy viendo de reojo.

—Voy a aprovechar que tengo que hacer una entrevista al nuevo Steve Jobs español que vive allí, al menos el viaje servirá para algo más.

—Yo voy a pedirme el traslado a la sucursal de allí por un mes. Si pensáis que voy a dejar que vayáis solas, es que no me conocéis —dice Aura convencida.

—Y yo... como soy una *blogger* y una *influencer*, rentabilizaré mi viaje —declara Emma.

—A ver cuándo consigues un trabajo de verdad —le riñe Aura.

—Oh, cuando lo encuentre seré la diseñadora de moda más prestigiosa que habrá salido de la península. Y ya tendré mis fans virtuales.

A veces me gustaría ver la vida como Emma, así de sencilla. Supongo que para alguien tan guapa, alegre y estupenda, lo es.

***

No siempre he sido así de rancia. Supongo que durante mi adolescencia fui una chica feliz, con ideas algo maléficas y traviesas, pero, al fin y al cabo, feliz. Quizás pequé de egocéntrica, siempre he tenido un gran ego, pero tener casi todo lo que quieres te convierte en egocéntrico y caprichoso. Si creces en un ambiente bueno y amable, también aprendes a confiar en las personas, hasta que tienes tu primer tropiezo. De las experiencias se aprende, de eso no hay duda. He conocido a muchas personas y puedo decir que no hay ni malas ni buenas. Aquellos a los que consideramos malos, lo pueden ser debido a tres cosas: en primer lugar, tener intereses contrapuestos y que no tengan muchos escrúpulos. Segundo, los que tienen problemas de autoestima y rebajando a los demás se sienten bien consigo mismos. Y, por último, los que tienen envidia de otros.

Yo soy rancia por despecho, así de claro lo digo.

La historia completa *de pe a pa* solo la saben Aura y Emma, por supuesto. El innombrable en realidad se llama Gabriel Vilaplana, y su familia conoce a la mía prácticamente de toda la vida, sus padres coincidieron en el colegio y nuestras madres, vete a saber dónde. La cuestión es que siempre había sido el amigo de mi hermano, sin más, hasta que un día, por casualidades de la vida, los dos coincidimos en una fiesta, hace exactamente dos años. Siempre me había parecido tremendamente atractivo, pues Gabriel es de esos tipos seguros de sí mismos que van por la vida levantando pasiones y que suelen mirarte por encima del hombro, pero de una forma totalmente sexy que hace que la goma de tus bragas se rompa de golpe.

Yo llevaba dos copas de champán de más y estaba en la fase de la borrachera que aún controlas lo que dices, pero la desinhibición toma el control. Fue exactamente entonces cuando nos topamos el uno con el otro en casa de ¿Pablo? ¿Rita? Da igual, Pepito de los Palotes, y me pareció más atractivo que nunca.

—La pequeña Montfort por aquí y bebiendo. ¿Lo sabe tu hermano? —dijo maliciosamente nada más verme.

—No lo sabe, ni lo sabrá. Seguro que se está acostando con su secretaria ahora que papá le ha dado el bufete.

En mi defensa diré que era totalmente cierto.

—¿Estás celosa? —Sus ojos verdes serpenteaban en los míos dejándome totalmente anonadada.

—Un poco. Vaya, ¿siempre has tenido esos ojos tan bonitos? —exclamé sin poder morderme la lengua.

Que sí, que lo dije, pero iba totalmente bebida.

—Siempre, preciosa. En cambio, tú —chasqueó los dedos y me miró de arriba abajo, y no de la forma en que miro un maniquí con un modelito que me gusta sino de una forma pecaminosa— estás más guapa que nunca. Has crecido.

—Sí, me crecieron las tetas. Y el culo.

Con descaro, alargó su cuello y posó su mirada en él sin disimular.

—A mí me gusta el tamaño de tu culo. ¿A quién no le gusta?

—A Karl Lagerfield y sus tallas.

—Que le jodan. —Fue entonces cuando me metió mano y yo no pude resistirme.

Me gustaría decir que le planté una bofetada, que me resistí y que le dije un par de cosas bien dichas. Pero no fue así. Me dejé meter mano y se la metí yo a él. Luego me besó y acabamos liándonos en el armario del pasillo como si fuésemos unos quinceañeros.

No sé si lo he remarcado, pero está bueno. Creo que fue votado como Míster Morbo en la universidad y todo. Tiene el cabello liso oscuro, no demasiado largo, haciendo destacar unos ojos grandes y verdes que, dependiendo de su estado de ánimo, son más claros o más oscuros. Su nariz no es perfecta, tiene el puente demasiado elevado, pero me gusta así, que no lo sea. Y sus labios son rosados y carnosos.

Para terminar, es un ligón con pico de oro. Te dice todo lo que está pensando de ti, todo lo bueno, claro. Pero es que si no está ligando contigo es porque no le gustas, tenlo claro. Además, es un pervertido, un adicto al sexo y un dios del sexo oral. Y le daba igual que yo fuese borde e irónica, no por nada es el mejor amigo de mi hermano y somos iguales. Vaya, que es el hombre perfecto para mí.

O era.

Capítulo 4

VOYAGE, VOYAGE

El chocolate es una de las medicinas más eficaces si se trata de dolores emocionales. Tiene algo que ver con que cuando lo comemos producimos serotonina, algo que hace que seamos felices o al menos que estemos bien hasta que se nos pasa el efecto. Lo leí en un artículo que hicimos en la revista, estudié periodismo, no dietética, aunque sé decir cuántas calorías tiene cada comida aproximadamente.

Cuando como chocolate, es que hay algo que no funciona nada bien, y lo dice alguien que está a dieta permanentemente de una forma irregular e intermitente, pero… En fin, se intenta.

—¿Quiere que vaya a comprar más *Ben & Jerry's*? —pregunta Ernesto entrando en el salón—. A esta hora los pakis de abajo siguen abiertos.

—No, por favor. Que, si hay más en la nevera, me lo como seguro. ¿Ya están reservados los billetes para mañana?

—Así es, cuatro billetes a Nueva York para mañana —responde Ernesto.

—¿Cuatro?

—No voy a dejarla sola en esa aventura. Alguien tiene que vigilarla, por supuesto, y velar por sus intereses, y mucho más cuando no le ha contado a nadie más acerca de su divorcio exprés.

Con cara de horror abro la boca. No puede ser que Ernesto se haya enterado.

—Dios, no se lo has dicho a mamá, ¿verdad? Va a despellejarme viva.

—No se lo he dicho, espero que lo solucione antes de su enlace con el señorito Gerard.

No voy a preguntar cómo se ha enterado, pues Ernesto es la persona más intuitiva y cotilla que conozco. Y encima, se pasa el día en mi casa, cosa que ayuda a descubrir todo acerca de lo que pasa a mi alrededor.

—Por supuesto que voy a solucionarlo.

Esto me lo digo a mí misma, porque es así, hay que hacerlo y punto. Con la excusa de entrevistar al tal Díaz de Sarralde, voy a estar fuera todo el mes. ¿Qué? Por eso soy la jefa, puedo hacer lo que me dé la gana. Además, hoy en día en que estamos conectados las veinticuatro horas del día, voy a poder dirigir la revista desde allí sin problema alguno.

A todo esto, en vez de estar lamentando mi suerte, y encima alimentando mis cartucheras, debería preparar la maleta. No va a ser fácil hacerla, porque soy doña «por si acaso». Ergo, transporto a cuestas mi armario, aunque sea para un fin de semana.

Suspiro, levantándome de mi sofá en forma de U, donde hay hasta para estirarte y dormir, con una manta de pelo artificial de *Textura* de color gris perla, para hacerme la maleta.

Voy hasta mi cuarto, donde saco de debajo de la cama la maleta de grandes dimensiones. Es de las duras, no quiero que el perfume y otras cosas se les rompan durante el trayecto, y todos sabemos cómo tratan las maletas en los aeropuertos.

La esparzo encima de la cama y, cuando voy a empezar a meter la ropa interior, algo me interrumpe: el sonido de mi teléfono. La llamada entrante es de Emma, y se la cojo con rapidez.

—Dime, cielo —pregunto, esperando que no sea algún bache en el camino.

—No vas a creértelo, ¡Andreu me ha pedido que volvamos! Se ha presentado en mi piso con un ramo enoooorme de rosas blancas.

Tendría que haber sospechado que era algo de eso. Qué pena, pensaba que

ese tipo ya había salido de su vida para siempre, pero parece que es más incisivo de lo que yo creía. Andreu… no me cae bien, y creo que es mutuo. Vamos, que es gilipollas, engreído de cuidado, un chulo sin límite alguno y, para más inri, es un chantajista emocional. ¿Que qué es un chantajista emocional? Pues un tipo que hace que le mendigues amor, que te creas que estás en deuda con él por el mero hecho de que seas «digna» de ser amada por él.

Como si fuese un ser superior, por favor. O Jared Leto, que es lo mismo.

—¿Y has vuelto con él? Dime que no.

Mierda, creo que esto último lo he dicho en voz alta.

—Eeeh, no, le he dicho que me voy a Nueva York y que cuando vuelva le diré algo, porque necesito pensar. ¿He hecho bien?

—Definitivamente, sí.

Con un poco de suerte, le lloverán los ligues en la ciudad que nunca duerme, y pronto Arnau, o Andreu. será una pesadilla pasada, y olvidada.

—De acuerdo. Oh, voy a hacerme la maleta, aunque no creo que tenga que meter muchas coas.

—¿Y eso? —pregunto extrañada, pues Emma es una de esas personas que no planifican la ropa por los días, sino por las necesidades que cree que tendrá allí, y siempre se pone en lo peor.

—Mis patrocinadores me enviarán allí toda la ropa que tengo que ponerme durante el viaje. Por cierto, ¿dónde nos alojaremos?

—En el Waldorf, por supuesto.

—Mejor, siempre me gusta volver a los hoteles donde ya he estado, así me siento un poco más como en casa. Por cierto, Aura trabaja demasiado, creo que deberíamos hacerle una intervención en Nueva York.

—¿Una intervención? ¿Sobre qué?

—Sobre su vida. Se está perdiendo toda su juventud. Mi madre siempre me lo decía, que con trabajar demasiado te salía un herpes y pocas esperanzas de procrear.

—Cariño, no creo que Aura quiera ser madre. Ella es feliz con sus esclavos sexuales.

Sí, esclavos sexuales. Vale, no hace falta que llaméis a la policía, no son esclavos de verdad, pero suele decir que en su cama solo quiere placer y que, para ello, deben cumplir sus órdenes así que, a sus amantes los llama esclavos. Y no, no tiene nada que ver con los sumisos, rollos sados etc.

—Pues no sonríe demasiado para serlo.

—En eso te doy la razón. Voy a pensarme eso de la intervención. Nos vemos mañana, no llegues tarde al aeropuerto.

—Tranquila. ¡Hasta mañana!

Nueva York, prepárate.

***

Si hay algo que adoro y no puedo evitar es comprar zapatos masivamente. Soy una compradora compulsiva de zapatos y sí, puede que necesite ayuda profesional, podría probar con la hipnosis, hay algunos fumadores a los que les funciona, pero de momento paso.

En teoría, es normal que la directora de una revista vista bien, ergo comprar zapatos en realidad es como una necesidad de profesión. Al menos esa es la excusa que me ponga a mí misma, aunque todo sean patrañas.

Lo que no es muy normal, es que tenga esa misma necesidad con los bolsos, las faldas, los vestidos, los pantalones, por no hablar de la ropa interior. Soy una adicta, está claro. Y como adicta que soy, no puedo parar. Mirad a los borrachos y a los drogadictos, si les quitas la droga y el alcohol, tienen síndrome de abstinencia. A mí me pasaría lo mismo si estuviese una semana entera sin ir de compras.

Pero estoy en el aeropuerto, a punto de coger un vuelo para ir a Nueva York y, como buenos publicistas que son, para ir a la puerta de embarque hay que atravesar toda la zona de tiendas del aeropuerto. Tiendas en plural.

—Cariño, ¿por qué estás yendo a paso de tortuga? —se queja Aura, dándose la vuelta para observarme.

Señalo un vestido rosa palo del aparador de *Massimo Dutti* a modo de respuesta.

—Lo he visto, pero no tenemos ni tiempo ni espacio para meterlo —responde, cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta la puerta de embarque, destino Nueva York.

—¿Qué le has dicho a Gerard? —pregunta Emma, sacando mi revista del bolso y echándole una ojeada.

Mi prometido. Creo que ya he comentado que la única posibilidad que había era mentir, y precisamente es lo que hecho.

—Que me iba por trabajo, por supuesto. No es plan de decirle, «oye, cariño, no sé si sabes que hace cinco años me casé en las Vegas, y precisamente con el mejor amigo de mi hermano, así que, voy a divorciarme».

—¿Y por qué no? Total, por aquel entonces aún no estabais juntos. No tiene derecho a meterse en tu vida —comenta Aura sin dejar de escribir algo en su teléfono—. Perdona, es que la bolsa ha caído y tengo que comprar acciones de esta farmacéutica.

—No pasaría nada si no me hubiese enterado un mes antes de nuestra boda. Conociéndolo, puede que le dé un infarto, o peor, un ataque de ansiedad.

Nos ponemos en la cola para entrar en el avión mientras Ernesto va detrás de nosotras, ya con el cojín alrededor del cuello, de un verde lima que le regalé para su cumpleaños.

—Creía que un infarto era peor que lo otro —comenta Emma.

—Supongo que para él sí, pero para mí, no. Con un infarto llamas a la ambulancia y listos, si es ataque de ansiedad tienes que estar con el susodicho, calmarlo y hacer otras cosas; vamos, un coñazo.

Parece que mi lógica no convence a nadie, porque me miran mal.

—Yo no sé cómo el pobre chaval va a casarse contigo —susurra Aura.

—Yo tampoco. Pobrecito —secunda Emma poniendo voz de pena.

Quieren hacerme sentir mal, lo sé, y puede que me sienta un poco mal, pero no lo suficiente como para darles la razón.

—Oye, que soy un diamante y no precisamente en bruto. ¿Quién no querría casarse conmigo?

—Todos los presentes después de haberla escuchado —suelta Ernesto.

Frunzo en cejo, pensando en sus palabras.

—Puede que me haya pasado un poco —termino admitiendo, justo cuando le entrego el billete a la azafata.

—Podrías admitir que no estás enamorada de Gerard —murmura Aura, cruzándose de brazos—. Eso aclararía muchas cosas.

—Sí que lo estoy. Es perfecto para mí —me quejo.

—Sí, bueno, ¿sabes quién sería perfecto para mí? Todos los chicos con los que mi madre me ha preparado una cita serían lo que más me conviene, pero no.

Lo que le conviene. No entiendo lo que quiere decir con esto.

—¿Y qué se supone que es lo que te conviene?

Parpadea varias veces, es un tic que tiene cuando no sabe muy bien qué contestar. Lo que más me gusta de Aura es que, bajo esta apariencia de femme fatale que tiene, es totalmente transparente y una persona muy sensata y lógica. Hasta que se enfada y entonces saca la asesina fría y calculadora que lleva dentro.

—Según ella, un hombre que quiera mantenerme y que quiera dos hijos como mínimo.

—Pero si tú adoras tu trabajo.

—Eso es exactamente a lo que me refería.

Ernesto ha tenido la magnífica idea de coger asientos en primera clase, cosa que va a facilitarme mucho el hecho de quedarme dormida en cuanto despegue el avión.

¿Tan mala persona soy? No paro de darle vueltas al tema. Que ya sé que soy caprichosa, egocéntrica y algo bruja, pero coño, si todos fuésemos perfectos,

¿dónde estaría la gracia? En la variedad está el gusto, ¿no?

Tampoco tengo la culpa de ser como soy, si me criaron al *free style*, dejándome a cargo de la niñera de turno y teniendo de ejemplo a mi hermano Daniel, aún he salido mejor de lo que podría esperarse.

Tampoco voy a solucionar nada comiéndome la cabeza, así que en cuanto despegamos, saco el libro del bolso y me pongo a leer, ajena al cuchicheo incesante de Emma y Aura y a los ronquidos de Ernesto.

Tengo un plan a seguir en cuanto aterricemos, y no puedo desviarme de él.

Es sencillo, consta de tres simples pasos:

1. Contactar con el abogado.
2. Enviarle los papeles a Gabriel.
3. Ir al juzgado para que el divorcio sea efectivo.

Ahora que lo pienso, Reese Whiternspoon no tuvo que ir al juzgado cuando quiso divorciarse de su exmarido de Alabama —muy cañón, nada que ver con Gabriel— para casarse con el millonario hijo de la alcaldesa —el del pelo negro y la nariz algo torcida, no tan cañón—. Pero es una película, así que, quién sabe.

En teoría, tendría que darme igual cruzarme o no con él, pero preferiría no hacerlo. No por nada lo llamo el innombrable. Hace tres años que no lo veo, tres años, tengo que tenerlo superado. Ninguna persona sigue enamorada después de tres años sin siquiera saber de alguien, ¿no? Y mucho menos cuando me partió el corazón, cosa que no pienso admitir delante de nadie.

Después de aquella fiesta en la que nos liamos por primera vez, no pensaba ni volver a verle ni hacer nada al respecto. No me malinterpretéis, me gustó mucho, pero no dejaba de ser el mejor amigo de mi hermano, un ligón de cuidado, así que lo vi como un pequeño desliz que no iba a repetirse, pero me equivoqué.

Me llamó al cabo de una semana, no sé cómo consiguió mi número porque solo lo saben los miembros de mi familia, mis amigas, mi peluquero y los de la revista. Ah, y los pesados de *Jazztel* para que me cambie de compañía.

—¿Quién es? —contesté extrañada.

—Soy yo —respondió, con su inconfundible voz que reconocí al segundo.

—¿Y quién es yo? —dije.

A ver, que soy muy mía en estas cosas y nunca voy a dejar que un hombre piense que sea el centro de mi universo, aunque lo sea de verdad. Ni siquiera que crea que es importante a secas.

—Gabriel. ¿Tan rápido me has olvidado?

—Oh, eres tú. ¿Pasa algo?

—En realidad, sí. Verás, tengo ese armario en la entrada de mi casa, uno empotrado como en el que nos metimos.

—¿Y?

—Que cada vez que paso por delante de él pienso en ti. ¿Quieres salir a cenar hoy?

No fue un gran discurso, pero algo más originar que el típico «me preguntaba si querrías salir conmigo a cenar» sí que fue. Y a mí me pareció lo más de lo más.

—De acuerdo.

Por si alguien se lo pregunta, acabamos en el armario de su piso besándonos. La cosa se repitió varias veces, y cuando coincidíamos en alguna fiesta o algún evento solo nos saludábamos cortésmente y nos escabullíamos a algún sitio solitario para darnos el lote.

Lo que pasó fue que, por suerte o por desgracia, durante las cenas —que no eran citas como tal— o quedadas, llegué conocerlo, de esa forma íntima y personal que solo ocurre cuando compartes con alguien cosas profundas y muy tuyas, como por ejemplo ese miedo irracional al fracaso, o lo que me operaría —hablando de estética, eh— o ese vacío que tengo cuando llego a casa al sentirme muy sola. Por su parte, decepcionar a su padre era lo que más temía, y me confesó que a veces no era él mismo delante de él.

Tengo que dejar de darle vueltas a este asunto, pensar en el pasado no puede traer nada bueno. Cierro el libro que no estoy leyendo y, poniéndome el

antifaz, me coloco el asiento horizontalmente para dormir.

Al fin y al cabo, todo eso fue una farsa y acabó dejándome tirada como una colilla en la cuneta. Que le jodan, voy a conseguir mi final de cuento de hadas como que me llamo Júlia. Un puto final de *Disney*, *Pixar* o *DreamWorks*.

Puede que no sea el prototipo de princesa, soy demasiado amarga y malhumorada, pero la reina Leticia es mucho peor y mírala dónde está.

Capítulo 5

NEW YORK

Abro lo ojos dándome cuenta de que acabamos de tocar tierra. Me quito el antifaz y con las manos intento que mi pelo no parezca el de la niña de *The Ring*, aunque presiento que ahora mismo está mucho peor.

Por no hablar de las ojeras, estoy segura de que parezco un mapache, o peor, un oso panda.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto medio bostezando.

—Estamos aterrizando. Toma. —Me alarga Aura un peine de bolsillo y una toallita—. No quiero que en la aduana no te dejen pasar por no parecerte a la de la foto del pasaporte.

Como veis, mi amiga es muy sincera en todo. Demasiado.

—Hum —respondo por lo bajo, cogiéndoselo.

Creo que con esto logro estar lo suficientemente decente como para no tener problemas aduaneros. En cuanto pongo un pie en el aeropuerto de La Guardia, un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Qué hambre tengo —comenta Aura, buscando en su bolso el pasaporte cuando nos ponemos en la cola para poder entrar en los Estados Unidos.

—Es que no has comido nada —responde Emma, que está más fresca que una rosa, la jodida.

—Odio la comida del avión.

—Pues el pollo no estaba del todo mal.

Es que Emma come literalmente de todo, es un agujero negro, no entiendo dónde lo mete porque pesa menos que yo. Maldita genética y maldito metabolismo. Los hombres piensan que el sueño de una mujer es encontrar a su príncipe azul, pero es mentira, las que tienen un metabolismo como yo soñamos con comer de todo sin engordar.

Pizza, sushi, patatas fritas, hamburguesas, chocolate, Yogur griego —joder, lo bueno que está y yo metiéndome *Vitalinea* cada mañana—, pasta con gorgonzola, fuet... Basta, solo de pensarlo me entra hambre.

—Hay algo que se me escapa. ¿Por qué Gabriel está viviendo en Nueva York?

Es lo que me estaba preguntando desde que lo supe, pero evidentemente no se lo he comentado a nadie. En primer lugar, porque una de las personas que podrían conocer ese dato es mi hermano, y no quiero que sospeche que tengo algún interés en él, y mucho menos quién está casado con él —ergo, yo—. En segundo lugar, porque me importa tres pepinos o, corrección, debería, así que no voy a alimentar mis especulaciones más de lo necesario.Y tercero, que cuando se fue hace ya dos años y medio, evidentemente no le hablaba, así que no lo pregunté.

—A mí no me mires, no tengo ningún interés en saberlo —le respondo a Emma.

—Por supuesto, y mi color favorito es el rosa bebé —dice Aura irónicamente—. Lo busqué, y resulta que está al cargo de la filial farmacéutica que tienen aquí.

—Ya.

Tiene mucho sentido, pero es extraño porque siempre me había dicho que todo se controlaba desde Barcelona. Tampoco quiero romperme la cabeza con eso.

—El coche nos está esperando a la salida, después de recoger el equipaje —anuncia Ernesto antes de que nos toque pasar uno por uno por la aduana.

Por mí, como si se ha vuelto en rey de Saba, oye, que me da igual. Aunque

si lo es, eso me convierte en la reina y tengo espíritu de princesa, no por nada guardaba todas las coronas de plástico que me regalaban por mis cumpleaños y me las ponía cuando tenía un mal día. En la intimidad de mi casa, eh, no voy así por la calle.

En cuanto tenemos las maletas, vamos hasta la salida donde el chófer ya nos está esperando, con uno de esos coches muy grandes, una especie de mini bus porque hay mucha maleta —el peor de todos es Ernesto, que parece que se mude—.

—Bueno, ¿cuándo has quedado para ir a ver al abogado? —pregunta Aura en cuanto nos sentamos en el coche.

—Mañana a las nueve.

—¿Y no crees que tendrías que decírselo primero a Gabriel? Es una idea —susurra Emma, que ya está colgando fotos de su llegada a Nueva York, cuando yo aún no he encendido mi teléfono.

—No quiero cruzarme con él si no es indispensable —expreso—. De todas maneras, no solamente he venido aquí para el divorcio, tengo que lograr entrevistar a cierta persona, y tengo que ponerme las pilas.

—¿A quién? — preguntan los tres a la vez.

—A un tal Díaz de Sarralde, no creo que os suene.

—Por supuesto que sí, sale siempre en las páginas de economía del periódico —dice Ernesto.

—Le llevamos la auditoría de una de sus sociedades —comenta Aura, cosa que no me sorprende en absoluto, yo siempre digo es una de las mejores auditoras, bróker y.… un segundo, abogada.

Dios mío, me había olvidado por completo de que había hecho la doble licenciatura, y que Aura también es abogada.

—¡Aura! Si tú también eres abogada. ¿Por qué no llevas mi divorcio? O, al menos, me aconsejas —exclamo indignada.

Veo cómo alza una ceja manteniendo una gélida expresión, cosa que suele hacer antes de perder los nervios.

—Cariño, ¿por qué crees que estoy aquí y por qué piensas, si no, que te he pedido la hora de la reunión? No voy a dejar que cualquier pardillo te asesore. Antes tiene que pasar mi filtro.

—Oye, si ella va, yo también —se queja Emma—. No pienso perderme algo tan importante.

Mala idea, muy mala idea.

—Ni hablar, estás vetada desde que le dijiste al cura que ya estaba casada. Este abogado es amigo de mi hermano, ergo también debe conocer a Gabriel. Digamos que, a lo mejor, juega a dos bandas. No nos podemos fiar de él al cien por cien.

—Oh, entiendo. ¿Y si juro que voy a mantener la boca cerrada? —suplica con su mirada de Gato con botas.

Es real, tiene los mismos grandes ojos verdes tiernos y demasiado bonitos como para ignorarlos.

—Vale, pero ni una palabra. Vienes para intimidar solamente con tu presencia —acabo cediendo.

—Puedes fingir ser mi asesora —propone Aura—. Eso sí, nada de vestidos de colorines, los abogados parece que vayamos siempre de luto, así que te quiero con un vestido negro y unos tacones de vértigo.

Emma asiente, aunque en el fondo sé que en eso del vestuario tiene sus reservas.

Cuando el coche se detiene, miro por la ventana y veo que ya estamos delante del Waldorf Astoria; para muchos, incluida yo misma, el mejor hotel del mundo. Mentira, ese es el Ritz de París, pero últimamente ha estado en obras, y creo que aún sigue cerrado por renovación, así que, de momento, es este.

¿Que por qué lo es? En primer lugar, porque nada más entrar en él, te da esa sensación de que nada malo puede ocurrir allí. Es un remanso de paz en medio de este mundo caótico, un sitio en el que todos tus deseos pueden cumplirse, o al menos las personas que están trabajando allí lo van a intentar.

En segundo lugar, por su historia. Miles de actores, actrices, presidentes, personas de gran influencia han pasado por este hotel. Entre ellas, James Dean, Elizabeth Taylor y hasta Frank Sinatra estuvo viviendo en él. También su nombre está en un plato inventado por uno de sus chefs, la ensalada Waldorf.

Y tercero, porque el jabón es *Ferragamo*.

Ernesto tiene una habitación individual al lado de la nuestra, una suite para que las tres podamos dormir en la misma habitación como si estuviésemos en una fiesta de pijamas.

—Deberíamos ir a cenar y prepararnos para la reunión de mañana —propone Aura mientras deja su maleta encima de uno de los sofás del salón.

Sí, hay salón, un baño enorme y una especie de armario gigante con el que Carrie Bradshaw soñaría. Y yo también.

—Buena idea, son las ocho y media —asiento, mirando la hora en el teléfono—. Por cierto, el abogado acaba de enviarme un correo electrónico de confirmación.

—Oye, y ese abogado... ¿creéis que es atractivo?

Me giro alarmada por el comentario de Emma.

—No lo sé, pero será mejor que te mantengas apartada de él, cielo. Te recuerdo que aún no sabemos si es amigo o enemigo.

—Si es enemigo, yo me encargaré de él —sentencia Aura esbozando una fría y calculadora sonrisa.

Gracias a Dios que esa víbora es mi amiga, porque si no lo fuese, me daría verdadero miedo.

Dejando a un lado mi divorcio, la reunión con el abogado y todo lo demás, ¡estoy en New York! New York, New York, ya lo cantaba Sinatra, la ciudad que nunca duerme.

—¿Podemos ir a cenar a *Kat'z*? —propone Emma entusiasmada, saliendo del baño.

Está como nueva, veo que se ha maquillado, poniéndose un ligero rubor de colorete en las mejillas y un labial beis.

—¿Dónde está eso? —pregunto.

—No lo sé, pero es el restaurante en el que Meg Ryan suelta el orgasmo fingido en *Cuando Harry encontró a Sally*.

—Me encanta esa película, creo que está enormemente infravalorada.

—Muy cierto —secunda Aura—. Pero será mejor que cenemos en el hotel, tengo que preparar tu declaración y no tenemos mucho tiempo. Podemos ir mañana.

—¡Perfecto! —responde Emma.

El servicio de habitaciones acaba siendo nuestra elección, y Emma tiene que conformarse con un par de fotos que le hago desde el balcón y con vistas a la Quinta Avenida, que no están mal, eh.

Hablando de fotógrafos, puede que, en el caso de conseguir la entrevista, tenga que llamarlo para que venga. Eso sí, voy a tener que controlarle, pues este es capaz de pedirle al tal Díaz de Sarralde que pose desnudo.

—Oye, el club sándwich está de muerte. ¿Vas a terminarte las patatas fritas?

—Todas tuyas —murmuro.

Por si las moscas, después de comerme un número escandaloso de tarrinas de lado, me he puesto a dieta, muy seca y muy rigurosa. Todo eso obedece al hecho de que puede que vaya a encontrarme al innombrable. Y ya se sabe que, cuando te encuentras a un ex, lo mejor es estar divina. Y como ese ex, que en realidad no es exnovio, sino examante y pronto exmarido, tuvo la desfachatez de despreciarme en ciertas circunstancias que prefiero no mencionar, si tengo que verlo, quiero estar divina de la muerte.

Quiero ser la maldita Laetitia Casta en aquel anuncio de colonia, Sharon Stone en *Instinto Básico*, o Kim Basinger en *L.A. Confidential*.

Quiero que me mire y piense de nuevo que tengo un jodido culo espectacular que no va a volver a tocar en su vida. ¿Es malo que quiera eso? No lo sé, pero lo digo en serio, muy en serio.

En el fondo puede que desee que él no me haya olvidado. Y esto puede ser

un problema.

Capítulo 6

THE LAWYER

El despacho de Alberto, el abogado que en teoría tiene que llevar mi divorcio —suena rarísimo, hace tres días estaba escogiendo las flores para la boda y ahora esto— está en el distrito financiero.

Tiene un nombre de esos que salen en las series americanas de abogados como *The good wife* o *Boston legal*. Esta última me encantaba; de hecho, poca gente sabe que es un *spin off* de dos abogados que salían en otra serie.

Ernesto no ha querido venir, dice que prefiere quedarse en la retaguardia e ir allanando el terreno para la vuelta con helado en la mini nevera de la habitación, por si acaso.

Nos hacen pasar a una gran sala con vistas a los otros rascacielos y, en general, a la gran ciudad. Aura y Emma van ambas con un vestido negro bastante sobrio sin mangas, medias transparentes y unos *stilettos* de color negro. Yo doy la nota de color, ir las tres de negro sería abusar, así que me he puesto un vestido rojo y mis adorados *Louboutin* con la suela a conjunto.

Nos sentamos a un lado de la mesa; yo, en el medio por supuesto, para no romper la tonalidad cromática que teníamos.

—Dejadle hablar a él primero, y si te pregunta cosas banales, di que sí y ya está —empieza a darnos instrucciones Aura.

—Perfecto.

—Emma, chitón —añade por si acaso.

—Que sí —se queja ella.

Por fin el tal Alberto Guzmán entra por la puerta y se sienta frente a mí, algo confundido. O supongo que es él. Moreno, de estatura no muy alta, cara corriente y un traje y una corbata azulados.

—¿Quién de las tres es Júlia? —pregunta en un perfecto castellano, así que, sin duda, es él.

—Yo —respondo, alargándole la mano—, es un placer conocerte.

—Lo mismo digo. Ehhh, perdona, es que no me esperaba todo esto. ¿Quiénes son ellas?

—Soy Aura Sayols, su asesora, y ella, Emma de la Plana, también.

En cuanto me giro para ver que Emma no diga nada, veo que tiene una libreta encima de la mesa y un bolígrafo en su mano. Pero no cualquier bolígrafo, no, sino uno de color rosa purpurina y con estrellas colgando. La madre que la parió.

—No hay dudas de que vuestro matrimonio fue efectivo, vuestros datos están en el estado de Nevada. Pero, como Gabriel se casó en Nueva York, no cruzaron datos. Me he puesto en contacto con él para comunicárselo y así acelerar los trámites.

—¿Trámites? Bien, me gusta cómo suena eso.

—Solo espero... bueno, evidentemente su matrimonio es nulo, ya he interpuesto la demanda correspondiente.

No lo preguntes Júlia, no preguntes quién es la mujer. No te interesa, te da igual, te importa una mierda... Joder, me muero por saberlo.

—¿Y quién...? —Antes de poder continuar con la pregunta, noto una patada por debajo de la mesa en mi pierna. — Me refiero a si Gabriel también te ha contratado.

No era eso lo que quería preguntarle, pero esta segunda pregunta también me interesa.

—Sí, porque será de mutuo acuerdo, me imagino. No me ha dicho nada concreto, de hecho, no me ha dicho que me contrataba, pero somos amigos. De

la universidad, ¿sabéis?

Por si olvidé mencionarlo, sí, al igual que mi hermano Gabriel estudió Derecho. Son culo y mierda en todos los sentidos.

—Ya.

Iba a decirle que no me interesa en absoluto su vida, cosa que, en otras circunstancias, hubiese hecho sin dudar, pero me callo.

—Escucha, ya que vas a ser mi abogado, quiero que me informes de cualquier cosa irregular que veas en él, ¿entiendes? —le pido, guiñándole un ojo.

Parece que no lo acaba de pillar.

—No te entiendo.

—Estamos hablando de Gabriel Vilaplana, junto con mi hermano son la peor escoria que puedes echarte a la cara cuando se trata de querer algo. En este caso, no creo que le interese estar casado conmigo, pero por si las moscas, infórmame.

—Exacto —secunda Aura.

—Ehhh, ¿de acuerdo? Y, ¿tengo que daros alguna información?

—Todo lo que tengas —responde Aura poniéndose en modo ejecutiva agresiva, cruzando las piernas y sin moverse de la silla.

—Yo... lo siento, no puedo decir ciertas cosas, en realidad sí que soy el abogado de Gabriel, pero para otro asunto.

Aquello me pone en alerta. ¿Qué asunto?

—¿Profesional o personal? Si es lo primero no me interesa —confieso.

Parece dudar antes de responder, pero termina haciéndolo ante la mirada matadora que le echa Aura. Esa que ha hecho que innumerables veces nos hicieran entrar en los clubes siendo menores de edad.

—Personal, y no puedo decir más. Ahora, si me disculpáis, tengo una reunión importante. En cuanto tenga algo, os llamo.

Sale por patas de la sala. Normal. Tal grado de intimidación es difícil de soportar. Podemos ser peores que la tortura china. Vale, estoy exagerando.

—¿Qué asunto personal se traerá entre manos? —preguntó en voz alta.

—No lo sé, puede ser cualquier cosa que requiera un abogado, desde la compra de un piso hasta... ni idea —confiesa Aura.

—Pues a mí me ha caído bien, parece majo —suelta Emma, dejando de apuntar—. He escrito todo lo que decía, por si acaso.

—Bien hecho.

Maldita sea, ahora no voy a poder concentrarme con nada pensando en ese asunto personal. Mierda, mierda y más mierda.

—Vámonos —dice Aura, que es en realidad quien lleva el peso de las negociaciones —si llega a haberlas— y el compás en todo esto.

Salgo del despacho del abogado más preocupada de lo que he entrado. Tengo que ordenar toda esa información porque:

1. Gabriel está casado con —pongámoslo así, sin ninguna razón en especial, y todo parecido con la mitología griega es mera coincidencia— Circe y ahora resulta que no lo está porque se casó conmigo.

2. Tiene un asunto personal y secreto que tratar con el abogado.

Mientras Emma defiende a capa y espada que Alberto es decente y Aura dice que no lo sabemos, leo el correo en el móvil y me doy cuenta de que una de mis fuentes en la revista ha logrado un hueco para entrevistar a Ignacio Díaz de Sarralde.

Esto sí son buenas noticias, por fin. Le envío un mensaje a Kike para que se coja un vuelo a Nueva York cuanto antes. De la entrevista puedo encargarme yo perfectamente, no hay necesidad de hacer venir a nadie más.

No hay manera de poder evitar a Emma diciéndole que no tengo hambre aún, porque terminamos sentadas en un restaurante donde sirven hamburguesas.

—Unas patatas fritas te sentarán bien —dice, completamente obcecada en ello.

—Estoy a dieta rigurosa, tomaré zumo de tomate. ¿En qué estás pensando, Aura?

No ha abierto la boca desde que salimos del ascensor del despacho de abogados.

—En que hay algo que deberías hacer, pero no quiero que sea contraproducente; si no crees estar preparada, di que no.

Me está asustando. Cuando piensa a lo grande en plan abogada del diablo, a veces me asusta. No se corta y se enciende un cigarrillo. Pese a que estamos en una terraza, no sé si se puede fumar, pero en este tema es un poco como Torrente, sí, el de las películas.

—Suéltalo —la animo, preocupada ante tanta retórica.

—Ve a ver a Gabriel. Averigua qué coño está pasando y dile que quieres un divorcio limpio ipso facto. Tomar la iniciativa es bueno, que vea que no tienes miedo.

Esto se dice rápido.

—No tengo miedo —aseguro, pero es mentira.

Claro que tengo miedo, uno muy real. Temo seguir temblando ante su presencia, que mi mundo se sacuda de nuevo por ese cafre y gilipollas. Temo no haberle olvidado y seguir enamorada de él y a su merced.

—¿Ni un poquito? —pregunta Emma a punto de engullir una enorme hamburguesa con queso.

—A ver, ¿qué podría ser lo peor que me pasara? Podría seguir atrayéndome, vale, pero no hasta tal punto de que me desnude ante su presencia, que tengo autocontrol. Por su parte, quedó claro que no sentía nada por mí, así que no será recíproco, así que, nada.

—Puede que te desestabilices emocionalmente —propone Emma.

Esos programas de autoayuda son una gilipollez, me sale con términos muy raros.

—Que no. Pensáis que no es así, pero yo quiero a Gerard, lo digo muy en serio —intento convencerlas—. No todos los amores son tormentosos o empalagosos, no todos tienen grandes gestas. A veces una solo necesita que estén ahí, que la cojan de la mano por la calle o que la abracen mientras ve *La*

vida es bella y come *Ruffles* Jamón Jamón y aun así la besa con ese aliento tan malo que dejan.

Un silencio se apodera de la mesa, no es muy largo, pero puedo ver en los ojos de mis dos amigas esa medio tristeza y alegría cuando escuchas algo bonito. Pero quien tiene ganas de llorar soy yo, porque es verdad que Gerard me adora, me coge de la mano por la calle y me abraza en el sofá cuando vemos alguna película, pero lo último no era con él, y no me he dado cuenta hasta que ya lo había dicho.

—Entonces ve, pero, cualquier cosa, llama y vendremos a socorrerte. De todas formas, yo iré preparando una ruta para ir de compras —sentencia Aura.

—Espero que mi ropa haya llegado, porque me estoy quedando sin bragas. Voy a usar el servicio de lavandería del hotel hoy mismo.

—Es verdad, Emma, ¿cuánta ropa exactamente tiene que venir?

Me mira despreocupadamente y alza los hombros, dando un sorbo a su *Coca-Cola light*.

—No tengo ni la menor idea, pero cuando llega, suele ser bastante. Oye, ¿me hacéis una foto delante de *Tiffany's*? Ya sé que voy muy sobria, pero quiero emular a Audrey Hepburn en la película de los diamantes, me he traído hasta la corona y las gafas de sol —dice, sacando de su bolso negro ambas cosas.

Al menos alguien disfrutará en este viaje, porque me da a mí que ni Aura ni yo respiraremos tranquilas hasta tener el divorcio solucionado.

—Oye, ¿cuántos seguidores tienes en *Instagram*? Por curiosidad —pregunto, porque como yo no tengo, no sé muy bien cómo funciona.

—Dos millones de seguidores —dice como quién anuncia que va al cajero a sacar dinero.

Bueno, la gente dice ir a comprar el pan, pero yo evito los carbohidratos en la medida de lo posible.

—No está mal —musita Aura, mirándola con admiración—. Si no me encantase mi trabajo, me lo plantearía.

—Aura, cielo —dice Emma, poniendo cara de circunstancias—, creo que trabajas demasiado. ¿Te ha salido algún herpes?

—No. ¿Tengo un herpes en la cara? —pregunta horrorizada.

—¡No! Emma está preocupada por ti, nada más. Ya la conoces, solo cree en las relaciones convencionales, eso de los esclavos no lo termina de pillar —explico antes de que el caos se desate.

—Lo cierto es que no deberíamos hablar de esclavitud en Estados Unidos, y menos emplear ese término con ligereza. A no ser que seas negro —murmura Emma en voz baja.

—Cariño, aquí todo el mundo habla inglés, no creo que nos entiendan —la tranquilizo.

¿Cómo ha podido derivar tanto esta conversación? Termino desistiendo y pidiendo un plato de patatas fritas. A la mierda la dieta, a la mierda Gabriel y a la mierda todo.

Capítulo 7

AMOR SIN PREAVISO

Con los nervios a flor de piel y con un calmante bajo la lengua, salgo del hotel y paro un taxi, dándole la dirección que he acabado preguntando a mi hermano.

Creo que no he estado tan nerviosa en toda mi vida, y es que pocas cosas se escapan a mi control, y Gabriel es una de ellas. Pago al taxista y me bajo delante de uno de los edificios de Manhattan. Es uno de esos que tienen esa especie de toldo puesto en la entrada, tan típicos del Upper East Side.

Llamo, y en mi fuero interno espero no obtener respuesta, pero no tengo tanta suerte.

—¿Sí? —pregunta por el contestador.

Me aclaro la garganta y respondo con entereza. Igual que cuando Aragon está a las puertas de Mordor con cuatro gatos, a punto de enfrentarse miles de orcos feos, pestilentes y hambrientos.

Pero Gabriel no se parece a un orco, ni de lejos. Él es atractivo, muy atractivo, huele de maravilla, a ese *aftershave* que tanto me gusta y, casi siempre que tenía hambre, era de mí.

No, Júlia, concéntrate. Recuerda qué pasó la última vez que sucumbiste a sus encantos.

—Soy Júlia Montfort, vengo por un asunto personal —remarco.

Aquí está la clave, personal, aunque él supongo que ya lo sabe.

—Claro, preciosa —dice con una voz grave que… mierda, no.

Hace por lo menos tres años que no lo veo, y temo por mi recuperación mental y sentimental. Porque ese hombre despierta en mí todos los instintos habidos y por haber que puede una mujer tener.

Voy impecable, y lo dice la directora de la revista de moda más *in* del momento, o sea, yo. Vaqueros anchos, botines de ante negros con plataforma, blusa *Twin Set* con ribetes plateados y cazadora también de ante negra. El cabello lo llevo suelto y liso, los ojos ligeramente ahumados para hacer destacar el verde de ellos y un suave labial anaranjado que queda divino con mi bronceado.

Si algo se aprende de las revistas de moda es que todo se encaja mejor si llevas los labios pintados, y que no hay mejor venganza que un ex te vea divina para saber lo que se está perdiendo.

Paso firme y mirada condescendiente, Júlia.

Camino hasta llamar al timbre y espero dos minutos hasta que abre la puerta. Me mira a los ojos y ladea la cabeza. Siempre he odiado que haga eso, supongo que me pone más nerviosa. No quiero perder el control, no puedo perderlo.

—Pasa, emperatriz.

Me había olvidado del absurdo mote que me puso. Solía decir que tenía el porte, me comportaba, miraba a los demás y tenía la clase de una emperatriz. Pero supongo que para quien se cree Alejandro Mango no es suficiente.

—No me llames así —le respondo con condescendencia, entrando en la madriguera del lobo feroz.

Su piso es de un blanco impoluto, como el mío —las tendencias nórdicas se han impuesto con fuerza—, con toques de negro como el mobiliario o el sofá de piel.

—Hacía siglos que no te veía. ¿Quieres beber algo? Nunca rechazabas una copa de champán.

Ni a ti, pero hoy rechazaré las dos.

Me estoy esforzando para no mirarle a los ojos directamente, esos dos faros verdes como prados de Cornualles, tan brillantes y claros como la luz de una mañana de primavera.

Estoy jodida, porque su sola presencia me altera, sigue alterándome. Lo que sí veo es su espalda marcada bajo una camiseta gris sencilla, y unos vaqueros no muy ceñidos. No le mires el trasero, por favor, Júlia.

—Vengo por un asunto muy específico. Estás igual de atractivo —camelarlo un poco ayudará a que acepte.

Al oír eso sonríe y se acerca a mí sin pudor alguno.

—¿Vas a pedirme algo?

Me conoce, aunque hayan pasado tres años. Pero aún no ha visto lo peor de mí, no señor.

—Si piensas que voy a hincharte el ego, para nada, estás muy equivocado. Quiero algo, por supuesto. Supongo que Alberto Guzmán ya te habrá puesto al corriente.

Alzo la mirada encontrándome con sus ojos. Sus jodidos ojos hacen que mi libido se descontrole, pero disimulo.

—Si piensas que solo por hincharme el ego voy a darte algo, estás muy equivocada —murmura, descendiendo su mirada hasta el escote de mi blusa.

—Quiero el divorcio —digo, diciéndoselo sin rodeos.

—¿Tan rápido?

—Cinco años son más que suficientes para aguantarte como marido. Lo digo en serio, me caso el mes que viene, y tú, supongo que a tu mujercita no le hará mucha gracia esta situación. ¿Está por aquí?

Sí, a la palabra mujercita le he añadido cierto retintín, no he podido evitarlo.

—Mi mujercita no vive aquí. Me han dicho que estás jugando a las revistas, ¿te has cansado de las *Barbies*?

Me cabreo al oírle decir eso. ¿Qué piensa que estoy haciendo? ¿Jugando a

tener un negocio? Esto no son los putos *Sims*, aunque si pudiera lo metería en la piscina y quitaría la escalera.

—No me jodas, Gabriel. No te importa lo que hago o dejo de hacer, quiero el divorcio —le pongo énfasis y me cruzo de brazos.

—No has cambiado ni un ápice. Aunque me gustaba tu antiguo culo, este está algo huesudo —comenta, dándome la vuelta sin pudor.

La música de la serie *Se ha escrito un crimen* aparece en mi cabeza, solo que yo ya tengo la puta novela entera en mi cabeza, y su cadáver ya está en el suelo.

—No me toques —digo impasible.

—¿Lo sabe tu hermano?

Camina hasta la cocina, mientras yo le sigo, y saca una botella de la nevera. Jodido capullo, le he dicho que no quería nada. Siempre me vuelvo más libidinosa de lo normal si bebo champán. *Superman* tiene la kriptonita, Belén Esteban, a su hija y yo, el champán.

Abre la botella mientras me quito la chaqueta, y no es por nada más que porque hace calor y odio sudar, aunque lleve desodorante.

—Por supuesto que lo sabe, le gustan más estas cosas a él que a mí, ya lo sabes. De hecho, ha sido él quien ha insistido en que viniera a verte.

Me alarga una copa y yo la cojo. Necesito beber, así a lo mejor se me pasa ese nerviosismo estúpido que tengo en mi cuerpo.

—Así que ha sido Daniel quien te ha obligado. Me había hecho ilusiones de que hubieras venido voluntariamente.

Su voz ronca me desconcierta. Estoy tentada de tirarle el contenido de la copa en la cara, pero me contengo.

—¿Me vas a dar el divorcio o no? —pregunto, viendo que la conversación se está alargando, y si estoy ante su presencia más de lo debido, puede ser peligroso.

—Voy a dártelo, emperatriz. Pero con una condición.

Lo sabía, sabía que querría algo. En serio, de todos los hombres de este

mundo, ¿por qué tuve que enamorarme de él?

—¿Cuál?

Me bebo el contenido entero, no sé si quiero estar sobria al oírlo.

—Quiero que finjas ser mi mujer durante el resto del mes. Cuando termine, te daré el divorcio.

Se le ha ido la olla. ¿Este de qué va? Me río para no llorar, porque la situación tiene tela.

—A ti se te va la castaña —me encaro con él—. ¿Por qué no me das el divorcio, te casas otra vez con tu mujercita y que lo haga ella?

—Cuando estás cerca, es probable que pierda el oremus —dice, mientras alza la mano hacia mi cabello, pero me desvío antes de que llegue.

—No me toques —le advierto de nuevo.

—¿Porque estás prometida con ese patán? —pregunta entonces.

—Por muchas razones. Oye, déjate de historias, a mí no me interesa tu vida.

Entre ellas, que me partieras el corazón, cosa que no voy a decirte nunca, jamás de los jamases.

—Dejaste de llamarme, de responder a mis mensajes, ni siquiera te dignaste a recibirme en tu casa. No me gustó.

Este tío tiene los cojones más grandes de la historia de la humanidad. Por supuesto que lo hice, todo el mundo con dos dedos de frente lo hubiese hecho.

—Bueno, a mí tampoco me gustó enterarme después de echar un polvo en casa de tus padres, delante de tu familia y de mi familia, que estabas prometido.

Tengo más clase que muchas, así que después de tragarme toda la ira, el desprecio y el desamor, fingí desmayarme para que me trajeran a casa y poder llorar a gusto.

Pero sí, eso fue exactamente lo que pasó. No es agradable, lo digo en serio.

—Nimiedades, emperatriz. ¿Te pusiste celosa?

Me esfuerzo en reírme, para que no se note que mi vena del cuello está más que hinchada y mi mano a punto de abofetearle.

—Por favor, ya sabes que le tengo algo de respeto a la institución del matrimonio, no como tú.

—Ya lo veo, has estado desatendiendo a tu marido cinco años.

—La institución del matrimonio ha evolucionado bastante, no estamos en la época medieval, querido.

Entonces sí que se acerca del todo, está a tan solo diez centímetros, puedo hasta oler la colonia que lleva, su *aftershave*, puedo apreciar esa barba incipiente oscura que tiene, una delgada grieta en sus labios algo secos. Joder, si hasta mi vagina me incita a follármelo.

—Que estuviese prometido no significa que tuviese la intención de casarme, emperatriz.

—Bien que lo hiciste —le echo en cara.

Puede que ahora mismo esté hiperventilando. Puede no, lo estoy. Tengo el azúcar a menos cien y me cuesta hasta poder respirar con normalidad. ¿Se puede una correr con tan solo mirar a alguien? Tenerlo delante es como tener una maldita película porno delante de las narices, a mí me excita por igual. Y sí, he visto porno, aunque me excita más leer que ver.

—Te fuiste —murmura.

—Felicidades, ya te he dicho que no hace falta que me cuentes tu vida.

No se mueve ni un ápice, pero yo doy un paso hacia atrás encontrándome con la nevera en mi espalda. Entonces sí que se acerca más, puedo hasta oler su aliento.

—¿Sabes qué pienso? Que, si uno va a cometer un error, debe hacerlo a lo grande, ¿sabes? Si te imaginas que te estoy besando... hazlo de verdad.

Baja un poco más la cabeza y apenas me roza la nariz.

Y esa es una de las veces en que el deseo, la necesidad de un magnífico polvo y la sorpresa de volver a verlo traspasan la lógica, porque entreabro los labios dándole permiso para hacerlo. Arrastra mi bosa sobre la suya mientras me sujeto por detrás de su cuello, dejándome llevar. Su boca es tan cálida como la recordaba, tan dura, y su forma de besar igual que una maldita herejía

sin control.

—No puedo.

Digo en un momento de lucidez apartándolo con la mano. Pero no puedo apartarlo en su segundo intento cuando vuelve a besarme y yo me abandono por segunda vez, arrancándole un gemido de placer cuando le meto la lengua casi hasta la garganta y le clavo los dientes en el labio.

—Pequeña lujuriosa, no sabes cuánto te he extrañado. —De mi garganta suena un suspiro lento y doloroso cuando posa sus manos en mi trasero—. Nadie como tú me llena tan rápido, emperatriz.

Mierda, esto no puede estar pasando. Al oír emperatriz, me detengo en seco y sé qué es lo que debo hacer.

—Suficiente. —Alzo la mano para detenerlo, pero veo cómo la coge y se lleva a la boca mi dedo índice—. Me voy, no tendría que haber venido.

—Emperatriz, aún no has dicho si aceptas mi propuesta.

Ah sí, el rollo ese de fingir.

—¿Qué pretendes? ¿Tenerme este mes rollo *Nueve semanas y media*, además de hacer el paripé en algunos eventos, y después estar el resto de tu vida sin saber de ti?

Tengo veinticinco años y la experiencia suficiente como para saber de qué va esto.

—Fuiste tú la que no quiso saber nada más de mí. Y, si quisiera atarte a mi cama, ¿sería un problema? —alza la ceja con una sonrisa en los labios.

¿Qué le digo? ¿Que para mis partes bajas no lo sería en absoluto?

—Lo sería para tu mujer. O exmujer. O mujer nula.

—No temas, ella no estará invitada.

Se ríe. ¡Se ríe el muy idiota!

—Eres un gilipollas, puede que yo sea una manipuladora, pero no suelo jugar con los sentimientos de los demás, y menos si sé qué sienten por mí.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo sientes por mí?

—No hablo de mí, sino de la otra —respondo con rapidez. Joder, me ha ido

de un pelo.

—Habla la que está prometida y se ha besado con otro.

No quiero entrar en su juego porque voy a acabar perdiendo. El que más siente, suele perder, y esa, indudablemente, soy yo, aunque aún no lo sepa, pero lo intuye. Así que respiro hondo y me dispongo a irme, pero antes me giro hacia él.

—Tengamos ese mes, así después no tendré que volver a verte en la vida.

—Toda la vida es mucho tiempo.

Pero no el suficiente para alejarme de ti.

Capítulo 8

¿ES BROMA?

Salgo de allí con el corazón latiéndome con fuerza y una sensación contradictoria. Joder, verlo ha sido como meterse un chute de adrenalina, no recordaba lo que es estar viva al cien por cien hasta ahora. Pero la culpa me carcome, aunque no demasiado, la verdad. Eso de no tener demasiados escrúpulos facilita las cosas.

Tengo el pulso acelerado, va a toda máquina y no se calma. Puede que no se calme y el efecto dure horas enteras, incluso días. Puede que empalme incluso hasta el fin de semana. Joder, el fin de semana, y ya habrá pasado una semana desde que me enteré de todo.

Al llegar al hotel, me siento en un sillón del salón de la suite mirando en un punto impreciso del cuadro de enfrente, y sí, sigo pensando en el beso.

—¿Qué tal ha ido? —Entra Aura sin llamar—. Ernesto está haciéndole fotos a Emma por Central Park, ¿has visto la cantidad de ropa que ha llegado?

Me giro y entonces veo tres cajas más altas y grandes que yo. Coño, no lo había ni visto.

—Vaya. Pues mal, me estoy sacrificando por el bien mayor, tenlo en cuenta. Todo sea por conseguir el divorcio.

—¿Me cuentas qué ha pasado o tengo que llamar a un hipnotizador? —pregunta, sentándose a mi lado.

—Ha pasado que sigue siendo el mayor idiota que ha pisado la Tierra,

después de todos los dictadores y asesinos en serie y violadores, va él.

—No seas tan histérica y dime si te has acostado con él —pregunta yendo al grano.

Menuda fama tengo, qué bien.

—No me he acostado con él, no soy tan fácil.

—Cuando se trata de él, sí que lo eres.

Mierda, tiene razón.

—Pero no he sucumbido, he sobrevivido —me quejo.

—¿Ni un beso? —pregunta.

—Bueno, beso sí que ha habido. Pero uno no muy porno.

Mentira, ha sido de lo más porno pero no voy a decírselo por respeto a Nacho Vidal.

—Lo sospechaba, estás un poco en el limbo.

Algo que tiene Aura es que es tremendamente intuitiva, siempre sabe si he tenido sexo o cuándo me he pasado con la dieta.

—No lo estoy.

O no quiero estarlo, que es diferente.

—Júlia, creo que deberías replantearte tu relación con Gerard. —Aura se cruza de brazos esperando a ver mi reacción.

—¿Solo porque el idiota de Gabriel me haya besado? No creo. Ya te dije que le quiero.

—Porque te ha besado y te ha gustado. Es más, aún siguen temblándote las piernas.

—He subido por las escaleras, por eso me tiemblan.

Es mentira, ya subo suficientes en *Body Pump*.

—Puedes engañar al resto del mundo, incluso a Hacienda, al mismo FBI y a ti misma, pero no a mí.

En un arrebato tiro el primer jarrón que veo al suelo y dejo ir un grito de frustración.

—¡No lo entiendo! Han pasado tres años y sigue poniéndome calentísima,

más salida que el pico de una pancha —exclamo frustrada.

—Sigues con el calentón, por eso estás de mal humor. ¿Le has preguntado por qué se prometió mientras teníais algo? No sé si se le puede llamar relación.

—No hace falta que seas tan irónica, que no me guste hacer cosas como las parejas convencionales no quiere decir que no tenga novios. Y por supuesto que no se lo he preguntado.

Vale, puede que no me gustasen las relaciones convencionales, pero después de que te pisoteen el corazón, vas a lo seguro.

—Pues deberías. Es lo primero que tienes que hacer. Madre mía, ¿cómo has podido vivir en la ignorancia durante todo este tiempo? —pregunta sorprendida.

—Yo… no se lo he preguntado por el simple hecho de que no quiero que sepa que me importa —confieso, también confesando que en realidad me importa.

Bueno, me importó, ahora no lo tengo yo tan claro.

—Creo que ignorarle durante tres años fue muy revelador.

—¿Tú crees?

Pura ironía por supuesto.

—Está claro que le odias por ello, y él lo sabe.

—Le dije que respetaba la institución del matrimonio, no que él me importase, cosa que es al revés.

—No cuela, cariño. En el colegio te escaqueabas de ir a clase de religión y de ética.

—Al menos hacía algo útil como leer el *Vogue*, no como mi hermano y Gabriel que se iban a los baños a fumar maría. Da igual, de todas formas, acabaré tirándole algo a la cabeza y preguntándoselo durante lo que dure este mes —digo resignada.

—¿Este mes? ¿Qué me he perdido?

—Ha aceptado divorciarse de mí con la condición de que el resto del mes

finja ser su mujer.

Aura pone mala cara y se pone a pensar.

—Está supuestamente casado y te besa, y luego te pide esto teniendo a su supuesta mujer. Ese tío tiene unos cojones de oro, ¿de qué coño va? —se indigna mi amiga—. Y lo más importante, ¿qué está tramando?

—Eso mismo pienso yo.

—Ni se te ocurra acostarte con él —me advierte.

—No prometo nada, está muy bueno. Es mi tentación hecha carne.

Si algo nunca he hecho, ha sido jurar o prometer en vano.

—Pero ¿por qué te lo pide? Aquí hay gato encerrado.

—No sé si se siente atraído por mí o está jugando conmigo —me pregunto en voz alta.

—Tienes una baza con la que jugar, y es que eres la hermana de su mejor amigo. ¿Qué pasaría si Daniel se enterase?

—Que le cortaría las pelotas.

Conozco a mi hermano, y no es porque me sobreproteja, ni estas historias de hermano mayor, no. Es porque odia los engaños y las traiciones, es de los que confía en pocas personas y, si alguna vez se siente traicionado, rompe con ellas para siempre. Y porque su lealtad estaría conmigo y se casó con otra y esto no se lo perdonaría.

—A eso me refiero, se está arriesgando mucho —incide.

—No crees que pueda ser tan cabrón como aparenta, ¿no? Cielo, admiro tu capacidad para ver el bien en las personas, pero hay algunas que no tienen corazón. Como él.

—No hace falta que me lo jures, lo sé, pero hay que ponerse en su piel, y no creo que a Gabriel le interese tener a tu hermano de enemigo.

—Ahí tienes razón.

—Te lo digo en serio, cuando acabemos con tu divorcio, si vuelve a hacerte daño, voy a ir a por él. Y me da igual que sea el amigo del alma de tu hermano, de esa no se libra.

Por eso Aura es mi mejor amiga. Y por su gusto exquisito vistiendo, claro.

—Eso ya lo veremos, estamos hablando de Gabriel, no es ningún aficionado y me conoce.

Sí, me conoce demasiado bien.

***

Estoy de luto.

No, no ha muerto nadie, solo soy yo teniendo que fingir ser la mujer de Gabriel durante un mes. Fingir, lo que se dice fingir, pues no, porque según el registro de Nevada, somos oficialmente marido y mujer desde hace cinco años. Así que sí, nada más levantarme esta mañana y ver que me había enviado un mensaje, me he vestido de negro para expresar mi tristeza.

—El señorito Gerard le ha dejado una nota en la recepción diciéndole que la ha llamado pero que salía el buzón, y que ha vuelto a Barcelona —anuncia Ernesto entregándome el periódico—. ¿Debo hacer algo al respecto?

—No te preocupes, voy a llamarlo esta tarde.

Hablando de llamadas, al fin he podido contactar con la secretaria de la secretaria del tal Ignacio Díaz de Sarralde y mañana por la tarde tengo la entrevista con él. Mañana por la tarde. Mierda.

Innombrable:

Mujercita, mañana por la tarde tienes tu primera misión como mi mujer, te espero en mi casa a las cinco en punto con tu equipaje, tienes una habitación preparada aquí para lo que queda de mes.

PD: tengo las Ruffles que te gustan, tu culo las echa de menos.

Lo odio, lo odio con todo mi ser.

Al menos Kike coge el avión hoy mismo, así que mañana por la mañana ya estará aquí listo para hacer las fotos por la tarde.

—Ernesto, estoy en un lío —confieso mientras caminamos hacia el ascensor

para ir a desayunar—. No sabes lo que me dijo Gabriel.

—No le ha dado el divorcio —adivina.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre que algo le sale mal, se viste de negro. ¿Le ha dicho la razón?

—No, en realidad me está chantajeando. Dice que en un mes me lo dará si finjo ser su mujer, aquí, todo este tiempo. Y esto implica tener que mudarme —suspiro, apesadumbrada.

—¿Nos mudamos mañana? Vaya por Dios, le había cogido el tranquillo al colchón.

—No hace falta Ernesto, es mejor que te quedes aquí por si alguien pregunta. Prefiero fingir que sigo alojada en el Waldorf que en casa de Gabriel.

No pone buena cara, sino más bien de preocupación.

—No me hace gracia dejarla sola.

—Lo sé, pero esta guerra tengo que librarla yo sola. ¿No has estudiado las guerras medievales? Cuando querían atrapar a un dragón los bizantinos ataban a una cabra a un palo. Yo soy la cabra.

Creo que mi metáfora no le ha hecho ni pizca de gracia porque pone cara de «ni se te ocurra hacer algo malo, fuera de lugar o que te ponga en peligro».

Necesito urgentemente un café para empezar el día como es debido.

—¡Buenos días! Hace un día espléndido —dice Emma en cuanto nos sentamos en la mesa donde ella y Aura ya están desayunando.

Emma tiene un plato lleno a rebosar con tortitas con sirope, tostadas con mermelada de naranja amarga y frambuesas. En serio, vivo con el miedo de entrar en el baño después de que haya hecho popó, porque si tiene que sacar todo lo que se mete...

Aura se limita a comerse su croissant con un café con leche mientras me observa escrupulosamente.

—Vas de negro. ¿Qué te ha dicho ahora el innombrable?

Lo ha cazado al vuelo.

—Tengo un problemón. La entrevista con Díaz de Sarralde es mañana por la tarde, pero tengo algo que hacer con mi «marido», si quiero conseguir el divorcio. Así que, una de las dos tiene que hacerle la entrevista.

Miro primero a Aura, que dice que no con la cabeza.

—Ni hablar, sabes que no tengo paciencia y a la mínima de turno lo enviaría a la mierda. Además, tiene pinta de tener los humos muy subidos, sería un fracaso absoluto.

Tiene razón, Aura es la mujer con menos paciencia que conozco. Aunque, que conste, que la quiero mucho.

—Emma, tienes que ser tú. Eres buena persona y sé que no serás grosera con él si dice alguna gilipollez. Aunque hay algo más —confieso.

Ella me mira expectante, frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Verás, me han filtrado una información muy importante, y es que el tal Ignacio va a hacer una fiesta este fin de semana en su apartamento. Mi plan era camelármelo, y que me invitara a esa fiesta, así tendría acceso a este evento tan importante, y podría narrarlo en la revista y hacer fotos.

—Quieres que me invite a la fiesta, lo he captado —dice, pillándolo al vuelo.

—Exacto.

—Entonces se trata de manipularle, y yo no tengo ni idea de hacer eso. Tienes que enseñarme a ser una *femme fatale* porque de *femme* sí, pero lo de *fatale* se me da de pena —dice, acertando en todo.

Es verdad, Emma es muy cándida, pero su candidez está en que es simpática, generalmente feliz y optimista, se preocupa de una forma maternal y siempre, siempre te anima. Creo que si viviésemos en Estados Unidos donde existen los populares y los no populares, dan fiestas de graduación y hay equipo de animadoras, ella sería el prototipo de reina del baile y capitana del equipo.

Yo no encajaría, o por lo menos sería la mejor amiga algo guarra,

deslenguada y segunda capitana que evita que las demás le quiten el puesto. Me encantan las películas de animadoras, en el fondo son igual de manipuladoras que yo.

—Las *femme fatales* son mujeres seductoras y atractivas, pero astutas, un poco malvadas y misteriosas —le digo para empezar.

—¿Te estás definiendo? —dice Aura riéndose.

Definitivamente Aura sería la animadora más borde que existiría en la faz de la tierra, pero todos los tíos suspirarían por ella.

—Yo no soy malvada en general, solo soy poco empática con los que no me importan. Y lo de misteriosa tampoco, estoy segura de que si me *googleo* mi biografía está en algún sitio.

—Dejemos de hablar de ti y centrémonos en lo que tiene que hacer Emma.

—Sabes que soy egocéntrica y has sido tú quien ha sacado el tema. En fin, lo primero es la apariencia, eso por descontado. Vamos a renovar tu armario por completo, nada de colores pastel, nada de rosas ni azules bebé que tanto te gustan.

—Espera, estás dando por sentado que a él le gustan las mujeres así. ¿Y si quiere algo distinto? Yo creo que deberíamos hacer un estudio, como cuando quieres invertir en un negocio y haces un estudio de mercado.

Tengo que reconocerlo, Aura en su trabajo es la monda. Tendría que contratarla de chica para todo.

—En el fondo, da igual todo, como soy guapa va a caer seguro —dice Emma confiada, dando un mordisco a los *pancakes*.

Desde luego, la seguridad en sí misma la tiene.

—Tienes que entrarle por los ojos primero, tienes mucha razón, pero primero tenemos que ir a lo seguro, luego podrás volver a los pasteles. Paso a paso Pequeño saltamontes.

—Vale, señor Miyagi. ¿Qué es lo segundo?

—Buscar un perfume que te identifique. El olor es un potenciador de los sentidos, cuando lo huela pensará en ti y en sexo.

—Oye, ¿y lo del estudio de mercado? —insiste Aura.

—Sería buena idea si este tío no fuese un completo desconocido. No se le conoce ni una novia, ni una. No hay información para eso.

—Es como un fantasma... —dice Emma, somnolienta.

No sé qué coño se estará imaginando, pero no voy a interrumpirla.

Capítulo 9

LOS PROBLEMAS SE MULTIPLICAN

El plan está en marcha. Ayer por la tarde, después de las compras por la Quinta Avenida y terminar de preparar a Emma para que hoy por la tarde pueda abordar al tal Ignacio con dignidad, nos fuimos a cenar al *Indochine*, en Lafayette 430, y celebramos que, por muy mal que nos puedan ir las cosas, al menos siempre nos tendremos las unas a las otras.

Sin duda, hay una alta probabilidad de que esta ficción durante este mes acabe como el rosario de la aurora, que se entere mi prometido, que mi futura boda se vaya la mierda, o peor, que se entere mi hermano y en general todo se vaya la mierda, o que la Providencia me haga el enorme favor de salirme con la mía y llevar todo esto en secreto hasta que todo se resuelva.

La Providencia parece que no está de mi parte, no entiendo por qué, yo nunca la he puesto a prueba ni le he pedido cosas imposibles ni la he desafiado, pero parece ser que este mediodía, cuando iba a salir de la habitación del hotel, ya enviadas mis maletas con el chófer hacia casa del innombrable, ha parecido una persona en mi puerta que puede joderlo todo.

—Hermanita —exclama una voz conocida.

Jesús, María y José, ¿qué hace mi hermano delante de la puerta de mi habitación del hotel?

—¿Daniel? ¿Qué haces aquí?

Mierda, ahora sí que será imposible despistar a mi hermano si tengo que

irme a vivir con el innombrable.

—He venido a ayudarte. Tenías razón, me aburría demasiado. ¿Me pones al día con lo de tu divorcio?

No. Nunca, jamás de los jamases. Pero en vez de esto sonrío echando la melena castaña hacia atrás.

—Tres palabras: acuerdo de confidencialidad —dice Aura saliendo por detrás, y plantándose a mi lado.

Santa Aura, patrona de las casi divorciadas desamparadas.

Mi hermano alza una ceja y analiza a ese nuevo ser que ha aparecido de la nada. Que la ha visto miles de veces, pero mi hermano se cree un ser superior y solo dirige la palabra a quienes le hablan, y a Aura le importa un comino conocerlo o no hacerlo.

—Aura, ¿cierto? Es mi hermana, soy de confianza.

—Lo siento, pero por circunstancias que desconoces, no puedes saber nada. ¿Necesitas que te lo diga con señales de humo?

Mayday, Aura es la persona más sarcástica que existe en el planeta Tierra, y mi hermano odia el sarcasmo.

—No hace falta que uses el sarcasmo, preferiría que me llamases idiota a la cara —suelta él.

—Pero eso sería demasiado fácil, me gusta usar el cerebro y llamarte idiota de una forma diferente.

Discusión en 3,2,1... Vale, no, porque Daniel se está riendo, y a carcajada limpia.

—Vaya, vaya, si eres la amiga de mi hermana más interesante que tiene. ¿Me acompañas a comer?

—Síiiii, es que yo tengo que ir a hacerle una entrevista a un tal Díaz de Sarralde, para la revista.

Mentira, ha ido Emma porque yo tengo algo, según Gabriel, muy importante. Ergo, si no voy, no me dará el divorcio.

—Qué remedio —exclama ella.

—¿Cómo es que no habíamos hablado antes? —le pregunta Daniel.

—No suelo abrir la boca si no tengo nada que decir, y este era el caso.

Mi hermano Daniel se muerde el labio. No, esto es malo, siempre hace esto cuando encuentra a una chica muy atractiva. Dios, estos dos o acaban matándose entre ellos o acaban metidos en la cama, lo sé porque los conozco.

—Espero que no te importe si comemos fuera, soy fumador.

—Yo también, pero ya lo sabías, ¿no? Me has visto lo que tenía dentro del bolso, y es un paquete de *Marlboro*.

—Muy perspicaz.

Es lo último que escucho cuando cierran la puerta y me quedo a solas en la habitación.

Tengo que irme otra vez a casa del innombrable. Hay algo en lo que no puedo dejar de pensar, y es que, ¿por qué su mujer no vive con él? Tendría que haberle sonsacado información a mi hermano, o mejor, pedírselo a Aura porque parece que estos dos se entienden mejor que el pan *Bimbo* y la *Nutella*.

En fin, será mejor que recoja el equipaje y vaya tirando. Oye, ¿y ese vestido? Debe de ser uno de los que le han traído a Emma. Es parecido a los *Hervé Leger*, blanco crema, ajustado al cuerpo, pero largo hasta las rodillas, y sin escote. Tiene mucha clase, si me lo pongo con la chaqueta azul marino y los Manolos... bueno, por qué no, luego le escribo diciendo que le he mangado el vestido.

Estoy divina, y ya que es algo «importante», qué menos que pintarme los labios de rojo, mate pero rojo.

***

El camino hasta su casa se me hace largo, muy largo, hasta que por fin el coche se detiene y puedo bajar. Llamo otra vez al interfono, esperando su respuesta.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Pero si es mi mujer. Adelante, querida. El portero ya sabe que vienes, él te ayudará con el equipaje.

Me irrita cada vez que dice eso. Me irrita mucho. En fin, voy a respirar hondo e intentar no matar a alguien ni apretar mucho los ojos, porque llevo rímel.

En cuanto me abre la puerta con una sonrisa, yo le devuelvo el gesto con cara de perro enfadado.

—Vamos, no te pongas así. Tenemos una invitada.

Invitada dice. Lo primero que pienso es que es su mujer. Bueno no, su mujer soy yo, debe de ser Circe. Puede que la que acabe muerta sea yo y no él. Dios, al menos voy a morir en Manhattan y con un vestido decente y los labios pintados de *Chanel* rojo. Entro en pánico interiormente, pero mantengo la compostura. Respiro hondo y doy tres pasos exactos hasta estar dentro del recibidor.

Parece que cerca no hay moros en la costa.

—¿Gabriel? Hazla pasar al salón —escucho la voz de una mujer.

Clavo la mirada hacia el innombrable alzando una ceja.

—¿Quién es? —pregunto con voz suave pero algo perturbadora, parecida a las películas de miedo antes de que pase algo horrible.

—Mi abuela, está deseando conocerte.

Me pongo una mano en el pecho y respiro tranquila. Mierda, lo he escenificado.

—Oh —solo menciono.

—¿Quién pensabas que era, emperatriz?

Me ha pillado, pero pienso salir victoriosa de esto.

—No lo sé, podría haber sido cualquiera, conociéndote, hasta Donald Trump, y me cae mal por lo que hubiese sido difícil fingir.

Por la expresión de incredulidad que pone, sé que no me cree, pero no quiere hacer esperar más a su abuela así que nos adentramos hasta el salón,

donde hay un juego de cafetera junto con unas pastas puestas y colocadas en la mesilla, delante de los sofás.

La abuela de Gabriel es una de esas personas mayores muy elegantes y refinadas, con el cabello completamente blanco y recogido en un moño bajo. Su camisa blanca y falda de rayas negras y blancas es impecable, y lo digo yo que soy la directora de una revista de moda, que no es moco de pavo. Lo que más me impresiona es que tiene los mismos ojos verdes impactantes que Gabriel, y eso es un poco perturbador. Se levanta para saludarme con dos besos y yo sonrío porque, ante todo, soy una mujer muy educada.

—Es un placer conocerte, querida. Soy Lara. ¿Café?

—Sí, por favor.

Los tres nos sentamos igual que si estuviésemos en una de esas reuniones desenfadadas y no en algo tan extraño y surrealista como es la realidad.

—Y bien, querida Júlia, porque es Júlia ¿no? Supongo que ya sabías lo que hacías casándote con alguien como mi nieto en Las Vegas.

Me molestaría si fuese verdad, si no fuese Júlia Montfort Güell y no fuese la directora de una revista. Pero no lo hace, entiendo la preocupación de la mujer; yo, si estuviese en su lugar, también me preocuparía que de un día para otro una pelandusca viniese a decir que está casada con mi nieto sin conocerla de nada.

A parte de que tiene la elegancia de Audrey Hepburn. Y no puedes simplemente odiar a Audrey, lo que quieres es caerle bien.

—Abuela, joder, no digas estas cosas —suelta Gabriel algo enfadado.

Yo alzo la cabeza y frunzo el ceño.

—No le hables así a tu abuela —lo regaño—. Solo se preocupa por ti. Imagínate que yo no fuese Júlia Montfort, ni siquiera firmamos un acuerdo prematrimonial.

—¿Por qué no me dijiste que era la hermana de Daniel? —exclama de golpe la abuela, completamente indignada—. Me hubiese ahorrado toda esta preocupación.

—Hablando de mi hermano, está en la ciudad. De momento Aura lo está entreteniendo, pero no creo que dure mucho hasta que se entere de todo este circo. Y, por cierto, ¿por qué necesitas estar casado conmigo hasta este mes? ¿Y qué es lo que te traes con Alberto Guzmán? Se ha tomado muy en serio eso del acuerdo de confidencialidad.

Lara me alarga una taza de café humeante mientras sonríe.

—Esta sí que me gusta querido, y no la anterior. Tiene mucha más clase vistiendo y es lista.

—Intento ser la nueva Anna Wintour —exclamo, muy feliz de que se me reconozca mi valía.

Sobre todo, por encima de Circe, la otra mujer. Tener a la abuela de mi parte me hace muy feliz, pero luego me doy cuenta de que esto no es una competición y que yo lo que quiero es el divorcio. Mierda.

—Asumo que no le has contado nada, Gabriel.

—No lo ha hecho —secundo.

El innombrable deja el café en la mesilla y se dispone a hablar.

—Mi abuelo, cuando se divorció de mi abuela, ella, la dejó completamente fuera del testamento, y dejó las acciones de la compañía repartidas entre mi padre, la nueva mujer de mi abuelo, y yo. Teniendo en cuenta que tenía el 90% y que el 10 restante era de un inversor extranjero, Roger Davies, es sumamente importante tener el control y aliarse con Davies.

—¿Qué porcentaje os dejó? —pregunto.

—A Úrsula, el 10%; a mi padre, el 40; y a mí, el 40 restante, pero lo mío venia con una condición.

—Mi exmarido estaba obsesionado con la perpetuidad del linaje y de que la compañía siguiese en manos de la familia, así que tenía que estar casado durante al menos dos años después de su muerte —añade Lara.

—Y ese término supongo que termina a finales de este mes —deduzco, por el pacto que he hecho con Gabriel.

—Exacto —responde él.

Capítulo 10

THE GRANDMA

Ahora lo entiendo todo, aunque aún me queden algunas preguntas por hacer, como por ejemplo cómo es que quieren tener la mitad de la compañía, pues eso significa que su padre no está de su parte.

—¿Y no habéis intentado comprarle el 10% a la tal Úrsula?

—Pues claro que sí, pero la mujer de mi marido, aunque lleve más Botox en la cara que Nicole Kidman, no es tonta y está asesorada por mi hijo —explica Lara.

—Mi padre no se tomó muy bien que mi abuelo me dejase el 40 % restante, y yo no me tomé muy bien que intentase impugnar el testamento y dejarme sin nada —dice Gabriel.

—Mi hijo siempre ha sido un egoísta que no mira por nadie, de hecho, no le tembló la mano cuando dijo que quería vender la casa de Barcelona donde yo vivía y que le había tocado en el lote de bienes hereditarios, y que me buscase otro lugar. Y tú —dice, refiriéndose a su nieto—, siempre te has esforzado tanto en agradarle que no veías que era un déspota que no va a querer a nadie de verdad en su vida, ni a su propio hijo —exclama indignada.

Sé cuál es esa mirada que tiene Gabriel, esa mezcla de enfado y tristeza. También sé que no lo va a decir, porque es igual que yo en este sentido, sabe que mostrar debilidad es algo que no puede permitirse. Ahora mismo estoy tentada de alargar la mano hasta la suya y reconfortarlo, pero no lo hago por

muchas razones, entre las cuales está la cuestión de por qué demonios se prometió con otra mientras estaba conmigo, y no, no fue por lo de la herencia porque por aquel entonces su abuelo seguía vivo.

—¿Y no será un poco raro que aparezcas con otra mujer después de dos años teniendo otra? —menciono, quitándole hierro al asunto.

—No importará mientras los papeles sean válidos. Además, mi padre no sabe qué es lo que estoy planeando contra él ni que tengo a mi abuela bajo mi protección. De hecho, los únicos que saben de qué va el tema son el socio minoritario y tu hermano.

—Ya sabía yo que mi hermano no dejaría pasar algo como esto para meterse de lleno. Va a terminar enterándose, lo sabes ¿verdad? Es un milagro que no supiese nada de lo que había ... entre nosotros.

¿Incómodo mencionarlo? Mucho, y más delante de su abuela. Pero esta sonríe maliciosamente, no sé por qué.

—¿Seguro que no lo sabía? Querida, tu hermano es encantador, pero me recuerda un poco a un Corleone cuando de estas cosas se tratan.

¿Está comparando a mi hermano con los mafiosos más grandes del cine? Cómo se nota que lo ha calado a la perfección.

—Si lo sabía, no me dijo nada —respondo—. De todas formas, no fue nada serio —añado con rapidez.

—Serio o no, estáis casados. Hacéis muy buena pareja.

Creo que me pongo algo roja, cosa rara porque yo nunca me sonrojo.

—Estoy prometida, voy a casarme dentro de un mes.

Nadie dice nada, se limitan a beber un sorbo de café y yo hago lo mismo. ¿Tan raro les parece? A ver, no iba a llorar su perdida *in secula seculorum*, por favor. Soy guapa, soy lista y un partidazo, por supuesto que iba a encontrar a alguien solo con chasquear los dedos.

Como dijo Beyoncé, puedo tener a otro como tú en un minuto. Pero Gerard, por suerte, no es como Gabriel.

—Creo que deberíamos contarle el plan, querido, ya que parece ser que

está metida hasta el cuello ahora. Y es probable que mi hijo, cuando se entere de que eres tú su mujer, quiera sobornarte por cualquier medio.

—Abuela, no la asustes.

—No sería la primera vez, te recuerdo que lo hizo con ...

—Abuela, es Júlia, una Montfort, es intocable. Si le hace algo, entrará en conflicto con su familia y se puede formar un buen escándalo. No hará nada de eso.

—Puede que no le haga daño, pero intentará disuadirla.

Mierda, he estado a nada de saber el nombre de la mujer de Gabriel. Porque —y ahora puede que me mandéis al infierno poco cotilla— no se casó con la chica con la que se había prometido mientras estábamos liados, no, esa era una *influencer* alemana de culo inexistente.

Por supuesto que miré cada una de las fotografías de su *Instagram* y me fustigué viendo las imágenes que tenía con él y también el hecho de no haberlo visto.

La chica era famosa en internet y, además, la hija de un empresario importante. Pero eso es agua pasada, y acabaron rompiendo dos meses más tarde, cosa que celebré abriendo una botella de champán para mí solita.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Engañar a Úrsula para que me venda las acciones. Y aquí entra tu hermano.

Que mi hermano esté metido en el ajo no me sorprende ni pizca, la verdad. En eso me recuerda un poco a Bertín Osborne, que tanto te hace una corrida de toros como anuncia jamones, cría vacas que vende picos de pan y aún hace programas tipo *En tu casa o en la mía* con claras connotaciones sexuales y que a nadie se le ocurren.

Después de que su abuela se marchase, evidentemente le he dicho al innombrable que tenía que hablar con Emma por lo de la entrevista, cosa que es verdad, aunque lo que más me preocupa es quedarme a solas con él porque ya se sabe cómo puede acabar la cosa, y solo diré que fregando el suelo con

las rodillas es solo una de las opciones.

Quedo con ella y con Aura en el *Rose Bakery*, una pastelería de lo más *cute* con cupcakes, muffins y todo tipo de pasteles de lo más sofisticados.

—No entiendo por qué hemos venido aquí, no tienen alcohol y necesito una copa —me quejo sentándome en la mesa donde mis amigas ya están aposentadas—. ¿Qué os pasa?

Ambas están muy calladas. Esto es raro, sobre todo viniendo de Emma.

—Emma está en apuros. Ella cree que no, pero lo está —dice Aura, encendiéndose un cigarro poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué me he perdido? —pregunto—. No me digas que no has hecho la entrevista. ¿Kike estaba allí?

—Ha venido antes que yo y le ha hecho cuatro fotos. Te estaba esperando en el hotel, se me ha olvidado decírtelo.

—Cuando acabes de contarme qué ha pasado, me pasaré por allí.

—Todo ha sido muy extraño, ¿sabes?

—Emma, empieza por favor.

—Está bien. Su secretaria me ha hecho pasar, todo muy normal. El edificio es bastante feo, el de su oficina, todo hay que decirlo, y la decoración bastante sosa. He entrado en su despacho y me he sentado en el sillón de delante del escritorio. Ignacio estaba de espaldas a mí, mirando a través del enorme ventanal que tiene y que da un vértigo horrible, con esa silla giratoria de piel negra, parecida al malo del Inspector Gadget, el del gato en el regazo. Yo he empezado a hacerle las preguntas que me pusiste, con buena entonación y con empuje, y mira que yo tengo paciencia, pero... ese hombre ha colmado la mía.

Ay, madre. ¿Qué quiere decir eso? Nadie había hecho perder a Emma la paciencia, nunca. Esto ha tenido que ser grave.

—¿Qué le has dicho?

—Después de decirme que no iba a contestar a la pregunta de su película favorita porque me importaba una mierda, he saltado. Y que conste que no era la primera grosería que me decía.

—Repito, ¿qué le has dicho?

—Simplemente le he dicho que colgaría su respuesta en mi *Instagram* para que el mundo viese lo capullo que era. Entonces se ha dignado a girar la silla y a mirarme.

—Y te ha echado de su despacho.

—Yo pensaba que iba a hacerlo, estaba preparada para ello, pero no ha sido así.

—Ah, ¿no?

El mundo está loco, es oficial. Llega a pasarme a mí y me dan una patada en el trasero.

—No. Me ha mirado y se ha reído. Entonces me ha dicho que qué hacía yo haciéndole la entrevista.

—¿Te conoce? ¿Os conocéis? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No, yo no le conocía, pero él a mi sí. Es uno de mis seguidores. Primero me ha preguntado que, si quería una foto con él para ganar más seguidores, a lo que le he respondido que no, que no creía que nadie que me siguiera tuviese ningún interés en él y que le estaba haciendo un favor a una amiga.

—¿Y luego?

—Ha coqueteado conmigo, descaradamente. Y me ha invitado a esa fiesta que tu decías. Finalmente me ha preguntado si por casualidad creía que él era una especie de Christian Grey y yo le he dicho que no leía esas cosas ni veía porno.

Muy típico de Emma. Me estoy imaginando al chaval poniéndose en plan dominador como en la primera escena del libro ese y Emma sin enterarse de nada, siendo la mar de simpática.

—¿Algo más que sea relevante?

—A la salida me ha dicho que las pelirrojas eran su tipo, y me ha besado.

Cuando dice esto, Aura y yo nos ponemos en alerta roja.

—¿Así sin más? —pregunta Aura apagando el cigarro—. ¿Ha habido sexo encima de la mesa?

—Por supuesto que no, yo soy demisexual —exclama mi amiga.

—¿Demi qué? —pregunto extrañada.

—Demisexual. Solo puedo tener relaciones sexuales con las personas con las que tengo lazos emocionales. Si no, simplemente no me atrae.

—Yo no sabía eso —confiesa Aura.

—Ni yo —confieso.

—Le dije eso a Ernesto y me dijo que yo era demisexual. En fin, que le di un bofetón al tal Ignacio Díaz de Sarralde, y este se rio en mi cara y me dijo que le gustaba que fuese tan salvaje.

Caramba con Ernesto, es un pozo de sabiduría. Y caramba con Sarralde.

—Qué tío más raro, en serio, ¿no hay millonarios que no sean tan excéntricos? Normales, que les guste tener un perro, ir al cine y tener sexo de una forma normal.

—Querida, entonces ¿para qué ser millonario? —responde Aura.

Pues para ir de compras y no tener límite en la tarjeta de crédito, claro.

Capítulo 11

CRISIS PASAJERA

El innombrable tiene material de sobra para chantajearme, no por nada estuvimos dos años y medio viéndonos fin de semana sí, fin de semana no. Llegué a calarle bastante bien, y él a mí. Por ejemplo, sé que odia las salchichas, también cuando mezclan primeros y segundos platos con fruta y la música demasiado moderna.

Así que aquí estoy, en mi nueva habitación haciendo una lista de todas sus posibles debilidades y de cómo servirme de ellas para contraatacar cuando sea preciso. Mi hermano ha desaparecido del mapa, yo pensaba que buscaría a Aura como un perro en celo por toda la ciudad, pero parece que se ha quedado encerrado en su habitación del hotel buscando cómo engatusar a la abuelastra de Gabriel para que venda las acciones.

Yo le aconsejaría que lo hiciese como en *Las seductoras*, esa película de Jennifer Love Hewitt y Sigourney Weaver donde se casan con hombres con pasta y cuando se divorcian les sacan el dinero. Pues lo mismo, total, unas ya nos casamos sin obtener nada a cambio y encima nos chantajean por ello.

Cuando el teléfono suena y veo que es Gerard, entro en pánico. Mierda, tenía que llamarle y no lo he hecho. Salto de la cama con la bata de *Victoria's Secret* puesta y ya con el maquillaje quitado. Tendré que negarme a hacer una video llamada de esas.

—¿Diga? —decido cogerlo, es mucho mejor.

Si no, podría preocuparse de verdad y llamar a Ernesto, y si Ernesto vuelve a decirme que lo llame es capaz de contarle algo de lo que está pasando, y adiós boda.

—Cariño, ¿qué pasa? Es más difícil hablar contigo que obtener audiencia con el Papa.

El Papa de Roma no estaría en esta situación, primero porque seguro que con su autoridad los matrimonios se hacen y deshacen a su antojo, no por nada tiene el poder supremo de la iglesia. De todas formas, no es que me casase por la iglesia, así que este problema, por suerte, no lo tengo.

—Cielo, no sabes lo ocupada que he estado. El reportaje en Nueva York se va a extender hasta finales de este mes. Esto es una locura, y no sabes cómo se las gasta nuestro entrevistado estrella, es un idiota —digo basándome en la información que Emma me ha dado.

—¿Un mes? Pero ¿llegarás a nuestra boda? —pregunta entrando en pánico.

—Por supuesto que sí, tú no te preocupes, lo tengo todo organizado.

Menos el divorcio, pero estoy en ello. Y el cura, pero si no, voy a poner un anuncio en alguna parte, seguro que alguien acude, ¿no? Tampoco es que pueda pedirlo por *Aliexpress*, que ya sabemos cómo llegan las cosas.

—Mi madre pregunta de qué colores son las flores.

¿Las flores? Mierda, no me acuerdo. Espera, que tengo una foto que la organizadora me envió.

—Te mando una foto para que sepa el color exacto. Si tienes cualquier duda, llama a Miranda, es la organizadora y ella está al tanto de todo lo que he escogido.

Mentira podrida, lo escogió ella, me lo presentó y yo di el consentimiento, pero soy la directora de una revista de moda, estoy muy ocupada.

—Perfecto, cariño. ¿Estás bien? Te noto tensa.

¿Solo tensa? Estoy al borde de un ataque de nervios. Si Pedro Almodóvar y yo hubiésemos coincidido por aquí, estoy segura de que habría renegado de su anterior película o hubiese hecho un *remake* basándose en mí.

Escucho cómo mi puerta se abre y, de golpe, aparece Gabriel en pijama. Un pijama de seda azul oscuro con una delgada ralla blanca, el cabello algo despeinado y los ojos clavados en mis piernas desnudas. Mierda, mierda y pura mierda.

—Lo estoy, lo estoy —le aseguro.

—¿Estás tensa, emperatriz? —dice Gabriel, acercándose más hasta donde estoy, con el teléfono aún en mi oreja.

—Quita, bicho —suelto.

—¿Cariño? —pregunta Gerard, extrañado.

—Oh, era... un mosquito. Voy a llamar a Ernesto para que fumigue —intento salvar la situación.

Entonces es cuando la pierdo totalmente cuando siento las manos de Gabriel en mis hombros y empieza a darme un masaje sin tregua. Esto es trampa, es hacer trampa, no vale. Noto como mis músculos se relajan instantáneamente y un cosquilleo de calma y relajación invade mi cuerpo.

—Cariño, ¿te estás durmiendo? Vaya, no he mirado qué hora era allí.

—Un... poco —susurro, disimulando.

—Descansa, hablamos en otro momento. Te quiero, cielo.

—Yo a ti... —Estoy a punto de decir también cuando noto los labios del innombrable en mi cuello.

Virgen Santa, esto no puede suceder y, si sucede, no me puede gustar.

Cuelgo antes de que me entre un ataque de pánico y le doy un empujó a Gabriel apartándolo de mi lado.

—¿Qué haces, insensato? Te dije que no me tocases un pelo, sal de mi habitación. —Me pongo a la defensiva, pero es que, si no lo hago así, en menos de lo que tardo en decir «largo», ya estamos dándonos el lote.

—Solo te ha faltado decir corre, y hubieses hecho un Gandalf. Solo quería darte las buenas noches, pero te he visto tan estresada... —se justifica, poniendo cara de buena persona.

Y una mierda.

—Ya me las has dado, ahora largo —insisto, haciéndole el gesto universal de «fuera de aquí».

—¿Sabes lo que te relajaría? Una buena sesión de *jacuzzi*, lo tengo en mi habitación, ¿quieres?

Señor, dame paciencia porque esto es el colmo.

—No. Lo que me relajaría es perderte de vista.

—Como desees, emperatriz.

Prácticamente lo arrastro hasta la puerta, lo saco de mi habitación y la cierro. Madre mía, si todos los días de este mes van a ser de esta manera, puede que no sobreviva.

***

Cuando esta mañana me he levantado y me he dado cuenta de que estaba en casa de Gabriel, extrañamente, no me he asustado. Es raro, pues cuando me despierto en una cama que no es la mía suelo entrar en pánico, ya sea un hotel o cualquier otra cosa pasajera.

Lo raro de todo esto es que, aunque hayan pasado tres años, sigue pareciéndome familiar. Es como cuando hace mucho tiempo que no ves a alguna de tus mejores amigas: aunque hayan pasado meses, parecen solamente días. Solo hay que empezar a hablar y, de golpe, vuelves a tener esa familiaridad tan exclusiva solamente con algunas personas. Precisamente, es eso lo que me pasa con Gabriel.

Curiosamente, a la hora del desayuno no estaba, solo una nota pegada en el frigorífico diciéndome que no llegaría del trabajo hasta las siete. Mejor, ahora mismo quiero ignorarle en la medida que sea posible.

Le escribo a Emma y a Aura y quedamos en que en media hora nos encontraremos en el MOMA. ¿Qué? Es un museo que me encanta ver, y Emma dice que hacer allí un par de fotos para su cuenta famosa le irá bien. Creo que nunca más voy a meterme con ella, pues gracias a eso ha conseguido colarnos

esta noche en la fiesta de Ignacio. Quién lo iba decir, el famoso empresario sigue chicas guapas por *Instagram* y quiere ligar con ellas.

¿Punto a mi favor? Por supuesto.

Pero, antes de acudir, llama a la puerta Kike, el fotógrafo. Le dije ayer que quería verle de inmediato para escoger las fotos, pienso lanzar la entrevista en el próximo número de primavera.

Allí está, con una mueca propia del genio incomprendido que se cree que es.

—¿Y esa cara? Creí que querías hacerle las fotos a Ignacio, y lo has conseguido —pregunto mientras entra en el recibidor—. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Pues mira, decía que me atraía porque es tremendamente atractivo y dicen que juega en mi liga, pero es mentira —responde frustrado.

—No sé cómo sigues haciendo caso a los rumores, la prensa rosa no tiene ninguna credibilidad, Kike.

Que sí, que a veces aciertan, pero igual que se acierta en la lotería, o por mera intuición.

—Lo sé, pero de ilusión también se vive. Qué suerte tiene tu amiga, que ese pedazo de hombre te tire la red.

—Lo dices como si Emma fuese un pescado cualquiera. Ella es la reina de las almejas, no lo olvides.

—Por mí como si es la princesa de las gambas. Aquí tienes las fotos —responde, alargándome el portafolios.

Interesante. Los enfoques son buenos, la luz también es perfecta para la revista y el modelo... No ayuda demasiado su pose, se nota que le importa un pepino que estén haciendo fotos, pero esa mirada despectiva supongo que atrae a las lectoras, así como su innegable atractivo. La verdad, no sabía qué aspecto tenía el tal Ignacio Díaz de Sarralde, pero, ahora que le veo, no está nada mal. Es lomito, de porte elegante, delgado y bastante alto. Tiene unos ojos azulados redondos bastante llamativos, y una fisionomía masculina que llama la atención.

—Me gustan estas tres, pero como la entrevista es bastante corta y limitada, creo que dos páginas, o una, bastará.

—Perfecto, jefa. Me voy, tengo que coger un avión dentro de cinco horas, y aún quiero pasarme por la Quinta Avenida.

—Perfecto. Cuando el reportaje esté completo, quiero verlo.

Por suerte no pregunta qué estoy haciendo en esta casa en vez de estar en el hotel. No quiero que todo el mundo sepa de mi pequeño gran problema derivado de mi nuevo estado civil.

Hemos quedado con las chicas en el Starbucks más cercano al museo. Si hay algo que sobre en Nueva York, son Starbucks. O no, porque la cantidad de gente que entra y sale de allí es abrumadora. En Barcelona tenemos el *Fornet*, donde no hay *lattes,* pero sí cruasanes pequeños de chocolate o ensaimadas deliciosas, y qué decir, yo soy de café descafeinado con unas gotas de leche, nada sofisticado.

—Chicas, hay algo que me gustaría saber, antes que nada —les confieso antes de pedir un cappuccino.

Emma abre esos ojazos que tiene impaciente por escucharme. Hoy va bastante sencilla, con una falda tejana y una camiseta lisa.

—Soy bastante buena averiguando cosas o, si no, pregunto —dice.

—La mujer de Gabriel. ¿Con quién demonios se casó? ¿Y por qué no salió en las páginas de sociedad? Es un Vilaplana, a la gente de la prensa, cuando hay una boda de bombo y platillo, no se le escapa.

—Cariño, ¿en qué estás pensando? —dice Aura, preguntando al chico del Starbucks si se podía fumar.

—Puede que se casase por necesidad y, creo que la chica se dejó chantajear por su padre, por lo que dijo su abuela —deduzco.

Después de coger el cappuccino, el cortado y el *mocca* doble de nata —adivinad de quién es cada uno—, salimos del sitio porque el chico no deja fumar a Aura y no quiero que escriba ninguna queja que no va a servir para nada.

—¿Estás segura de que quieres saber si Gabriel se casó por lo de las acciones o porque la quería? Y, ¿estás preparada para saber quién es?

Aura puede que esté preocupada por mí, lo entiendo, lo comprendo, pero es algo que debo saber. Necesito saber, más bien. Y es que todo este embrollo No ha servido para nada más que para suscitarme mil dudas. Yo creía firmemente que Gabriel me la había jugado, había jugado con mis sentimientos, con mi corazón, había jugado con mi persona. Encontrarme con que él tiene sus propios problemas y que pueden estar relacionados con lo que me hizo, no hace más que incrementar mis dudas. Sin embargo, estoy bastante segura de que nada va a cambiar lo que siento, todos estos años de sufrimiento nadie va a poder eliminarlos, no se puede volver al pasado y enmendar los errores, porque enterarme de que estaba prometido y no haberme dicho nada fue horroroso.

—Lo estoy —afirmo con rotundidad.

—Bien, porque yo ya lo sé.

Me quedo a cuadros cuando Aura revela esa información.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Por qué? —exclamo con un mini ataque de histeria.

—Pedí la información al registro civil en cuanto supe que se había casado, solo para asegurarme.

—¿Y bien?

Circe va a tener cara y ojos, no me lo creo.

—No te va a gustar —dice, dando una calada al cigarro y expirando el humo mientras hace una mueca de desagrado.

—Aura, dímelo de una vez —susurro estando demasiado nerviosa.

—Es Mimi.

—¿Mimi? ¿La pesada de Mimi? ¿Esa lameculos?

Solo de pensar que Gabriel me ha besado, habiendo besado con anterioridad a esa babosa, a ese elemento de mujer... me dan náuseas.

—Pero si Mimi era modelo, o eso pone en su I*nstagram* —dice Emma,

sorprendida.

—Creo que la profesión de modelo y tener un estado civil de casado no son incompatibles, cielo.

—Bueno, hay mucha gente que cuando se casa con alguien que puede mantenerlo, se dedica a vivir la vida —concreta Aura—. De todas formas, esa poco modelaje hacía, más bien, vivía del cuento.

Mimi, quien realmente se llama Mireia, se puso ella misma ese mote en quinto de primaria. Iba a nuestro colegio, de eso la conocemos. Fue siempre un pelín repelente, de esas personas de la clase que siempre quieren ser los primeros en todo: en la fila, en hablar, en tener buenas notas, en deporte... La verdad es que nos daba bastante igual y la ignorábamos, aunque siempre quería hacer lo que nosotras hacíamos y nos seguía a todas partes.

—Tengo que decir que es muy revelador que Mimi no viva en casa del innombrable —las informo mientras terminamos los cafés.

—Lo es. Pero está en Nueva York, ayer colgó una foto del *Empire States* —dice Emma enseñándola.

—Puede ser que Mimi haya sido sobornada por el padre de Gabriel para que se divorcien antes de terminar este mes y que por eso no vivan juntos —me ilumino lanzando esta teoría.

—Podría ser. ¿Vais a ir esta noche a la fiesta del tal Díaz de Sarralde? —pregunta Aura.

—Por supuesto.

—Yo, puede que me ausente. Tu hermano sabe más cosas de las que dice, y quiero saber qué es.

—Averigua todo lo que puedas de lo que sabe, aunque está ayudando a Gabriel, puede que sea eso —deduzco.

—Puede que sí, pero no quiero descartar nada. ¿Quieres una valeriana? Te veo un poco alterada —pregunta.

—Lo estoy, pero no, gracias, no creo en la homeopatía.

—Pues hay unas pastillas naturales para que te crezca el pelo y funcionan

—asegura Emma.

—En algunos países les dan hormonas de pollo a las niñas para que les crezca el pelo, pero yo no me fiaría —murmura Aura.

—¿Hormonas de pollo? Tengo que mirar la composición de eso —dice Emma alterada.

Ya somos dos, pero por causas muy distintas.

Capítulo 12

NO TE FÍES DE LOS HOMBRES

Nueva York es la ciudad de la moda, del amor, de los taxis, de las luces, de los rascacielos, de las mujeres con Pamela en *Central Park*, de las sirenas de policía y de los *M&M's*.

Esto último lo he descubierto recientemente, hay una tienda enorme, qué digo, gigante de *M&M's* y me siento en el paraíso. Estaría en la perfección absoluta si hubiese una de esas bañeras gigantes llenas de esos pequeños chocolates, igual que las piscinas de bolas de plástico.

Mientras me deleito con todo lo que hay en esta macro tienda, siento una mirada penetrante detrás de mí. Puede que sean imaginaciones mías, o puede que, efectivamente, alguien me está observando. No soy de las que rehúye la mirada, así que, ni corta ni perezosa me doy la vuelta girando sobre mis tacones, encontrándome con alguien que no esperaba.

—Eres tú —murmuro, manteniendo mi gesto inexpresivo cuando en mi pensamiento solo tengo una idea: meterle la cabeza dentro de ese cubo de *M&M's* y ahogarlo lentamente.

Bah, sería una muerte demasiado dulce para él.

—Te he visto entrar —responde Gabriel acercándose más a mi—. Voy a comprarte chocolates, porque ya veo que has ignorado mi comentario respecto a tu trasero.

—El tamaño de mi culo no es de tu incumbencia —le espeto, buscando

desviar la mirada hacia algo que no sean sus ojos, pero no puedo.

Me hipnotizan por completo, no puedo dejar de observarlos.

—Voy a comprártelos marrones. Desde que vimos esa película de Jennifer López donde decía que tiraba los de colores, porque llevaban colorante y el chocolate es marrón, solo te comes los marrones.

Se acuerda de esta tontería. ¿Por qué tiene que acordarse de eso? No es nada justo, lo digo de verdad. Estas cosas se me meten en el corazón y lo emblandecen. Esas cosas que hicieron que en el pasado me enamorase como una estúpida, y que ahora mismo hacen que esté en riesgo de volver a caer de nuevo.

—No hagas eso — balbuceo, negando con la cabeza.

—¿El qué? —pregunta el, acercándose más, hasta estar a escasos centímetros de mi cuerpo.

Esta tan cerca que puedo sentir su respiración.

—Ser... así.

No sé cómo decírselo sin confesar que esas cosas me encantaban, era lo que más me gustaba de él, esos pequeños detalles que siempre tenía conmigo, siempre se acordaba de lo que me gusta y de lo que no.

—Ya te lo dije, tu trasero ha disminuido, pero me pone lo mismo —susurra en voz muy baja—. Estás tan preciosa como siempre.

Puedo percibir que el vello de la piel se me eriza, y un cosquilleo en el estómago se implanta de golpe.

—No hagas eso, Gabriel —le advierto, dando un paso hacia atrás.

—¿De qué tienes miedo, Júlia?

La respuesta es muy sencilla: tengo pánico al volver a sentirme tan vulnerable como me sentí cuando estuve con él. Tengo miedo de volver a quererlo tanto que pierda el mundo de vista, que me pierda a mí misma. Tengo miedo a que vuelva a romper mi corazón porque, en el fondo, siempre le ha pertenecido a él. Tengo miedo de que mi corazón siga siendo suyo, y que siempre lo sea.

—De ti.

Después de soltar aquello, aparto su cuerpo con el brazo derecho y corro hasta la salida del establecimiento. No puedo seguir en su presencia durante mucho más tiempo, no soy tan buena como hago creer, así que aún con los tacones puestos, intento abandonar este lugar, calle arriba.

—¡Júlia!

Escucho mi nombre, es él quien lo grita. Sigo corriendo, pero no soy muy rápida así que enseguida logra alcanzarme. Me coge del brazo haciendo que me detenga.

—¡¿Qué quieres de mí?! Ya te he dicho que voy a cumplir mi parte del trato —le espeto, nerviosa.

Ahora mismo siento una mezcla de rabia contenida, de tristeza y de miedo. Siento que, en cualquier momento, todo esto puede estallar. Porque en el fondo, han sido muchos años de contención, quizás demasiados.

Me sujeta por los codos y me mira con esos ojos. Están demasiado claros, y esto, conociéndole solo quiere decir una cosa: que está a punto de sincerarse. Solía pasarle cuando me decía cosas bonitas o cuando me confesaba cualquier cosa. Sus magníficos dos luceros brillaban como nunca, y tenían el color del mismo cielo al clarear después de una tormenta.

—Quiero que me digas de una puñetera vez que sientes algo por mí, que sentías algo por mí y que sigues haciéndolo.

Niego con la cabeza, confundida y algo frustrada ante esas palabras. Me prometí a mí misma que jamás se lo diría, va en contra de mi arrogante y puñetero orgullo.

—¿Para qué? ¿Para que puedas regodearte el resto de mi vida? ¿Para hacerte sentir bien? —exclamo, pronunciando las palabras con rapidez.

—No, Júlia. Para que cuando acabe todo ese juego con mi padre, podamos volver a empezar como es debido.

De todas las cosas que podía haber hecho, esa es la más increíble, la que no me esperaba que dijese. Ante mi sorpresa inicial, intento reaccionar. No sé

qué se cree, pero a pesar de lo que puede sentir, no dejo de ser Júlia Montfort, mi naturaleza me impide aceptar esto que me está diciendo.

—¿Qué te crees, Gabriel? No estás hablando de la vuelta al cole, sino de ti y de mí. No vamos a volver empezar nada, porque nunca tuvimos nada serio. Aunque si lo hubiésemos tenido, ¿piensas que voy a perdonarte lo que me hiciste? Ya es tarde, he rehecho mi vida y esto que estamos haciendo, este mes, no va a significar nada.

No pienso cambiar mi vida solo porque se disculpe y me diga que quiere volver a empezar conmigo, si es que está hablando en serio. Y, esto de volver a empezar, tampoco sé exactamente a qué se refiere.

Pese a todo lo que le he dicho, siento su aliento sobre el mío, su mirada en mis labios. Se relame los suyos, y sé que está a punto de besarme.

—Creo que estás hecha a mi medida, y yo a la tuya. Nada de secretos, ni de mentiras.

Sé que no me está mintiendo, que está hablando muy en serio. Mierda, esto no puede estar pasando.

—Has tenido tres años para decirme todo esto. ¿Por qué ahora? Qué casualidad que sea cuando has descubierto que accidentalmente estamos casados —insinúo.

—¿Qué? ¿No pensarás...? Oh, claro que sí. Si eres la hermana de Daniel, por supuesto que siempre piensas lo peor y lo más retorcido.

—¿Y tú no? —respondo.

—Habría venido a por ti después de que terminase todo esto, pero, por ciertas circunstancias, aquí estás.

—Permíteme que lo dude.

Entonces se inclina hacia mí, pero no recorre la distancia hasta mi boca sino hasta mi oído. Allí, después de besar el lóbulo y chuparlo con una sensualidad increíble —porque al fin y al cabo estamos hablando de mi oreja y me pone mucho, así que no hablemos si llega a hacérmelo en el cuello o en otro sitio—, dice unas palabras.

—Pregúntaselo a tu hermano.

Casi me quedo en *shock* cuando menciona a Daniel otra vez.

—Él no sabe nada de lo nuestro —afirmo.

Pero solo esboza una sonrisa magnánima y misteriosa.

—Es tu hermano, Júlia, él lo sabe todo. ¿En serio pensabas que no sabía lo que había entre nosotros?

Parpadeo varias veces intentando convencerme de que no es así.

—Te habría cruzado la cara, como mínimo —murmuro, confusa.

Él sonríe de una forma socarrona mientras coge uno de los mechones de mi cabello y lo deposita detrás de mi oreja, mientras que yo sostengo la respiración.

—Y lo hizo. ¿Sabes el puñetazo que me dieron cuando, supuestamente, intentaron robarme la cartera? Pues era mentira, fue él.

Tiene que estar tomándome el pelo, por lo menos. Quizás aquí al lado haya una cámara oculta, y están esperando a que diga «Sí, Gabriel, te creo», para salir y decir que todo esto es un montaje, que todo es mentira, que me lo he tragado como la idiota que soy.

—No es cierto.

—Maldita sea, Júlia, sí que lo es.

Pero yo no quiero que sea cierto, porque entonces querría decir que Daniel era consciente aquel día de que me romperían el corazón, cuando alzó la copa para brindar por el compromiso de su mejor amigo. Él lo sabia y dejó que yo estuviese presente, que pasase los peores momentos de mi existencia.

Esto quiere decir que he estado viviendo engañada por mi hermano durante tres años enteros.

—Emperatriz —susurra Gabriel, haciéndome volver a la realidad.

—Tengo... asuntos familiares que resolver —musito con un nudo en la garganta.

—Tu hermano metió la pata, pero yo también. Me está ayudando, y solo quiere lo mejor para ti.

No me doy la vuelta, sigo caminando porque ahora mismo me la trae al pairo lo que me diga. Estoy harta, cansada y hasta los ovarios de que me digan lo que tengo que hacer, o peor, de que me manipulen. Pero, por supuesto, mi hermano en esto es el rey, y yo tampoco soy una santa.

Pero hay límites, y para mí Daniel era uno de ellos, pero resulta que yo, para él, no lo soy. Esto es la gota que colma el vaso.

Estoy enfadada y, además, triste. Es mi hermano y le quiero, de veras. Es una de las pocas personas con las que puedo contar junto con Emma, Aura y Ernesto, de esas que han estado ahí por mí toda la vida.

Podría ir a verle ahora mismo, gritarle, enfadarme y patalear, pero ese no es mi estilo. La venganza dicen que es un plato que se sirve frío, y lo dicen precisamente porque no actúas en caliente, sino que dejas enfriar tu enfado y tus nervios, cavilando la mejor forma de ponerla en práctica y la que duela más.

No voy a hacerle daño, no voy a rebajarme a su nivel porque, a diferencia de él, yo sí tengo corazón, yo sí sé lo que es la fidelidad a alguien y yo también sé lo que es ponerse en el lugar del otro.

Eso sí, tampoco me voy a cruzar de brazos, no, porque Júlia Montfort no es una santa ni una mártir. Daniel va a saber lo que es el desprecio, el ser ignorado por su propia sangre y el arrepentimiento.

Después de alzar el brazo para parar a un taxi y meterme dentro, lo primero que hago es sacar el teléfono del bolso y hacer una llamada.

—Soy yo. Código rojo, ahora, en el hotel.

Capítulo 13

CÓDIGO ROJO

Nunca había usado el código rojo.

Entre nosotras es la alarma máxima, cuando estás desesperada y necesitas ayuda con urgencia. Ni siquiera lo usé cuando supe que estaba casada con el innombrable, así que creo que he alarmado a mis amigas.

Emma lo ha usado ya unas cinco veces. La primera, cuando la dejó Lluc; la segunda, cuando suspendió no sé qué asignatura de la carrera; y las otras, no las recuerdo.

Aura no creo que lo use jamás. Como dice ella, «soy como los gatos, yo limpio mi propia mierda». Que conste que lo dijo una vez cuando iba borracha y me vomitó encima de mi cama.

Estoy en el *Chelsea Market*, un sitio bastante de moda donde Los Mariscos, el restaurante, te transporta hasta el ambiente de las costas de Tijuana. O eso dice la propaganda que tengo delante, porque nunca he estado en Tijuana.

Emma y Aura aparecen con las gafas de sol puestas y cada una con su kit de emergencia. Mi dulce e inocente Emma, con un paquete de pañuelos y una tabla de chocolate; y Aura, el portátil y sé que, bajo esa tupida bolsa de cartón negro, hay una botella de tequila.

—¡Cielo! Dime que Gabriel no te ha hecho nada —exclama Emma.

—Me ha soltado el rollo de que «iba a venir a por mí después de que todo eso terminase». Pero eso no es lo importante.

Aura frunce el ceño mientras se sienta y pide una enchilada.

—¿Entonces no quieres vengarte de Gabriel? Yo venía preparada.

—Dice que... Daniel lo sabía todo. Desde el principio. Mi hermano, mi propio hermano, sangre de mi sangre —casi escupo, indignada.

—¿Crees que estaba diciendo la verdad? —musita Aura.

—Creo que sí.

—Entiendo —responde mi amiga, abriendo el ordenador.

—Yo no. ¿No hizo nada para que el innombrable no te rompiese el corazón? —pregunta Emma indignada.

—Nada. Bueno, dice él que le dio un puñetazo, cosa claramente insuficiente, a mi modo de ver.

—Entiendo eso de no querer inmiscuirse, pero no sé, me parece raro. A lo mejor quería separaros.

Esta última idea me ronda por la cabeza durante un buen rato. Entiendo que a mi hermano no le haga gracia que me tire a su mejor amigo, y viceversa, pero de ahí a hacerme esto, hay un trecho. Y tampoco es que estuviésemos juntos muy en serio, era algo casual y… bueno, iba a decir pasajero, pero la broma terminó durando varios años.

—No sé qué pensar. Eso sí, quiero que sufra un poco, aunque no demasiado, no soy tan cruel como él.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Emma después de engullir una quesadilla.

—Podría pagarle con la misma moneda.

Sin disimulo alguno, miro a Aura de arriba abajo y alzo una ceja.

—¿Qué? No, yo no sirvo para esas cosas —exclama.

—Eres perfecta para desdeñar a mi hermano y ponerle como una moto. Pero es un *follamisses* —reflexiono en voz alta.

—¿Un qué?

—Solo se tira a tías que parecen modelos.

—¿Me estás diciendo que yo no estoy buena? —exclama del todo ofendida.

—¡No! No es eso. Pero solo se fija en las que están buenas y lo demuestran, ¿sabes? Pero no te preocupes por eso, tengo un plan.

—Cuando dices eso, tiemblan hasta las piedras, Júlia —murmura Emma.

—Vamos a ir a esa fiesta mañana de Ignacio Díaz de Sarralde, las tres, y vamos a petarlo.

Y lo digo muy en serio.

—¿Yo tengo que ir? Ese hombre es un poco pesado insinuándose. Pero es guapo, y huele bien —admite—. Es verdad, huele a *Nenuco*.

—Cariño, si le dices a un hombre que huele a colonia para bebés, creo que le vas a quitar todo el morbo al asunto —se ríe Aura.

—Pero es la verdad, no le voy a decir que huele a macho cuando no es así. Y con macho me refiero a sudor, que, por cierto, me parece asqueroso —define Emma.

—A mí me gusta que suden, pero con desodorante, preferentemente con el sexo duro —susurra la peor de mis dos amigas.

—Aura, estamos comiendo —le recuerda Emma.

—La cuestión es que tienes que venir tú para que nosotras podamos entrar. Allí, Aura, abordarás a mi hermano con un vestido que quita el hipo y te convertirás en la nueva obsesión de Daniel. Coqueteas con él, pero lo dejas con las ganas, ¿sabes?

—Lo intentaré. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo invitaré a nuestro abogado favorito para sonsacarle información sobre los movimientos de Gabriel y su plan. Si piensa que me voy a quedar fuera, está muy equivocado.

Se acabó la buena chica. Como dijo Mae West, las chicas buenas van al cielo; las malas, a todas partes, y yo pienso ser omnipresente.

Tengo una llamada perdida de Gerard, y sé que tendría que responder, más que nada porque voy a casarme con él y porque ignorarle es feo, pero ahora mismo tengo un plan en mente y estoy demasiado nerviosa como para hablar con él y no gritarle.

Así que me limito a mandarle un mensaje diciendo que estoy divinamente, pero ocupadísima, y que cuando pueda ya le responderé.

Debo estar al 100% cuando se trata de Daniel, porque mi hermano es... mi hermano. Cuando tenía tan solo quince años consiguió, bajo amenazas, que lo admitiesen en el equipo de fútbol cuando no sabía ni jugar, solo por hacer currículum para la universidad; con diez, sobornó a la niñera para que no lo vigilase en el parque y así hacer sus chanchullos de intercambio de cromos y chapas; y con cinco enredaba a los otros niños para que le cambiasen sus bocadillos porque nos los daban de tofu (manías de mamá).

Estoy ante una de las mentes potencialmente criminales más complicadas y brillantes de todos los tiempos, y estamos hablando de mi hermano, a quien conozco íntimamente. En cuanto sospeche algo, el plan se va a ir a la mierda.

Por eso mismo estoy ahora en el hotel con Aura y Emma dando los últimos retoques al plan, y al maquillaje.

Ernesto pone los ojos en blanco y coge un vaso de agua con gas bebiéndoselo entero, mientras casi puedo leer sus pensamientos.

—Dilo antes de que explotes —murmuro terminando de perfilar los labios de Aura.

—Esto es una locura. El señorito Daniel se la va a comer con patatas, no le saldrá bien. Luego no diga que no se lo advertí.

Por supuesto que sé que mi hermano es peligroso, pero yo también.

—Sé lo que hago —asiento, mientras observo la obra de arte que he creado.

Me refiero a Aura, que lleva un *Calvin Klein* azul marino con unos taconazos de quince centímetros, un moño desenfadado ideal y unos pendientes largos monísimos. Ah, y un escote de válgame Dios.

Si es que Aura es muy elegante cuando se viste bien, tiene esa delgadez desenfadada y curvilínea que hace que absolutamente todo le siente bien.

—Si llevase una peluca rubia, parecería una versión alternativa de Julia Roberts antes de ir de compras con la tarjeta de Richard Gere —exclama ella,

mirándose en el espejo.

—¡No blasfemes! —grita Emma, horrorizada—. Ese vestido es una maravilla, y ¿acaso las prostitutas no pueden ir elegantes?

—De poder, pueden, pero entonces, ¿cómo saben los clientes que lo son? —pregunta ella.

—No domino este mundo, pero en las carreras de caballos, las prostitutas se ponían tiza en la suela para ser reconocidas —menciono haciéndome un poco la sabioncilla.

—Cariño, ese capítulo de *Peaky Blinders* lo vimos las tres —responde Aura frunciendo en ceño.

—Bueno, ¿estáis listas para el plan? Todo tiene que salir a la perfección —digo cambiando de tema.

—Ajá. Yo tengo que entretener a Gabriel si aparece por allí, haciéndome la amiga preocupada —explica Emma muy concentrada.

—Yo, ser yo misma con tu hermano siendo un poco más descarada de lo normal y mandarlo a la mierda al final de la noche. Si es que puedo —añade Aura.

—Y yo hablar con el abogado, a quien he citado a las puertas de la fiesta. Creo que estamos listas —suspiro, algo nerviosa.

—¿Y si llama su prometido?

—Ernesto, no lo hará. Lo tengo todo bajo control. Tú limítate a cogerte la noche libre —intento que no se ponga histérico, pero creo que ya lo está.

—¿Y no sería mejor que yo también fuera? Como refuerzo, claro.

—No te preocupes, Ernesto, todo saldrá bien, y si no, pasaremos al plan B.

—¿Cuál es el plan B? —pregunta Emma.

Aún no tengo pensado el plan B, solo es por si falla el A.

—Es muy largo; si pasa, ya os lo contaré.

En el fondo, además de lo de mi hermano, no puedo quitarme de la cabeza esas palabras de Gabriel. Lo cierto es que no entiendo nada. Porque, si realmente quieres a una persona, no la engañas, y mucho menos le haces daño

deliberadamente. Y tampoco esperas tres años para decírselo.

Definitivamente, tengo que olvidarme de todo lo que tenga que ver con él, esperar a que pasen rápido estos días, distraerme con el plan contra Daniel y divorciarme. Es lo mejor.

—Entonces, vámonos, el coche nos espera —nos apremia Aura.

Asiento, y las tres salimos de la habitación.

Capítulo 14

MALA NOCHE

Nada más bajar del coche, veo que, en la entrada del altísimo edificio a lado del río, donde Díaz de Sarralde da la fiesta, nos están esperando.

—A veces, tal y como predices las cosas, das miedo —musita Emma al salir.

—Te habrían fichado en el oráculo de Delfos en la Grecia antigua —exclama Aura.

Oye, las sacerdotisas no vivían tan mal. La mitad del tiempo hacían lo que les daba la gana y la otra mitad iban colocadas para hacer sus predicciones.

Las tres avanzamos hacia ellos, y con ellos me refiero a Daniel, Alberto y Gabriel, alias el innombrable, también conocido como mi marido, de momento.

—Hermanita, siento mucha curiosidad. ¿Por qué me has invitado esta fiesta? Y a tu abogado también.

Mi hermano es el primero en preguntar, cruzado de brazos con un traje de color negro impoluto.

—A ti te he invitado porque Aura no tenía acompañante, no sabía que se iba a acoplar también tu amigo —respondo, refiriéndome a Gabriel.

Pero, por supuesto que lo sabía, no soy estúpida.

—Cinco minutos más y logro que tu abogado rompa tu acuerdo de confidencialidad y me diga con quién te has casado. —Entonces se gira hacia

mi amiga y le coge de la mano derecha, besándola—. Muñeca, estás preciosa.

—Vuelve a llamarme así, y tu virilidad correrá peligro —responde Aura con una media sonrisa algo psicópata.

—No sabes cómo me ponen las amenazas. ¿Vamos subiendo?

Ella asiente, y entran en el edificio de tropecientos pisos. Cómo no, la fiesta es en el último piso. Cuando han desaparecido de mi campo de visión, me dirijo hacia Gabriel.

—¿Qué haces aquí? —pregunto fríamente.

Soy consciente de que me está mirado de arriba abajo, que no le es indiferente mi vestido rojo, ni mi escote, ni mi culo. Es lo que tiene que el rojo sea tu color.

—Yo no entiendo qué hago aquí —suelta Alberto, nuestro abogado—. ¿No habíais llegado a un acuerdo?

—Tengo que hacerte algunas consultas —explico, cogiéndole del brazo—. ¿Entramos? Anda, haz algo útil y acompaña a Emma —le suelto al innombrable.

Pero antes de que pueda moverlo, se abalanza sobre mí y, apoyando su mano en mi cintura, me deja un beso en la mejilla. Me pilla por sorpresa, no me lo esperaba, y con la guardia baja. El tacto de sus labios contra mi piel es cálido y gustoso. Jesús, no puede ser, no puedo ponerme así solo por un beso en la mejilla, no pueden temblarme las piernas.

—Lo que te dije iba en serio. Esta vez no voy a dejarte escapar —susurra entonces y, después, con una tranquilidad increíble, se separa de mí y coge a Emma del brazo, entrando en el edificio. Me quedo muda y no sé cómo logro que mis piernas, aunque estén tiritando, caminen solas.

Leches, esto no puede quedar así. No puede tener tanto control sobre mí, sobre mi cuerpo y mi mente. Pero lo tiene.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Alberto cuando estamos en uno de los múltiples ascensores.

—Por supuesto —respondo, esperando que las puertas del elevador se

abran, dada la velocidad a la que va.

Por supuesto que no estoy bien, lo que pasa es que intento disimular, aunque por lo que veo, sin éxito.

Cuando por fin lo hacen, nos alejamos de toda persona conocida, a iniciativa mía, mezclándonos entre la gente. La fiesta es impresionante, el decorado, que es sublime, está lleno de plantas exóticas, dando múltiples tonalidades verdosas a la zona. Justo en medio hay una jaula preciosa que parece hecha de marfil, con tres o cuatro loros de colores muy vivos. La iluminación es cálida, no molesta a los ojos. Continuamente hay camareros sirviendo copas de vino y champán, además de canapés.

Visualizo desde donde estoy la terraza, donde me parece ver a través de los cristales, que hay una enorme barra en la que, supongo, puedes pedir todo tipo y clase de bebida. Esta fiesta es impresionante, y para que lo diga yo, tiene que serlo de verdad.

—Alberto, voy a ir al grano. Necesito saber cuáles eran los términos del acuerdo matrimonial entre Mireia y Gabriel —le espeto de golpe, cogiendo al vuelo una copa de champán.

Él abre los ojos, sorprendido. Ser directa es una de mis mejores cualidades, además del buen gusto para vestir.

—¿Cómo sabes...? Es igual, voy a dejar de preguntar eso. No puedo decir nada, en serio.

—Estamos casados, así que, los dos somos tus clientes, y como matrimonio no podemos ocultarnos nada. De veras, puedes decírmelo.

Lo cierto es que de lo único que estoy segura, es que, a falta de régimen matrimonial, el que se aplica en Estados Unidos es el de gananciales si no hay un preacuerdo, por lo que todo lo mío es suyo y todo lo suyo es mío. Aquí la cultura cinematográfica se nota. Y, en segundo lugar, que, si estás casado con una persona, no tienes la obligación de declarar contra él. Eso es gratitud de *Gossip Girl*.

Pero necesito saberlo, es algo que me está matando y, aunque no va a servir

de nada, simplemente lo necesito.

—¿En qué sentido?

—Si ella sabía que se casaba para obtener lo de las acciones de su abuelo.

—¿Esto también lo sabes? En fin, sí, por supuesto que lo sabía. De hecho, antes del matrimonio acordamos una indemnización de divorcio. Pero la cosa se complicó.

—¿Por qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Su padre le ofreció el doble, y estábamos en trámites de divorcio. De hecho, estaba llevando las negociaciones para ofrecerle algo más, cuando me llamaste para decirme que estabas casada con él.

Hum, interesante. Así que Mireia, además de un poco zorra, es una zorra codiciosa. Y Gabriel se casó con ella por pura necesidad. Quizás tendría que haber seguido viviendo en la ignorancia. Pero eso no quita el hecho de que me engañase con aquella modelo, o que la engañase a ella conmigo, según se mire.

—No le habrá sentado nada bien saber que ya no la necesitáis —deduzco.

—No. De hecho, quiso mantener el engaño frente a Joaquín, el padre de Gabriel, para sacarle el dinero, pero no coló.

—Me lo imagino.

Termino la copa, sintiendo cómo mi lengua va soltándose poco a poco. El efecto del champán es inmediato, y algo peligroso, pero necesito un empujón para poder hacer esto.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero tu hermano va a acabar descubriéndolo, y se va a montar un follón muy grande.

—No entiendo por qué no se lo ha dicho Gabriel, si total, ya sabía que habíamos estado liados. Otra cosa que tampoco entiendo es esa obsesión de mandarme a hablar con él cuando supo que yo estaba casada con un desconocido.

—A mí no me mires, estas cosas son entre ellos dos y yo no sé nada —exclama, poniendo las manos en alto.

No sé si creerle, pero, por hoy, el interrogatorio ha sido satisfactorio, así que voy a dejarlo en paz.

—Ha sido un placer conversar contigo, Alberto. Disfruta de la fiesta, hay chicas muy monas por aquí, aprovecha.

Dicho esto, me doy la vuelta y me dirijo hacia donde está Emma, quien seguramente estará huyendo de Ignacio Díaz de Sarralde.

No llego hasta mi amiga, en medio del camino alguien se interpone. Es un hombre de estatura media, cabello rubio ceniza, con los rasgos marcados y ojos azules penetrantes. Lo cierto es que parece extranjero, de algún país nórdico por el tono de piel muy claro, sus facciones finas y sus ojos claros, pero sé quién es, no porque lo haya visto antes sino por la forma posesiva en que, de reojo, observa a Emma. Mentira, sí que lo he visto antes, pero no lo recordaba. Las fotos de Kike, solo que tiendo a olvidarme de ciertas caras irrelevantes.

—¿Nos conocemos? —pregunta con una sonrisa socarrona, manteniendo las manos puestas en los bolsillos del pantalón.

—No lo creo. Soy Júlia Montfort, directora de la revista que te entrevistó —respondo, alargando la mano hacia la suya.

—Ah, así que tal revista existe —menciona con ironía.

Este tío es gilipollas, pero, aun así, sonrío.

—Tenía que haberte hecho yo la entrevista, pero surgió algo inesperado y mandé a mi amiga. Espero que no te haya importado.

Alza una ceja expectante. No sé qué espera que le diga más.

—¿Y todos los que la acompañan aquí forman parte de la revista?

—En absoluto. Pero tengo un asunto pendiente de venganza personal, estoy usando tu fiesta como escenario para controlarlo todo, espero que no te importe tampoco.

—¿Venganza personal?

—Problemas con mi hermano y mi futuro exmarido.

—Qué interesante, me gusta. Y no, no me importa, de hecho, me satisface

saber que esta fiesta sirve para algo más que para hacer ver que soy una persona sociable. Veo que Emma tiene unas amigas adorables.

A mi amiga, por desgracia, solo le gustan idiotas. Lo digo muy en serio, no ha tenido ningún novio que fuese mínimamente normal. Pero parece ser que Ignacio, a diferencia de los demás, no lo disimula, va de frente y eso ya es un progreso.

—No sé qué pretendes con mi amiga, pero no funcionará. No de la forma que tú quieres que funcione —le advierto.

—¿A qué te refieres?

—A que no va a abrirse de piernas a la mínima de turno, por muy exquisito y generoso que seas.

A los hombres millonarios, como Ignacio, los conozco. Son de ese tipo de hombres que se creen superiores, que no se molestan en conocer a las otras personas que él considera inferiores, sus relaciones son puramente materiales. Como no se molestan en conocer a ninguna mujer, se limitan a conquistarlas con lo único que saben que tienen y que no les falta: dinero. La mayoría de las mujeres, entre tanta ostentosidad y generosidad, quedan maravilladas y pasan por alto su falta de afecto y de cariño. Todo quedaría ahí, pero como es un hombre que está acostumbrado a tenerlo todo desde el minuto cero, una vez lo tiene, se aburre enseguida. Y con las mujeres no es una excepción.

—No tienes la menor idea de lo que pretendo —responde sin alterarse.

Parece ser que mi charla le divierte. Como he dicho, es un ególatra sin remedio alguno.

—Me da igual. Emma no es como las demás mujeres, no la vas a impresionar con regalos caros, viajes a Singapur o cenas en el *Épicure* de París, porque todo eso ya lo tiene. Crecimos con chupetes de *Loewe* y coleccionando zapatos.

—Tu amiga es una bloguera...

—Cuyo padre es Jaume de la Plana, e hija única. Hace esto porque le gusta y se aburre. La única persona que le hacía caso de pequeña era la niñera y

porque le pagaban, así que con que la trates mínimamente bien y le hagas caso, va a acabar enamorándose de ti, siempre pasa lo mismo. Te entregará su corazón en bandeja y no te pedirá mucho a cambio, porque nunca nadie la ha querido tanto como para saber lo que es que te quieran de veras.

Esto última es mentira, pero por supuesto no voy a contarle al tal Ignacio la vida de personas que me importan. Él me observa pensativo, hasta que abre la boca. Parece ser que ya no está tan contento de tener esta charla, puesto que su mandíbula se tensa por momentos.

—Estás hablándome de sentimientos nada más conocerla. Pretendes asustarme, es eso ¿no? Salir corriendo frente a la amenaza de la mejor amiga, que advierte que su tierna y delicada *best friend* va a decirle que lo ama en una semana, y que hará planes de matrimonio a la siguiente.

—Solo quiero dejar ciertos puntos muy claros para que luego no haya confusión. ¿Sabes?, sería gracioso publicar la entrevista tal y como salió, con acoso final incluido. Estoy segura de que tu popularidad como hombre normal caería en picado.

Es una amenaza, y por la cara que pone, él lo sabe.

—Sí que lo sería. Tu amiga me gusta, he decidido que voy a salir con ella.

Espera, ¿qué?

—Aléjate de Emma —bramo por lo bajo, apretando mi adorado bolso de *Carolina Herrera.*

Joder, es mi favorito y ese hombre está haciendo que me ponga nerviosa, y de paso puede que me lo cargue. Al bolso, porque a Ignacio sería un poco más complicado, pero mucho más gratificante.

—No. Creo que mi imagen mejorará muchísimo si salgo con una rica heredera. Ha sido un placer, Júlia Montfort. *Agur*.

Dicho esto, se da la vuelta y se aleja de mí. Maldito elemento, y encima tiene la desfachatez de retarme, a mí. Vasco tenía que ser.

Engreído, idiota y rico. No hay peor combinación posible. Puede que sí, podría estar a favor del holocausto de los conejos blancos o peor, pero

prefiero no pensarlo.

Necesito otra copa de champán para pasar el mal trago, pero antes de alargar la mano, me encuentro con una justo delante de mí.

—¿Buscas esto?

Lanzo un suspiro y la recojo, dando un sorbo. Maldito innombrable, se sabe todas y cada una de mis necesidades. Lo observo de reojo, con su traje azul marino y un pañuelo de color rojizo en la solapa, y camisa blanca. Dios, si hasta parece que vayamos a conjunto.

—No lo digas —le suelto antes de que abra la boca.

—¿El qué?

—Lo que ibas a decir. Algo sobre lo bien que me sienta este vestido, o el buen culo que me hace.

—Cómo me conoces, emperatriz. ¿Te acuerdas de lo que hacíamos en las fiestas?

Cómo olvidarlo. Los dos somos buenos jugando, y eso era exactamente lo que hacíamos; jugar a ser otras personas. A veces me llamaba Alisa y era nueva en la ciudad; otras era Lucy, una francesa seductora; o Ivanka, una rusa traviesa.

La farsa no duraba mucho, cuando empezábamos a besarnos volvía a ser Júlia y él Gabriel. Sus caricias eran lo más suave que existía y su forma de desnudarme, con paciencia y a veces con apremio, me volvía loca.

—Eso fue hace mucho tiempo —respondo, con la voz un poco rota, bajando la mirada.

No quiero recordar, los recuerdos me emblandecen y hacen que piense en cosas que no debería.

—¿Por qué has hecho venir a Daniel? No has hablado con él aún.

—Esto no es de tu incumbencia. Los asuntos con mi hermano son privados.

No se molesta en disimular, se acerca aún más a mí y me coge de la cintura, dándome una media vuelta quedando frente a él. Estoy a menos de dos centímetros de su rostro y no puedo respirar.

—Aquella noche no quise hacerte daño. No tenía planeado decirte ni una palabra, porque sabía que te enfadarías. Pero necesitaba cerrar un contrato con la empresa de la familia de la chica, y ya sabes que mi padre puede llegar a ser muy convincente.

—Podrías habérmelo contado, lo habría entendido —respondo, molesta.

—Emperatriz, no lo habrías hecho, y lo comprendo. Tu hermano me la jugó, pero lo hizo por ti.

—Manteniéndome en la ignorancia, claro, muy bonito.

Es bien sabido que cuando un hombre es irresistible para ti, lo mejor que puedes hacer si no quieres caer en la tentación, es huir. Y eso es lo que debería hacer ahora mismo, pero sus ojos me tienen hipnotizada y parece que la suela de mis *Louboutin* tenga pegamento.

—Bonita, tú. No te cae muy bien el tal Díaz de Sarralde, ¿no?

—Me cae peor que tú, imagínate.

Ante todo, desprecio, que puede que las piernas me tiemblen, pero que no se note.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De lo que pasó entre nosotros. Dime la verdad, emperatriz. Estoy siendo sincero contigo, puede que por primera vez desde que nos conocemos —ruega, mientras su aliento a champán me golpea.

Quiero cerrar los ojos y desaparecer, pero no soy David Copperfield y puede que tenga razón, nunca he sido buena negando las evidencias.

—No, no lo hago. Que no hayamos funcionado no quiere decir que no seas una de las mejores cosas que me han pasado.

—La mejor, emperatriz. Tú fuiste la mía.

No sé en qué momento me he permitido bajar la guardia, pero solo sé que su beso me está desarmando por completo. Tiene mi nuca sujeta con la mano izquierda, y con la derecha aprisiona mi cintura frente a su cuerpo. Cierro los ojos y me dejo llevar porque ya no tengo el control, ahora es mi cuerpo quién

domina la situación, y parece desear que continúe.

Gimo levemente mientras siento que mi libido sube a la velocidad de la luz, y cómo mi cuerpo busca el roce del suyo en un intento de continuar con esta divina calentura.

No. Otra vez no.

Abro los ojos y me zafo de su abrazo, dando un paso hacia atrás. Se rinde, porque me libera con facilidad. Siento que nada de lo que le diga ahora va a tener credibilidad, así que, con la rabia contenida, me doy la vuelta directa hacia la salida.

Todo esto es culpa del champán. Rita Hayworth culpaba al mambo y yo al champán.

Me sostengo como puedo, apoyada en la pared del ascensor, alcanzando con la mano derecha mis labios, que acaban de ser besados por la persona que no debía.

Antes de que las puertas se cierren, entra él, tan ligero y fresco como una lechuga, como si nada de eso le afectase.

—No hemos acabado, emperatriz —advierte, con un tono de voz más ronco y grave de lo normal.

—Lo nuestro terminó hace tres años, no le des más vueltas. Ahora, quiero irme.

Niega con la cabeza, y auguro que esta escena no va a ser la última de la noche.

—Lo nuestro nunca terminó. Dime, ¿quién te conoce mejor que yo? ¿Quién te entiende tanto como yo? No me asusta tu aparente indiferencia, y tampoco tu desprecio porque sé que, en el fondo, me quieres.

Trago saliva, asustada. Gabriel siempre ha sido un hombre que, pasase lo que pasase, siempre ha mantenido la calma, pero ahora está nervioso, y al decir esto, alza la voz.

—A veces el amor no es suficiente.

El ascensor se abre y ambos salimos de allí, caminando sin mirarnos. Estoy

demasiado cansada, borracha y triste para replicar cuando me coge de la mano y me mete en uno de los coches. Parece que es el suyo, porque empieza a conducir. Al principio en silencio, hasta que lo rompe.

—Sé que estás enfadada. Sé que intentaste superarlo, Júlia, pero también tengo claro que no lo hiciste. Metí la pata, y ahora voy a volver a meterla por involucrarte, precisamente, en algo que en el pasado quise evitar, y esa fue la razón, emperatriz.

Niego con la cabeza, con los ojos puestos en el arcén.

—Soy más fuerte y más dura de lo que piensas.

—Sé que lo eres. Que diriges la revista con mano de hierro y que nadie se mete contigo porque acaba peor que muerto. Es una de las cosas que más me gustan de ti, y lo sé porque te conozco. Pero también conozco a mi padre y él juega en una liga mayor y en cosas... que rozan la ilegalidad. Si te ocurriese algo, no me lo perdonaría, y Daniel tampoco.

No es justo, no lo es. Había decidido odiarle para toda la eternidad y ahora dice esto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Perdonar y hacer como si nada hubiese sucedido?

No puedo hacerlo en un segundo, necesito tiempo para asimilarlo, de un día para otro no voy a poder cambiar el rencor que siento hacia él. Giro el cuello y observo su rostro concentrado en la conducción.

—Aunque llegue a perdonarte, las cosas no van a ser igual que antes. He rehecho mi vida, voy a casarme.

Parece que esta información le entre por una oreja y le salga por la otra, porque solo asiente, sonriendo.

—Lo sé. Pero ya te dije que no voy a dejarte escapar, emperatriz, no voy a cometer dos veces el mismo error.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Dios, no sé si quiero saberlo. O sí, para estar preparada.

—Voy a hacer que te des cuenta de que soy el único hombre que puede hacerte feliz, el único que te conoce de verdad, el que sabe todas tus caras y

tus facetas. El único por el que suspiras y el único que sabe cómo hacerte gemir de verdad.

Si es que no sé por qué pregunto. Siento esas estúpidas mariposas en mi estómago, revoloteando de nuevo sin parar.

Aparca el coche en el garaje y subimos al ascensor con la respiración anormalmente inquieta. Su cercanía me abruma y sus palabras me han robado la razón. Maldita sea, no lo hagas, Júlia, no dejes que vuelva a besarte. Esto está mal, está fatal.

Pero parece que sus miradas incisivas no llegan a más y abre la puerta de su piso sin hacer ningún movimiento extraño.

—Será mejor que te vayas a tu habitación antes de que haga mucho más que besarte —menciona en cuanto cierra la puerta, con una voz algo rota, entre las sombras.

—¿Por qué no lo haces? No es que me queje —pregunto, más que por curiosidad que por otra cosa.

—Porque me corresponderías, pero mañana por la mañana me odiarías.

Asiento, porque tiene razón. No me detengo hasta llegar a mi habitación y cerrar la puerta, preguntándome si eso que ha evitado no era lo que yo también deseaba con todas mis fuerzas.

Capítulo 15

DÍAS DE JUZGADOS

Esto que estoy haciendo no es sano. Además, está mal en muchos sentidos, como por ejemplo vulnerar el derecho a la intimidad. Creo que todo el mundo tiene derecho a divorciarse en la intimidad, sin personas que estén en la sala cotilleando, personas como yo.

Realmente, no es un divorcio, pero el juez tiene que acreditar que el matrimonio es nulo, y eso es exactamente lo que está haciendo la jueza.

Por desgracia, no es mi matrimonio el nulo, qué más quisiera yo.

Esta mañana me he levantado con un poco de resaca, lo admito. Por suerte, estaba sola en mi cama y puedo asegurar al cien por cien que nadie más ha estado en ella. Lo que no quita que realmente ayer deseaba que hubiese alguien, y ese alguien no era mi prometido.

Tengo demasiadas cosas en la cabeza y mucho en qué pensar. Pero cuando he visto una nota de Gabriel en la nevera diciendo que tenía asuntos que resolver en el juzgado, he sabido de inmediato que se trataba de su anterior matrimonio ficticio con Mireia.

Tengo una naturaleza bastante curiosa, todo el mundo lo sabe, y como esta mañana no había quedado con las chicas ni con nadie, he decidido, después de desayunar, que iba a ver con mis propios ojos cuál era ese asunto e informarme. La información es poder, y si no que se lo digan al de WikiLeaks.

Así que, ni corta ni perezosa, he salido del apartamento directa hacia los

juzgados. Aquí estoy, en el último banco de la sala, con unas gafas de sol enormes y un pequeño sombrero parisino, dicho vulgarmente boina, para disimular que soy yo. Podría haberme puesto la sudadera y la capucha, pero no es mi estilo.

Efectivamente, allí están Gabriel y Mimi, mientras que la jueza les echa la bronca. Es ridículo, porque la pobre Mireia no sabía nada acerca de nuestro matrimonio anterior, de hecho, ninguno de nosotros sabía que era real. Cuando está a punto de terminar, para evitar ser vista, decido levantarme del banco y salir por patas. No ha sido demasiado útil, pero al menos he podido comprobar que Aura es una fuente de información muy fiable.

Camino por los pasillos del enorme juzgado, buscando la salida ya que, al igual que todo lo que suele haber en Estados Unidos, es de grandes dimensiones, pero no logro mi cometido.

Entonces, justo frente a mí, se cruza Mimi y me ve. Mierda, mierda y más mierda. Parpadea y abre los ojos con sorpresa.

—¿Júlia? ¿Eres tú?

Definitivamente, no puedo negarlo. Así que, asiento y me quito las gafas de sol mientras que Mireia camina hacia mí.

—Vaya, qué sorpresa. Eres la última persona que esperaba ver aquí.

Eso ha sido una gran falacia, pero, en fin, qué le voy a decir.

—Lo sé. ¡No has cambiado nada! —exclama, asombrada.

Tengo que decir que ella tampoco. Sigue siendo muy delgada, de cabello rubio muy liso y muy largo, y con la misma cara de muñeca de porcelana.

—Tú tampoco. ¿Vives en Nueva York? —pregunto, aunque ya sé que sí.

—Ajá. El mundo del modelaje ya se sabe que es muy competitivo, y si no te mudas a una gran ciudad, no tienes muchas oportunidades.

No sabía que era modelo, pero me cuadra bastante.

—Claro. Yo dirijo una revista de moda —suelto, como quién no quiere la cosa.

—¿De veras? Qué interesante. Si necesitas una modelo, ya sabes a quién

llamar.

Sonrío irónicamente. Claro, por supuesto que sí, compartiremos trabajo y marido, como los mormones. Tengo que salir de aquí ya mismo.

—Ajá. En fin, tengo que irme, cosas de la revista.

—Oh. Espero que no hayas tenido problemas legales —insinúa.

—No, qué va.

—¿Y qué haces aquí entonces?

—Yo... he quedado aquí con mi hermano —me invento—. ¿Y tú?

Aquí sí que le he dado, a ver si me va a contar o no lo de Gabriel.

—No sé si sabrás que me casé con Gabriel Vilaplana, el mejor amigo de tu hermano. Al final ha resultado que el matrimonio es nulo, pero no lo vayas contando —menciona en voz baja.

—Vaya, qué raro —murmuro, cosa que también es mentira.

—Ahora resulta que las bodas en Las Vegas son válidas, ¿puedes creértelo? A saber, con quién se casó antes que conmigo. Pero no pasa nada, estábamos a punto del divorcio. Él no quería, ya sabes cómo son los hombres, pero no podía ser de otra forma.

No sé si me ha visto a mí con cara de estúpida o qué, pero estoy a punto de reírme en su cara. Y, de hecho, estoy a un plis de decirle que lo sé todo, que no hace falta que finja, pero alguien me toca el brazo por detrás, y me doy la vuelta inmediatamente.

Casi me da un patatús cuando veo al padre de Gabriel allí plantado, mirándome con esos ojos fríos y algo deshumanizados.

—Querida Júlia, qué alegría verte por aquí, ¿tienes un momento? Mimi, si nos disculpas…

—Oh, por supuesto —exclama ella.

Estoy jodida.

—Por supuesto —respondo con mi voz más dulce.

Los padres de Gabriel y los míos han sido siempre amigos, de esos que se encuentran para jugar al golf los domingos, que celebran fiestas en sus casas y

se invitan mutuamente, etc.

Ambos tienen negocios importantes y, como miembros de estas familias que podrían calificarse como un poco de la alta sociedad, suelen respetarse. Además, que de vez en cuando sus descendientes se unen y entonces la rama de la familia se amplía.

Desgraciadamente, ese es el caso ahora mismo, y tanto él como yo lo sabemos. La única que no entiende nada es Mimi, y no voy a sacarla de su ignorancia. Así que me despido de ella y sigo a ese hombre hasta un lugar un poco más privado. No soy estúpida, así que lo primero que hago es buscar a tientas el teléfono en mi bolso y poner el modo grabación.

Me lo meto en el bolsillo del pantalón, para que así pueda captar mejor las voces. Digamos que es tener un as en la manga, por si las moscas. Una grabación a tiempo hubiese salvado a muchas de las protagonistas de las películas de sus desgracias venideras.

Me hace entrar en una especie de sala blanca sin ningún mueble, estrecha. Quién sabe para qué sirve, pero no voy a divagar con eso, porque tengo delante a un auténtico depredador, y a estos tienes que tenerlos controlados durante todo el rato que estés en su presencia.

—Querida, es un placer volver a verte, aunque sea en estas circunstancias —menciona, con una sonrisa que esconde su verdadero rostro.

—Lo mismo digo. ¿Estás aquí por trabajo? —Voy directa al grano, sin rodeos.

—Más o menos. Supongo que mi hijo te habrá contado mil y una historias y barbaridades sobre mí.

—Así es —afirmo.

—Y por supuesto no te ha dicho que, si no cerramos un negocio importante, en el que él se niega a participar, iremos directos a la quiebra. Por eso estoy haciendo eso, por supervivencia —miente descaradamente.

Lo sé porque yo misma soy una perfecta mentirosa cuando quiero, y no deja de mirar la pared de detrás de mí, y la parte derecha. Eso quiere decir que, si

miras hacia la derecha, estás usando la parte de la imaginación y estás mintiendo. Si mira hacia la izquierda, piensas en tus recuerdos, y no mientes. Gracias Dr. Lightman, personaje de la serie *Lie to me*.

—Pues los últimos dividendos fueron de lo más satisfactorios, y las cuentas depositadas en el registro dicen lo contrario.

¿Qué? Aura ha hecho los deberes. ¿Acaso pensabais que iba a creer en el innombrable a pies juntillas? He revisado su empresa de cabo a rabo para comprobar la veracidad de su declaración. Bueno, lo ha hecho Aura y me ha informado.

—Las cuentas se maquillan —susurra, negando con la cabeza.

Suelto una carcajada sonora, porque estoy hasta el moño.

—También se maquillan las verdades cuando quieres conseguir las acciones de tu hijo. Lo sé todo, y no vas a convencerme de lo contrario. Así que, no me hagas perder el tiempo y dime de una vez lo que quieres de mí.

Su sonrisa desaparece y llega el hombre implacable que esperaba. Se parece a Gabriel, excepto en su cuerpo fofo que puedo adivinar bajo el traje, y sus ojos, que no son del mismo todo de azul.

—Dime qué quieres tú para divorciarte de él ahora mismo.

Era de esperar que me iba a salir con estas.

—Nada, ya lo tengo todo. Soy Júlia Montfort Güell y hago lo que me da la real gana. Tampoco pienses en amenazarme, estoy a una llamada de mis padres, y sabes que jugando con ellos tendrías las de perder —me encojo de hombros, dispuesta a girarme, cuando me coge del brazo con fuerza.

—¿Qué pasaría si Gerard se enterase de que ya estás casada?

Así que con esas tenemos, ¿eh? Si con algo soy buena es jugando al póker, y los faroles se me dan de maravilla.

—Puedes contárselo. De todas formas, no voy a casarme con él —afirmo con rotundidad—. ¿Por qué crees que no me he divorciado de tu hijo? Es la excusa perfecta para aplazar la boda.

No es raro, lo digo de verdad. Suelo tener esa pinta de niñata superficial

que le importa todo muy poco y, hasta cierto punto, es verdad. Hasta cierto punto. Admito que cada vez la idea de no tener que casarme con Gerard se me hace más atractiva.

Contra todo pronóstico, sonríe. ¿Qué demonios?

—Vaya, vaya, ¿quién iba a decirlo? La pequeña Júlia sigue enamorada del tarambana de mi hijo.

—Te equivocas, yo solo me quiero a mí misma.

Nerviosa, intento que el pulso acelerado no se me note. Pero si ni siquiera es verdad, vamos Júlia, mantente impasible. Pero es tarde, lo sé. Es tarde y es que todo indica que es así, que le quiero, parece que esté haciendo todo esto porque me importe, no porque tengamos un trato.

—O te divorcias de él o puede que le ocurra algún accidente mañana —exclama Joaquín serio, y parece que no bromee.

—¡Es tu hijo! —exclamo, nerviosa—. ¿Te estás escuchando de verdad? —cuestiono, sin creerlo.

—No voy a matarlo, pero dejarlo paralítico puede que sí —menciona sin ningún remordimiento.

Ya lo dijo Gabriel, que su padre juega en las grandes ligas de la corrupción, si fue capaz de dejar a su propia madre sin casa… Quiero pegarle, zarandearlo y dejarlo inconsciente, pero me detengo.

—No te atreverás —le suelto entonces, medio retándole.

—¿Quieres comprobarlo, Júlia?

Sus ojos fríos como el hielo dicen que es verdad. Mierda, esto no me lo esperaba.

—La verdad es que no —avergonzada, saco el teléfono del bolsillo y paro la grabación. Con rapidez, se la envío a Aura, a Gabriel y a Ernesto.

—No creo que mi hijo te merezca, y realmente me apena que ya formes parte de la familia. Puede que en un futuro vuelvas a serlo.

Parece satisfecho, pero entonces le doy al *play,* y se escucha a sí mismo amenazando a su hijo.

—Va a ser que no. Acabo de enviársela a varias personas, así que, aunque me rompas el teléfono no servirá de nada. Si le pasa algo a Gabriel, juro que no pararé hasta verte entre rejas —lo amenazo con el dedo índice.

Cansada de estar allí, me doy la vuelta y salgo de aquella habitación con el corazón latiendo apresuradamente y los nervios a flor de piel.

La verdad, me sería bastante sencillo pedir ahora el divorcio, olvidarme de este asunto y volver a Barcelona, seguir con mi vida como hasta ahora. De hecho, sería lo más sensato, porque el padre de Gabriel ha demostrado ser alguien un tanto cínico y bastante cruel, y no sé si con lo que ha dicho se ha querido marcar un farol o, al contrario, estaba hablando en serio. Y si es eso último, poca gracia tiene la cosa.

Me detengo en la salida de los juzgados, volviendo a respirar con normalidad, pensando en cuál va a ser mi siguiente paso, cuando una mano se sitúa en mi espalda, otra me coge por el mentón y me veo arrastrada hacia el mayor de los pecados que puedo cometer.

Sería sencillo huir sin mirar hacia atrás, pero hay algo detrás de todo esto. Podría escudarme en que hice un pacto con él, y que soy una mujer de palabra. Podría dar otras excusas, inventarme miles y miles, pero la única verdad es que estoy haciendo esto por él, porque detrás de ese odio que cree, de ese rencor e ira, de esta máscara de indiferencia, sigo teniéndole aprecio y sí, sigo queriéndole. Supongo que hay personas a las que, aunque decidas odiar por los siglos de los siglos, no puedes hacerlo, y él es una de ellas, o puede que una de las pocas, o quizás la única.

Su abrazo me reconforta, tengo esa sensación de estar en casa, en mi cama bajo las sábanas. Su calor corporal me da sensación de calidez. Quiero quedarme así durante más tiempo y me siento huérfana cuando toma distancia para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien?

Asiento, porque hace falta mucho más para llegar a atemorizarme, pero no niego que ha logrado que esté intranquila.

—Tu padre es un capullo —murmuro, observando cómo no deja de mirarme con su mirada clara y serena, algo preocupado.

—Lo sé. Os he seguido, lo he escuchado todo. No deberías haberle dicho eso, emperatriz.

—¿El qué? ¿Acaso no es eso lo que querías? Es la mentira más creíble que se me ha ocurrido.

Sonríe, negando con la cabeza.

—Si quieres mentirte a ti misma, hazlo, pero ni lo intentes conmigo —susurra, mientras vuelve a enterrar su rostro en el hueco de mi cuello.

Aspira mi olor y besuquea esa parte tan sensible de mi anatomía, y a mí me sube la bilirrubina porque estamos en un lugar público y porque me estoy poniendo cachonda.

—Gabriel... seguimos en los juzgados —menciono, pero sigue subiendo, dejando una hilera de besos hasta llegar a mi mejilla.

—Me importa un bledo, para eso eres mi mujer.

—Por ahora —le recuerdo—. ¿Por qué has dicho que no debería haberle dicho eso a tu padre?

Es algo a lo que le estoy dando vueltas.

—Porque créeme, si tienes algún trapo sucio, no se detendrá hasta encontrarlo.

—El único trapo sucio que tengo eres tú y ya me está pasando factura —suelto, casi sin respiración.

—Oh, emperatriz, esto acaba de empezar.

Me zafo de su abrazo y de sus besos mientras medito qué demonios voy a hacer ahora. Debería hablar con Aura y con Ernesto para explicarles lo de la grabación, no quiero que piensen que estoy en peligro inminente, así que les mando un mensaje *ipso facto* diciéndoles que estoy bien.

—Me voy —le anuncio a Gabriel, pero parece ser que él tiene otros planes.

—No, vamos a casa. Tenemos que hablar de lo que acaba de pasar.

—Pero si ya lo hemos hablado —me quejo.

—No en profundidad. Hay algo que no sabes, y que quizás deberías antes de ir amenazando a ese hombre.

Vale, admito que esto me ha dado mucha curiosidad, y que mi parte cotilla quiere saberlo. No tiene nada que ver con el hecho de que esté muy cachonda y me cueste alejarme.

—Está bien.

Me dejo llevar por él hasta su coche y allí pongo algo de música. La primera canción que suena es *Are you mine* de Arctic Monkeys, y cierro de inmediato. Recuerdo ese concierto, y era con él.

Parece que todos y todo se empeñen en ponerme a Gabriel en el camino desde que me enteré de que estábamos casados.

Después de aparcar y de subir hasta su casa, me cruzo de brazos.

—¿Y bien? ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme? —pregunto nada más cerrar la puerta.

No dice nada, solo llega hasta mí y me besa como nunca, con ansias, con fuego acumulado. Percibo sus manos en mis glúteos y cómo los aprieta con fuerza. Es como una bola de fuego, un camino de lava que me deshace, que me quema por dentro y por fuera, que me devora. El sabor de su boca me arrastra hasta ese punto de no retorno, es el mejor de los sabores y no quiero perdérmelo. Casi no puedo moverme de lo que me tiemblan las piernas, así que me sujeto a su nuca, pasándole los brazos por detrás, abandonándome a la mejor sensación que hay en el mundo.

—Te quiero, emperatriz —murmura en un susurro ahogado.

De esta no salgo.

Capítulo 16

INFIDELIDAD

Su aliento me embriaga, sus manos recorren mi cuerpo hasta hallarme completamente desnuda ante su presencia. No puedo ni quiero detenerme, ha sido demasiado tiempo sin sentir sus caricias, sus besos, porque tres años sin su presencia son muchos años.

Lo he buscado en cada beso de otro, en cada caricia de manos ajenas, cerraba los ojos e imaginaba que era él quien estaba conmigo. Pero solo él puede lograr que la piel se me erice cuando besa ese punto de mi oreja, solo él conoce lo que me gusta que me agarre de la nuca y del trasero, moldeándome a su antojo.

En un parpadeo me encuentro en su habitación, tumbada en su cama, mientras él se va desnudando. Exploro su torso desnudo, toco su oscuro vello en el pecho, sus hombros fornidos. Hacía mucho tiempo de esto, pero está como siempre.

—Emperatriz, ¿sabes que, para Adán, el paraíso era donde estaba Eva? —murmura en mi oído antes de enterrar su cara entre mis pechos.

Mi gozo es sublime, no hay nada mejor que eso, que me lama, chupe y devore mis pezones, que se monte un festín con ellos. Arqueo la espalda inconscientemente, queriendo más.

No se hace de rogar y, después de buscar en la mesilla de noche un condón y enfundárselo, su miembro roza mi hendidura hasta entrar por completo,

llenándome hasta que se me estremecen hasta las uñas. Se mueve lento, tocando a la vez mi clítoris, haciéndome jadear.

Demasiado tiempo sin estar con él. Han sido demasiados años sin su presencia, por eso tanto él como yo tenemos prisa, somos dos amantes que se han echado demasiado de menos y que necesitan el uno del otro, no tenemos tiempo de saborearnos como es debido.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dice, volviendo a besarme con urgencia.

Y yo a él. Sus ojos me hipnotizan, me llevan a un lugar indeterminado lleno de placer del que no quiero volver, y después de varias estocadas fuertes, siento que me abandono al éxtasis del momento, y él también.

Tras sentir los últimos espasmos de su miembro, sale y tira el condón a la basura, tumbándose de lado, observándome con detenimiento.

—¿Era esto lo que tenías que decirme? —pregunto, aún con el corazón palpitándome a mil por hora.

—No, pero no he podido detenerme.

—Pues dímelo antes de que me vaya —lo apremio.

Pasa el brazo por encima de mi cuerpo, pegándose a mí.

—Voy a darte el divorcio, mañana.

Dejando a un lado que acabamos de tener sexo y que sigo en su cama, y que es de muy mal gusto dadas las circunstancias, frunzo el ceño, no entendiendo nada.

—¿Por qué? Vas a perder la herencia de tu abuelo, y tu abuela...

—Mi padre va a mover cielo y tierra para convencerte, y no voy a dejar que te pase nada, ¿entiendes?

—Oye, lo tengo controlado. Y no te preocupes, no creo que te haga nada a ti, tengo grabadas sus amenazas. ¿De veras crees que te haría daño, Gabriel? Es tu padre —enfatizo.

—No lo es —murmura con voz algo ronca.

Parpadeo varias veces, sin entender nada.

—¿Qué? —exclamo, muy sorprendida.

—Es mi tío en realidad, no mi padre. Mamá tuvo un *affaire* con mi tío Eduardo unas navidades, pero él no lo supo hasta que con unas pruebas le dijeron que era estéril, hará un año u algo así.

Me quedo de piedra. Vaya, eso sí que no me lo esperaba, qué fuerte. ¿Estas cosas pasan? Se ve que sí.

—Oh. ¿Y lo sabe tu tío? Es decir, tu padre biológico.

—Murió hace siete años en un accidente de moto.

—Lo siento mucho.

Es ese Gabriel, el que se abre a mí, el que me mira con ojos tristes y desolados, ese es mi debilidad, y como tal dejo que me abrace, me dejo acariciar y besar mientras estamos en silencio, él por miedo a que yo me vaya y yo por miedo a que diga alguna cosa que me haga perder la cordura más de lo que ya la he perdido.

Dejo que siga apoyado en mi pecho, acariciando su cabello diciéndole que no pasará nada, que todo irá bien. No lo sé, pero quiero hacer que se lo crea.

Cuando se duerme, aprovecho para deslizarme fuera de la cama y volver a mi habitación.

Efectivamente, todo se me ha ido de las manos. Tengo un nudo en el estómago que no debería estar allí, y me siento... mal. No debería sentirme así después de estar con Gabriel, cuando he deseado que eso ocurriera prácticamente desde que decidí desterrarlo de mi vida.

Si yo ya sabía que era una zorra sin corazón, si se lo digo a todo el mundo sin excepciones, pero lo que ignoraba era que también tenía algo de conciencia, y ha sido ella quien no me ha permitido disfrutar del todo. No me detengo hasta llegar a la ducha y quitarme esa mezcla de sudor y de olor a él. Froto mi piel a conciencia con la esponja, buscando borrar cada beso que ha dejado en mi cuerpo, pero después de dejarme la piel algo rojiza, me detengo, conteniendo las ganas de llorar.

Porque no soy mejor que él, no lo soy. Me cabreé porque estaba saliendo

con otra y se acostaba conmigo, y ahora estoy haciendo lo mismo que él. Doy asco, definitivamente.

Me pongo el pijama y me dispongo a dormir cuando alguien llama a la puerta. Camino hasta el pasillo, donde está ya Gabriel con los pantalones del pijama puestos.

—Debe de ser mi abuela, dijo que se pasaría para darme unos papeles. ¿Puedes abrir tú? Voy a vestirme.

Asiento, mientras ese sentimiento de culpabilidad va creciendo dentro de mí. Pero todo eso se esfuma cuando, en el rellano, veo que no es la abuela de Gabriel sino mi hermano. Se cruza de brazos, alza una ceja y al fin, habla.

—Qué poco has tardado, hermanita —menciona con socarronería.

Grandioso, la cosa no puede ir a peor, o sí pero ya sería el colmo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, intentando desviar el asunto.

—Venir a ver a mi amigo —dice con chulería, entrando hasta el salón—. No es de mi incumbencia, pero deberías volver al hotel, no creo que a tu prometido le haga gracia que estés aquí.

—¿Vas a decírselo tú? —le reto con la mirada.

—No me van los culebrones.

La rabia me sube por todo mi cuerpo. Ah, claro, ahora dice que no quiere meterse, ¡será hipócrita! No puedo cerrar la boca, y siendo muy consciente de que después de esto mi plan de venganza se irá a tomar por culo, se lo digo.

—Bien que me montaste uno hace tres años.

Mi hermano no se inmuta, pero lo conozco, y puedo ver en sus ojos un atisbo de inquietud que lo altera.

—¿Te lo ha contado él?

—No, el fontanero. ¡Pues claro que sí! Y parece que tú te ibas a llevar esa información a la tumba. ¿Te pareció una buena idea hacerme eso?

—No lo hice con gusto —replica, alzando la voz.

—Puede que tú no lo tengas, pero yo sí tenía corazón, y se rompió —escupo mis palabras mientras arrastro los pies hasta quedarme frente a él.

Me mira entonces con una expresión que juro que jamás le había visto a mi hermano, y es de preocupación.

—Lo siento, pero lo hice por tu bien. Gabriel está metido en cosas muy turbias, y lo último que quiero es que te entrometas. Es peligroso —recalca, pero no es nada que yo ya no sepa.

—Podrías habérmelo contado en vez de lo que hiciste. Soy tu hermana, lo habría entendido. ¿Quién es más manipulador, perspicaz o tenaz que yo?

Parpadea, buscando una respuesta coherente, cuando Gabriel aparece por el salón, y entonces es cuando pasa de esa ternura inaudita a poner ojos de «te voy a matar».

—Daniel, no te esperaba —dice este, ya vestido con unos vaqueros y una camisa rosada.

—Lo he notado. Teníamos un trato respecto a Júlia, ¿o ya no te acuerdas?

Espera, ¿un trato sobre mí? ¿Hola? ¿Qué leches me he perdido?

—Por si no lo habéis notado, estoy presente. ¿De qué trato habláis?

—De que yo me alejaba de ti hasta haber terminado con mis movidas, y luego él no se entrometería en nuestra relación.

Qué bonito, si ya tenían planeada mi vida sin mí conocimiento. ¿Para qué necesito un *coach* teniéndolos a ellos?

—Suponiendo que te perdonase, me divorciase de mi marido, porque ya estaría casada... cosa que no he hecho, y que no pensaba hacer. Qué bien te ha venido eso de Las Vegas, ¿eh?

—¿Las Vegas? Un segundo, ¿te casaste con él? ¿Ya estabais juntos entonces? —murmura Daniel, clavando la mirada hacia su mejor amigo.

Y no es una mirada demasiado agradable.

Esa parte vengativa y tenebrosa que tengo dentro, y que en el fondo todos tenemos —hasta la prima de Escarlata O'Hara, no existen personas tan buenas y pánfilas—, se está regodeando, sonriendo satisfecha cuando mi hermano le clava un puñetazo en toda la cara a Gabriel.

Pensaba que se lo devolvería, pero no lo hace. En vez de eso, se queda

sentado en el sofá alicaído, expectante de lo que mi hermano dice, que no es poco.

—¡Sois unos inconscientes! ¿A quién coño se le ocurre casarse en Las Vegas? ¡Os divorciáis ahora mismo!

—Eso voy a hacer —murmura el innombrable.

Independientemente de que me da igual lo que le pase a su herencia, su abuela sí que me cae bien, le prometí algo, puede que no se lo hubiese prometido, pero me comprometí a seguir casada con él hasta finales de este mes, y soy mujer de palabra.

—Lo peor acaba de pasar. Su padre me ha amenazado y yo he contratacado, lo tengo cogido de los huevos con la grabación. En serio, divorciarse ahora sería... una gilipollez.

—No estás en condiciones de decidir nada —me espeta mi hermano, haciéndome enfadar.

—¿Perdona? Soy mayorcita para decidir qué hago con mi vida, no necesito que tú lo hagas por mí. Daniel, no voy a dejar que tomes las decisiones por mí, ya lo hiciste en su día y mira hasta dónde nos ha traído todo. Básicamente estamos en las mismas, o peor. Así que, que sea la última vez que me digas qué es lo que debo hacer. Puedes avisarme, te puedo pedir consejo y puedes a advertirme cuánto quieras, pero no me obligues a hacerlo porque no lo haré.

—No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo un idiota intenta hacerte daño —se defiende él.

—¿Y vas a dejar que gane? ¿De veras crees que puede hacerme daño? No lo creo, te he dicho que tengo una grabación suya amenazando a Gabriel. Tengo toda la conversación.

Se lo piensa, sé que lo hace porque se ausenta durante unos minutos.

—No se me ocurre cómo, pero es peligroso así que, quieras o no, voy a divorciarme —insiste Gabriel.

Si pudiese, ahora mismo le daba una bofetada y me quedaba bien ancha, pero esta discusión no voy a ganarla con súper argumentos, no, sino con lo

único a quién puedes recurrir y nadie puede decir que no —y no, gente malpensada, no hablo de sexo—.

—Ahora mismo llamo a tu abuela y se lo dices tú, ¿eh?

Ja, es que lo sabía, su cara en este momento no tiene precio.

—Qué manipuladora eres, hermanita —murmura Daniel.

—¿De quién piensas que aprendí?

—Del mejor —exclama, tirándose flores a sí mismo.

—No te creas que con esto te he perdonado —añado con rapidez—. Vas a tener que currártelo.

—Ya lo daba por sentado. En fin, venía a informar a Gabriel de que he averiguado el número de alarma de la casa de Úrsula, así que podremos ahondar en sus trapos sucios, si es que tiene alguno.

—¿Esto no se llama allanamiento de morada, abogados?

—Es una forma de enfocarlo, yo prefiero «entrar en una casa ajena por causa de fuerza mayor evitando el deber de socorro».

—¿A quién vas a socorrer?

—Al gato, el pobre estará en el balcón a punto de matarse. Y habrá un video. ¿Qué? Siempre me cubro las espaldas. Creo que voy a necesitar ayuda externa, ¿podrías pedirle a Ernesto que me cubra?

—Pídeselo tú.

—Lo haré. Me voy —dice, mirando la hora—, tu encantadora amiga me espera para comer.

—Espero, por tu bien, que no estés jugando con ella. —Le hago una gran advertencia, solo para disimular, porque conozco a Aura y ella nunca dejará que nadie se acerque lo suficiente.

—Me gusta, es dura de pelar e igual de cínica que yo. Además, esconde algo, ¿qué es?

—Ves cosas donde no las hay —me ufano a decir.

—Sé lo que veo, y me fio de mi instinto. —Entonces se dirige a Gabriel—: Hablamos.

Él y yo volvemos a estar solos, y entonces sé que es la hora de resolver este pozo que parece que nos ha invadido, esta gravedad que hace que, a la mínima, algo nos separe y todo se quede en el aire sin resolverse.

Busco en el congelador alguna bolsa de alimentos y vuelvo con una de guisantes, que le coloco en el ojo que ya empieza a hincharse.

—Gabriel.

Él sujeta la bolsa mientras que, con el otro ojo, me mira como si me viese por primera vez.

—Emperatriz. No te vayas.

—Entonces cuéntamelo todo desde el principio. Todo, desde que me conociste —le pido.

—Está bien —asiente, cogiéndome de la mano, notándola fría y suave.

No es lo más conveniente ahora mismo, pero es lo que necesito, que sea sincero.

—Si dijese que me fijé en ti aquel día que nos encontramos en aquella fiesta, en la que te besé por primera vez, estaría engañándote porque no fue así. No eras invisible, nunca lo fuiste, pero para un chaval de doce años, una cría con algunos años menos no tiene mucha relevancia, salvo que esa cría sea la hermana de su mejor amigo y la conozca por eso. A los quince, nos fijábamos más en las chicas a las que les crecían antes las tetas y se dejaban besar, aunque después se lavasen la boca en la fuente del patio. Pero a los dieciocho, cuando tienes que ahuyentar a sus pretendientes porque su hermano no se fía, ya que lleva la falda del uniforme más corta de lo reglamentario y se pone esa cosa en los ojos para que se fijen en ella, es inevitable verla. Te veía, paseándote por el patio, contoneándote como un pavo real y me ponías con ese culo respingón. Por supuesto que a Daniel ni una palabra de eso, sé que me habría rebanado el pescuezo y me habría prohibido venir a su casa hasta para jugar al *Fifa*.

»Pensé que era algo psicológico, que me gustabas porque eras lo prohibido, prácticamente la única mujer que no podía tocar, y que en cuanto te perdiese

de vista, se me pasaría esa insana obsesión por tocar tus piernas, besar tus labios de querubín, tus hombros de maniquí y tu culo de brasileña. Entramos en la universidad, y ¿sabes qué? Que no se me pasó. A cada chica que se me cruzaba por delante la comparaba contigo, y ninguna te llegaba a la suela del zapato. No lo hacía a propósito, era mi subconsciente que, de golpe, me advertía de que no eras tú. Pero tampoco quería forzar las cosas, y tú apenas me conocías. Habíamos hablado miles de veces, pero quién sabe si te acordabas de mí, o si te sentías atraída por alguien como yo, tan insípido y altivo. Porque lo soy, solo contigo llego a ser esa persona divertida y apasionada, solo contigo soy esa persona que deseo ser. Tú me haces serlo.

—No soy buena —comento entonces, interrumpiéndolo por primera vez.

—Eres como eres, un poco malcriada y caprichosa, también vengativa y orgullosa. Y lo eres porque nunca has tenido un no, y luego has procurado tú misma tener todo lo que quieres, sin lugar a errores. Y no soportas que te traicionen, que se aprovechen de ti, por eso quieres hacer daño a quienes te lo hacen, porque, en el fondo, lo darías todo por la gente que te importa, la gente que realmente te importa. Por eso no puedes perdonarme, porque crees que traicioné tu confianza y jugué con tus sentimientos, pero no fue así. En aquella fiesta no pude creer que te fijases en mí, y que luego me siguieses el juego. Lo mantuve en secreto por miedo a que tu hermano lo descubriera, porque tú eres la persona de la que se siente responsable y hubiese sido una puñalada trapera, o lo fue. Si hubiese dependido exclusivamente de mí, a los dos meses te hubiese pedido salir formalmente, pero esperé porque fui un poco cobarde, porque eras la hermana de mi mejor amigo y no quería perderle.

»Así que esperé, buscando la forma idónea y el momento oportuno, pero nunca llegaba. Hasta que, en un momento dado, mi padre quiso hacer ciertas transacciones y prácticamente me obligó a salir con la hija del hombre con el que quería hacer negocios para propiciarlo. Sé que quieres saberlo y no, no me acosté con ella, no hubiese podido, Júlia. Y fue entonces cuando tu hermano me pilló. Se puso furioso, me pegó, como hoy, y me dijo que debía

terminar. Yo me puse a la defensiva, le dije que no lo haría, que te quería y que aquello era cosa de mi padre. Pero las cosas se pusieron feas; a la semana me llamó mi abuela advirtiéndome de que el abuelo había cambiado el testamento y que, según sus fuentes, no iba a gustarnos. Fue mi propio abuelo quien, antes de hacerlo, pidió un análisis de ADN para saber si yo era su nieto, cosa que me sorprendió, hasta que mi madre me contó lo que te expliqué. Supongo que mi padre le comería la cabeza con que yo no era su hijo, y este se la dejó comer.

—Pero tú eras su nieto, solo que del hijo equivocado —deduje.

—Por eso terminó incluyéndome en el testamento, pero con esa condición del matrimonio. Cuando todo se destapó, tuve que acudir a Daniel, era el único en el que confiaba, y por supuesto dijo que me ayudaría, pero puso la condición de que te dejase al margen, que todo aquello era muy turbio y que cuando terminase, me dejaba vía libre. Fue un gran avance, porque deseó que me muriese quemado en un incinerador de muertos.

—Les tiene pánico a esos hornos —musito.

—Lo sé —admite él.

Solo puedo apoyar la cabeza en su pecho y pensar que, al fin y al cabo, las cosas son mucho más extrañas y complicadas de lo que uno piensa. Y que huele demasiado bien para irme.

Capítulo 17

HAY QUE SER VALIENTE

La confesión de Gabriel solo agrava la situación en la que me encuentro, y no es otra que una gran encrucijada.

Nada es lo que pensaba, y ahora... ahora no sé qué puñetas hacer. ¿Puede un corazón perdonar y seguir queriendo de la misma forma que antes?

No, no lo creo.

Pero la realidad es que sigo enamorada y queriéndole, aunque de una forma diferente, no tan alocada y sin medir las consecuencias. Es un amor más pacífico, sin ser agresivo y exigente, es solo un querer constante sin pedir nada a cambio, porque no se lo pido, no, aunque sospecho que él también me quiere a mí.

—Estás fatal —arremete Aura mientras estamos arriba del todo del *Empire States*.

¿Que qué hacemos allí? Emma y su *Instagram*, cómo no. Una foto a lo Meg Ryan con gabardina y *look* parisino en las alturas.

—No me lo recuerdes. ¿Así está bien la foto? —le alargo la cámara y Emma asiente—. Necesito mantenerme ocupada, ¿cómo decían? Ah, sí, ocuparse y no preocuparse.

—¿Podemos ver una película? —pregunta Emma intentando cambiar de tema—. Hay varias que hacen en el cine.

—Vale. Pero ojito con cuál, que ahora gracias a ese blog que habla de cine

me he vuelto muy escrupulosa.

—¿Es una crítica de cine? —pregunto a Aura.

—No, es una tía que escribe lo primero que se le viene a la cabeza con referencia a la película, y es brutal.

—Ya me lo pasarás. Hay gente en el mundillo demasiado escrupulosa que escribe cada cosa... en fin, vámonos que me está entrando vértigo.

Pero después de bajar en ese ascensor del demonio, que va más rápido que el AVE, sí que me entra vértigo, mareo instantáneo y ganas de morir.

—¿Ernesto? ¿Pasa algo? —respondo al teléfono con rapidez.

—De pasar, sí. No se lo va a creer, pero el señorito Gerard se encuentra en el vestíbulo del hotel buscando su habitación. Habitación que no ocupa, cabe la redundancia.

Me da algo, me voy a morir de un infarto un día de estos.

—¿Cómo? ¿Qué demonios hace en Nueva York? —grito sin importarme que estoy en plena calle.

—Será que faltan solo dos semanas para su boda y.… sigue aquí.

—¡No me había dado cuenta! Ernesto, por favor, era una pregunta retórica. Si le dije que ya volvería. Vale, ¿te ha visto?

—No. Está discutiendo con el recepcionista, que no quiere darle el número porque es un desconocido.

Dios bendiga a los recepcionistas antiacosadores. Tengo que acordarme de dejarle una buena propina.

—Sal de allí y que no te vea. Supongo que querrá darme una sorpresa, así que aún tengo margen de movimientos.

—¿Cuál es el plan?

—No hay plan, solo hay que evitarle a toda costa hasta que me llame. Quédate dentro de tu habitación y no te muevas hasta nuevo aviso.

—Entendido.

—Cambio y corto.

Cuelgo y me apoyo contra la pared, respirando con dificultad. Me duele el

estómago, esto va a ser una pesadilla. ¿Qué hago?

—¿Júlia?

Mis amigas me están mirando como un animal en un zoológico.

—Gerard está en el hotel. Me he acostado con el innombrable y sigo casada con él. Doy asco y encima... no sé qué hacer.

Lo primero que hace Emma es abrazarme. Es curioso que sea la persona que menos abrazos ha recibido y la que más los da.

—Cielo, tienes que decidirte. Debes tomar una decisión, ser valiente y elegir un camino. Debes hacerlo, y creo que esta vez has de escoger con el corazón, porque si no lo haces te arrepentirás toda tu vida —me advierte Aura, con el cejo algo fruncido y en un tono maternal poco propio de ella.

—¿Y si me equivoco?

—No hay opciones equivocadas cuando las haces con el corazón. ¿Que puede salir mal? Claro que sí. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás —añade Emma.

Tienen razón, como siempre. Pero es difícil abandonar esa red de seguridad, muy difícil. Con Gerard tendría lo que siempre se ha esperado de mí, ser esa mujer poderosa al lado de un hombre poderoso, ser ese modelo de familia de clase media de anuncio que todo el mundo espera que seamos.

Y para alguien que ha vivido toda su vida con esa idea, adentrarse en algo desconocido como son los sentimientos verdaderos, es difícil. Porque en el fondo, no creo que todo sea para siempre, y cuando terminen esos sentimientos, ¿qué?

Pero siguen estando ahí, y eso debe de significar algo, ¿no?

Estaría bien que, si algún día me caso, sea porque estoy completamente loca por el que va a ser mi marido, y no porque toca hacerlo, porque ya llevamos un par de años saliendo y «a mi madre le hace mucha ilusión» y me hayan convencido.

—Volvamos al hotel, tengo que hablar con Gerard.

Hay ciertas situaciones en la vida que determinan el rumbo que vamos a

tomar. Por ejemplo, al escoger la carrera, la FP o el trabajo que queremos hacer; los amigos al inicio de la etapa del colegio; decisiones trascendentales con las que sabes que, elijas lo que elijas, no vas a volver a ser la misma que eras, que todo cambiará para bien o para mal.

Esa es una de esas encrucijadas. Dentro del taxi suena *You're the one that I want* de la película de *Grease* y yo por dentro no puedo pensar en otra cosa que no sea en Gerard.

Olivia Newton-John como Sandy lo tenía muy claro, pero yo no. Es decir, renunciar a Gabriel significa decir adiós a la seguridad de unos brazos siempre abiertos, a una vida plácida y a un hombre que me quiere, o eso pienso yo. En serio, ¿cuántos hombres pueden llegar a quererme? Con lo mala persona que soy, creo que tengo ya el cupo lleno.

—Estar sola no está tan mal —susurra Aura en un momento dado—. Quererte a ti misma es lo primero, Júlia. Aunque no creo que ese sea tu problema.

—¿Y cuál es?

—La confianza. Pero eso no es cosa tuya, Gabriel perdió tu confianza y es él a quién le toca recuperarla. Pero no debes dejar que eso te confunda por lo que sientes respecto a Gerard.

—No es que no le quiera, ¿sabes? Porque lo hago —confieso, respirando hondo—, solo que cuando tengo a Gabriel delante, es como si todo desapareciese, como si el mundo girase solamente en torno a él, y Gerard...

—Que le quieras no significa que estés enamorada de él. Yo te quiero mucho, pero no te metería mano —resuelve Aura, dejando que me apoye en su hombro.

—¿Has vuelto a quererte después de aquello? —pregunto, sabiendo que es un tema algo peliagudo.

—Lo he hecho. Respecto a la confianza, dudo mucho que vaya a poder depositarla en otro hombre —confiesa entonces, y sé que eso le entristece.

No me da tiempo a decirle que todo llegará, que estoy convencida de que

podrá hacerlo tarde o temprano, porque el taxi se detiene delante del hotel y nos bajamos.

Hay cosas con las que uno siempre debe lidiar, que tardan mucho tiempo en desaparecer, en curar esa herida, y no me refiero a algo físico, sino de dentro. Y Aura tenía una con la que batallaba cada día de su vida, solo que nadie era consciente de eso, excepto yo. La gente solo ve a una mujer seca, que mira por encima del hombro y no tiene casi lazos afectivos, brillante en su trabajo y arisca. Yo veo a una mujer que prefiere encerrarse en sí misma y porque así es como se siente segura.

Solo entrar en el vestíbulo del hotel, veo a Gerard sentado en una de las butacas mirando la pantalla del teléfono, inexpresivo. Es la hora, no te rajes, Júlia. Contengo el aliento y llego hasta allí, buscando que me mire. Y lo hace.

—¡Júlia! Qué susto me has dado —alega, poniéndose de pie—, ¿dónde te habías metido? Llevo por lo menos una hora peleándome con el recepcionista.

—Ya. Yo...

Queda descartado decirle que durante las horas anteriores he estado con mi... ¿marido? Sería muy extraño, y más si le cuento lo que hemos estado haciendo.

—Recibí una llamada muy extraña el otro día, decían que estabas en Nueva York por el asunto de tu divorcio —exclama entonces.

Lo sabe. Por supuesto que lo sabe, si no, ¿qué estaría haciendo aquí? El padre de Gabriel se ha vengado, y de lo lindo. Bueno, me ha facilitado la confesión, todo hay que decirlo.

—Es verdad —admito sin más.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte.

Esa es la respuesta fácil, pero esto no lo es, y buscar la complejidad de ella sería redundante e inútil, porque en el fondo sé la verdad. Sé que quería volver a ver a Gabriel.

—He tenido que llamar a todas partes. Incluso al tal Gabriel Vilaplana.

—¿Cómo?

No me ha dicho nada de esto. ¿De qué va? Será cabrón, si es que tiene un morro que se lo pisa.

—Me dijo en el lío en que se había metido, y el pacto que hicisteis.

—¿Te lo ha contado? —me extraño.

Gabriel es de esos que suelen destrozar a la competencia. Y Gerard sigue vivo y coleando.

—Claro. ¡Ahora caigo! Supongo que estarás en su casa y no en el hotel —dice de golpe.

—Eeeh, sí.

—Perfecto. ¿Vamos hacia allí? Tengo curiosidad por saber cómo es el mejor amigo de tu hermano.

Tengo miedo. Pero Gabriel se lo tendría merecido, meterlo en su casa y decirle que me voy a casar con él de todas formas, aunque no vaya a hacerlo. Si es que no lo entiendo, ¿por qué ha hecho esto?

Gabriel y Gerard se pueden decir que son parecidos y también completamente distintos. Uno es más bien castaño y el otro de pelo negro, uno tiene los ojos verdes y el otro... también pero el doble de intensos. Uno tiene la nariz pequeña y el otro más bien grande.

Gerard es afectuoso pero un pelín ficticio, le gusta mantener las apariencias más de lo debido y siempre hace lo que debe. Todo lo contrario que Gabriel, a quien le importa todo una mierda, la gente se la trae al pairo y es un poco *playboy*. O era.

¿Que habló con él y no me dijo nada? Pues ahora va a tener la oportunidad de hablarle cara a cara y en persona mientras le hago el boca a boca, a ver si eso le hace mucha gracia.

—¿Qué coño haces? —musita Aura antes de que entre en el taxi.

Pongo los ojos en blanco y dejo ir un suspiro.

—Procrastinar. Pero es que no entiendo a Gabriel, primero me dice que va a ir a por mí y ahora, de golpe, me arroja a los brazos de Gerard. ¿Qué coño

pasa?

—Estará preocupado por lo que te dijo su padre.

—Pero lo tengo controlado —aseguro.

—¿De veras? ¿Estás segura de ello?

Asiento y subo al taxi, pero sus palabras me hacen pensar. ¿En serio me está protegiendo o simplemente se ha cansado de mí?

Le doy vueltas al asunto en el coche, mirando por la ventana, cruzando Nueva York. En cuanto llegamos al apartamento, veo que Gabriel está en el comedor, escribiendo algo con el ordenador portátil. Cuando nos ve, se levanta enseguida, poniendo cara de póker.

—Supongo que tú debes de ser Gerard —exclama entonces, y le alarga la mano—. Un placer, soy Gabriel.

Gerard, como buen educado y de modales exquisitos, le da la mano y sonríe.

—Un placer conocerte. Tienes un apartamento muy moderno.

—Gracias.

Será hipócrita, tanta amabilidad y bien que el otro día me puso de cuatro patas en su habitación. ¡Arg! es que le estamparía ahora mismo ese *Canaletto* que tiene en la pared. Lo ve, mi rabia contenida, y le preocupa.

—Podrías haberme dicho que habías hablado con él. ¿Vas a mantenerme siempre al margen de todo? Porque estoy empezando a hartarme de esto —grito, pero no le tiro el cuadro.

—Gerard, ¿nos disculpas un momento? —pide Gabriel con cierta calma.

Sin que pueda replicar, me coge de la mano y me lleva hasta la cocina, cerrando la puerta.

—¿De qué coño vas? ¿Tanto decir que voy a por ti y toda la mierda, y cuando logras follarme, se te olvida todo? ¡Eres un gilipollas! ¿Me oyes? ¡Te odio, Gabriel!

Después de soltarle todo aquello, hace algo inesperado, y es abrazarme. Me eleva del suelo y me rodea con sus brazos, acariciándome la cabeza, mientras

yo hago todo lo posible para no llorar.

—Emperatriz, tengo que hacer esto. Te quiero demasiado para arriesgarme a que te ocurra algo, así que debo dejarte ir —murmura dejándome un beso en la frente.

Pero yo no quiero que lo haga.

—Ya te dije que lo tenía controlado y que...

—Mi padre me ha amenazado con matarte, a ti y a tus amigas, hasta eliminar cualquier rastro de la grabación. Tenemos que divorciarnos antes del viernes —alude, sin dejar de abrazarme.

—Entonces vas a perderlo todo.

Hace que no con la cabeza, mirándome fijamente a los ojos. Esos con los que estaría dispuesta a irme hasta el fin del mundo.

—Tú eres todo lo que me importa. Pero tienes que dejar que haga esto, no me lo pongas más difícil.

—¿Y para eso tenías que contarle una mentira a mi prometido? Le dijiste...

—No le mentí, solo omití lo que sentía por ti. Al fin y al cabo, eres tú la que debe decidirse.

Hago que sí con la cabeza, y es que en el fondo mi corazón ya eligió hace mucho. Solo que no estaba preparada para asumirlo.

—De acuerdo. Pero prométeme una cosa —le pido después de separarme de él—, que cuando acabe todo esto, no habrá más mentiras.

Sonríe, alargando la mano hasta acariciar mi mejilla. Es una sonrisa genuina y distorsionada, de ínfima esperanza.

—Eso no lo dudes, te lo prometo.

Busca entre varios cajones unos papeles y me los entrega. Son los del divorcio, los que debo firmar. Su firma ya está puesta.

—Le diré a Aura que les eche un vistazo, y te los envío esta misma tarde.

—De acuerdo.

—Me voy al hotel, entonces.

Antes de salir de la cocina, pega sus labios a los míos, y no sé por qué, ese

beso me sabe a despedida, cuando es en realidad la promesa de un nuevo comienzo.

—Avísame cuando llegues, emperatriz.

Al salir, le digo a Gerard que debemos volver al hotel y le muestro los papeles del divorcio. Una vez en el taxi, respiro intentando mantener la cordura.

—Júlia, no entiendo nada —confiesa él, entonces.

Es la hora de la verdad, así que me giro hacia él y busco, al menos, un pelín de valor dentro de mí para hacer esto.

—No quieres casarte conmigo, Gerard.

Frunce el ceño y abre esos labios finos y rosados. Me gustan sus labios, son suaves y cálidos.

—¿Qué?

—No me conoces, al menos una parte de mí, esa desagradable que no suelo mostrar al mundo. Soy caprichosa, vengativa y un coñazo cuando quiero. Me casé en Las Vegas por error, estando muy borracha, durante un viaje con Gabriel mientras nos acostábamos a espaldas de todo el mundo, y porque me pareció gracioso disfrazarme de Elvis y Priscila.

—De eso hace... ¿cinco años? Todos cometemos errores —responde.

—Ya, pero... hay personas a las que no consigues olvidar del todo, pasen cinco, diez o veinte años.

Tras una pausa bastante reveladora, Gerard se pasa la mano por el cabello, nervioso. Para no estarlo.

—¿Sigues queriéndole?

No puedo responder a eso, porque en un instante todo se vuelve negro y pierdo el sentido de la realidad.

Capítulo 18

DÍAS DE HOSPITAL

Siempre he creído que cuando una persona muere joven, se la idealiza, y es que eso significa que ha dejado de hacer muchas cosas, que no ha madurado como debía, no ha quemado todas las etapas que la vida ofrece.

Amy Winehouse, Jim Morrison, Brittany Murphy o Heath Ledger son esos famosos que murieron antes de llegar a la vejez.

Hay veces en la vida en los que piensas en la muerte, en qué sucedería si de un día para otro murieses. Yo misma alguna vez he pensado en la gente que vendría a mi funeral, quién lloraría, ¿seguirían mis amigas con su vida? ¿Y mi hermano? ¿Qué sentiría Gabriel?

Son cosas que sí, que te preguntas en un momento dado, pero que luego olvidas porque esas cosas no van a pasarte.

Pues aquí estoy. No, no muerta, pero sí inconsciente en una cama de hospital. Me han tenido que operar porque, del golpe, tenía una hemorragia interna, o algo así ha dicho el médico. Puede que no me mueva, que no pueda hablar, pero puedo escuchar a todos los que desfilan por el cuarto de la UCI donde estoy metida.

El primero en entrar ha sido Ernesto, será porque lo tengo metido como número uno en el listado de emergencias de personas a quien llamar. No ha dicho nada, solo se ha quedado mirándome con una expresión en el rostro que jamás le había visto: terror. Luego ha entrado mi hermano, el segundo a quien

tengo metido, y ha hablado consigo mismo, maldiciéndose.

El muy egocéntrico se cree que todo gira entorno a nosotros, pero esto ha sido un accidente de verdad. Si yo, lo poco que he podido ver, ha sido cómo el taxista contra el que hemos chocado preguntaba aterrorizado sobre mi estado de salud, mientras que también examinaban a unos turistas hindús que iban dentro.

En la UCI no puede pasar más de una persona a la vez, y cuando sale mi hermano y se cruza con Gabriel, puedo oír como el primero le grita.

Gabriel camina hasta mí y me toca la mano con timidez, tiene la cara desencajada, está pálido y los ojos aguados.

—No me hagas esto, emperatriz. Tienes que despertar, yo... haré lo que sea, voy a dejar que hagas tu vida y no me entrometeré, lo juro. Soy el único culpable de esto y no voy a perdonármelo.

Otro egocéntrico. A ver, que no sois el ombligo del mundo, chavales, que estas cosas pasan.

Entonces alguien lo llama por teléfono, y lo coge. Será maleducado, que estoy delante.

—¿Que si tengo los papeles? —dice, muy nervioso—. ¿Me estás tomando el pelo? ¡Cómo has podido hacerlo! Está en el hospital, así que escúchame bien porque solo te lo voy a decir una vez: se acabó tu juego sucio, voy a denunciarte y me da igual lo que puedas decir, te dije que ella era intocable, y lo has hecho. Te voy a hundir, gilipollas.

Cuelga sin escuchar, probablemente, nada de lo que su ¿tío? quería decirle.

Pero vamos a ver, que no era un sicario quién me ha arrollado, que no es tonto y más cuando aún no he firmado los papeles. Aunque, pensándolo bien, si muero tampoco va a poder cumplirse el término mínimo de matrimonio.

¡Mierda! No pueden dejarme sola, a ver si va a venir un sicario de verdad a despacharme mientras duermo.

Gabriel sale de allí hecho una furia y entra Aura, que tampoco habla directamente conmigo porque no creo que piense que puedo oírla, así que solo

veo que hace que no con la cabeza y poco más.

Emma es mucho más expresiva. Me cuenta que Gerard está bien, solo tiene contusiones y algunos rasguños, que yo he sido la peor parada porque el coche se ha empotrado justo en mi lado, de frente. Vaya, en la línea de mi suerte habitual. Que Ernesto se lo ha dicho a mis padres y que querían venir a Nueva York, pero que les ha convencido de que, si no despierto del coma inducido en un día, entonces sí que deberían venir.

Coma inducido, vaya.

Quiero despertar ya, que me estoy poniendo histérica. Que ahora Gabriel cree que su «padre» ha intentado eliminarme, y va a ir a por él de frente y con todo el arsenal, y eso es peligroso.

Cerebro, tienes que despertar porque si no.… Ay, que viene alguien. Es una enfermera, me cambian la bolsita que supongo que es suero. Mmm, qué sueñecito, bueno, mañana ya puede que despierte.

Si despertarte por las mañanas es duro, imaginaos hacerlo de un coma.

No sé cuánto estuve inconsciente, la verdad, pero cuando abro los ojos me parece que he dormido poco porque sigo cansada. ¿Habré muerto y me habré reencarnado en un koala?

No, sigo siendo humana, porque Ernesto está delante de mí.

—Respira con normalidad, tranquila.

Esa es la enfermera, y la doctora al lado, que me enfoca las pupilas con una luz que casi me deja ciega.

—Va a estar bien, solo necesita descansar, así que no se la moleste mucho.

Ernesto asiente, hasta que nos dejan solos. Quiero hablar, pero llevo un tubo metido en la boca, cosa que lo hace muy difícil.

—Será mejor que no hables. Menudo susto nos has dado, yo pensaba... —Se detiene, y veo cómo le tiembla la nuez y los ojos se le empañan—. Es la última vez que vas en un taxi, en el extranjero, sin mí.

Creo que es la primera vez que veo que Ernesto está a punto de llorar. Dios, ¿tan grave ha sido? No puedo evitarlo, así que alzo la mano y me quito ese tubo, pudiendo respirar por mí sola.

—¿Gerard?

La boca se me hace muy pesada, como si me costase un quintal abrirla. Pero tengo que preguntarlo.

—Está bien, a diferencia de ti, él llevaba el cinturón y, además, os dieron por tu lado del coche. Aunque se ha roto la pierna y quiere entrar a verte, pero no le dejan.

—¿Quién?

—Tu hermano, que, por cierto, está esperando a que salga yo para entrar. Voy a hacerlo, porque está muy preocupado.

Asiento, porque conozco a Daniel y sé que se estará subiendo por las paredes, amenazando con denunciar a todo el hospital.

—Les he dicho a tus padres que estás bien, y que en cuanto te recuperes volvemos a Barcelona, ¿de acuerdo?

—Sí.

No hace falta que me lo diga dos veces. No sé si ha sido una buena idea venir a Nueva York, porque solo he tenido problemas.

En cuanto sale Ernesto, Daniel entra por la puerta hecho una furia.

—¡Maldito hospital! ¿Qué se creen? ¿Que no pueden dar información al hermano? Joder, Júlia, voy a denunciar a ese taxista, no te creas que la cosa va a quedar así.

—Respira —musito, y porque me cuesta hablar, que si no le meto una parrafada para que se calme.

Está sudado, nervioso. Él, que siempre va con su impoluto traje y un aspecto perfecto, tiene ojeras y va despeinado.

—Gabriel está convencido de que ha sido su padre, que ha pagado a alguien para que provocase el accidente. Puede que para que se asustara y te hiciera firmar.

¿Qué?

—No lo creo.

—Yo tampoco, he investigado al taxista y no tiene nada a su nombre, ni ingresos. Y tampoco ha habido una bajada de dinero en sus cuentas. Oh, tengo una amiga en el banco. Total, que está en pie de guerra, y quedan dos días para el plazo, y dice que no os vais a divorciar.

De verdad, tener un marido que cambie de opinión como de camisa es un poco cansino. Pero me alegro, que se joda.

—Bien.

—No, bien no. Voy a montar guardia en el hospital hasta que pase el peligro. Y ya les he dicho a tus amigas que no salgan de la habitación del hotel, hasta les hemos puesto un guardaespaldas. No a lo Kevin Costner, es más parecido a La Roca.

—¿Y Gabriel?

—Está fuera, esperando a entrar. Está más histérico que yo. ¿Quieres verle?

Quiero, claro que sí. Es Gabriel, el innombrable, el que me robó el corazón y se lo quedó para siempre.

—Sí.

—Joder, le quieres de verdad, ¿no es así?

Oh, por supuesto. Estas cosas, cuando estás al borde de la muerte, adquieren una certeza inigualable, una claridad extrema. Piensas en lo que sería su vida sin ti y no te gusta la idea de que la pase con otra.

Puede que no me guste, y que encuentre doloroso esto porque, al fin y al cabo, estoy viva, pero también deseo que sea feliz y que, si hubiese sido el caso, desde el más allá, le hubiese buscado a alguien (que no fuese mejor que yo, eso sí), alguien bueno para él.

Porque de eso se trata, de que las personas a las que queremos sean felices, y que lo sean te hace feliz a ti.

—Voy a decirle que entre.

Asiento, y espero a que salga para que Gabriel pueda pasar.

Arrastrando los pies, Gabriel entra en la habitación llegando hasta el borde de la cama donde me encuentro. Me mira de pies a cabeza, pero sin llegar a hacerlo a los ojos, cosa que me molesta.

También tiene un aspecto de mierda, aunque el mío debe de ser cien veces peor. No puedo ni contar los días en los que no me he duchado. En serio, esas películas y series donde la protagonista se tira días en el hospital y luego despierta como si volviese del spa no son realistas.

—Tendría que haberte dado el divorcio —murmura, manteniendo la mirada fija en mis pies—. He sido un egoísta, y ahora estás así por mi culpa.

—No —respondo, sabiendo que no tiene razón.

No fue su «padre», estoy segura de ello, más que nada porque si me ocurría algo, di órdenes expresas a Aura de que lo llevase a la policía...

Ay. Madre mía. Que la he liado.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —pregunta, notando que me revuelvo en la cama.

—Aura tiene la grabación de tu padre. ¿Ha ido a la policía?

—Yo... no lo sé. Apenas he hablado con ella, la verdad. ¿Le dijiste eso?

—Que, si me ocurría algo, lo hiciese. Joder.

Esto significa que la policía empezará a investigar, y la policía de Estados Unidos no es como la de España, donde llegas con que hay alguien que te sigue y te acosa y se ríen en tu cara y luego escuchas cómo se parte con el compañero —esas cosas que a veces lees en *Twitter* y te entra una rabia...—.

—Espera, si Aura envía la grabación, es posible que detengan a mi padre y que deje de hacerme la vida imposible.

—O que se enfade. Gabriel, detén a Aura.

Si ese hombre se enfada, temo que sea capaz de todo y mucho más, como por ejemplo hacerle daño de verdad a Gabriel.

—No voy a hacerlo. De hecho, es lo que debería haber hecho yo desde el principio.

Dios, pero qué tozudo que es, ¡madre mía!

—Gabriel, por favor, si te pasa algo...

Se acerca a mí y, sin esperarlo, me da un beso en los labios, suave y cálido.

—Deberías descansar, y no quitarte el oxígeno. Que yo sepa, seguimos casados, ¿no?

—Eso parece, era hasta que la muerte nos separe, y sigo viva —musito.

—Entonces sigues estando bajo mi cuidado y protección. Por cierto, oficialmente soy accionista de la empresa, el término para el divorcio ha finalizado.

—Felicidades —exclamo antes de que me obligue a ponerme el tubo en la boca.

—No voy a obligarte a seguir casada conmigo. Sé que te hice daño, que soy un egoísta y que no he mirado por tu bienestar, que debí contártelo todo y escucharte. Sé que, si decides quedarte conmigo, siempre estará la sombra de lo que te hice acechando y, aunque voy a hacer todo lo posible para alejarme, puede que siga allí —explica, y en este punto, se inclina para besarme en la frente—. Te quiero, emperatriz, y decidas lo que decidas, voy a seguir haciéndolo, pero entiendo que no quieras tener nada que ver conmigo.

Cuando sale de la habitación, el corazón me late con fuerza, lo sé porque lo noto y porque el aparato se dispara, indicando un ritmo cardíaco superior al normal.

Siempre será él, lo sé. Siempre será Gabriel, y aunque ,llegados a este punto, podría parecer que estoy dispuesta a perdonar y a seguir adelante, hay cosas difíciles de olvidar. ¿Qué significa eso de si decido quedarme con él?

En primer lugar, hace todo el numerito de salir con la modelo esa y mi hermano lo alienta a que yo me entere para separarnos. Luego, para más inri, tengo que moverme yo y venir a Nueva York a por el divorcio. Después de pedírselo y no dármelo, cuando lo consigue, entonces decide que, si me quiere, es mejor alejarme.

Vamos a ver, ¿me ve cara de idiota? Estoy postrada en una cama, debería

estar aquí, diciéndome que no piensa moverse de mi lado, que va a hacer lo necesario para que lo perdone. Coño, que mueva su culo y me recupere como Dios manda, ¿tan difícil es eso de entender?

Hombres. Mejor comprar diamantes, ya lo decía Marilyn, pese a que ella misma no siguió su consejo y mirad cómo terminó.

Capítulo 19

VEN A POR MÍ

Una semana más tarde

Por fin me han dado el alta. Creo que voy a volverme loca si paso una hora más metida en esta habitación de hospital o si me como otra gelatina de limón de postre.

—¿Quieres parar de moverte? A ver si te van a volver a ingresar, pero por histeria —se queja Aura mientras recorremos los pasillos del hospital hasta llegar a la puerta, donde mi hermano nos espera.

Vestido de traje, como siempre, las gafas de sol y apoyado en la puerta de un coche.

—Hermanita, ¿estás segura de que quieres hacer esto? Mira que Gabriel...

—Que sí. Le he enviado los papeles del divorcio, ahora hacer algo está en sus manos. ¿Le has dicho que voy a casarme con Gerard?

Es mentira, no voy a casarme con él. El otro día tuvimos una charla bastante reveladora acerca de ese tema y decidimos que lo mejor era cortar nuestra relación. Yo me disculpé con él, le dije que de verdad que no era mi intención que pasara todo eso, pero que no podía seguir ocultando mis sentimientos, y que había sido feliz con él, y que también le quería, pero simplemente no pude olvidar a Gabriel.

Creo que fue porque seguía en el hospital, con el oxígeno y la cabeza envenado que no me gritó y me insultó, sino que se resignó. Que Gerard no es

de los que hacen eso, pero en el fondo, tampoco creo que yo fuese el amor de su vida.

—Se lo he insinuado. Vamos, sube al coche antes de que se plante en el hospital, aunque no creo que llegue a tiempo.

—Ah, ¿no? ¿Dónde está?

—En Canadá, vendiendo su parte de la compañía al tercer accionista. He podido convencer a la viuda del abuelo para que también vendiese su parte, así que su padre está en minoría en la sociedad.

—¿Vender?

—Eso me ha dicho.

Qué raro, yo creía que quería el control, no vender la compañía. Pero no me voy a poner a especular aquí en medio, así que subo al coche, donde mi equipaje ya está listo.

—Emma hace dos días que ha llegado a Barcelona, ¿y adivina quién acaba de aterrizar allí con su avión privado? —anuncia Aura, mostrándome una página de la revista de cotilleos.

Alargo la vista y lo leo.

—¿Ignacio Díaz de Sarralde? Menudo caradura, le dije que se alejase de ella y no me ha hecho ni puñetero caso. Me dan ganas de meterlo como el capullo que es en el reportaje de la revista —me lamento.

El camino hacia el aeropuerto se me hace corto, y es que despedirme de Nueva York no es fácil. Adiós, estatua de la libertad; adiós, Central Park; adiós, vida de locura.

Pero ya es hora de volver a la realidad, de volver a Barcelona, tomar las riendas de la revista otra vez y centrarme. Ahora que ya no hay boda, voy a poder concentrarme en mi vida profesional, en ser una gran directora de revista.

Al llegar al aeropuerto, Daniel para delante de la terminal de salidas internacionales en el aeropuerto de La Guardia, bajándose del coche. Me da un abrazo, algo extraño en él, pero se lo devuelvo. Al fin y al cabo, es mi

hermano.

—Cuídate mucho, nos vemos en dos semanas. Y diles a papá y a mamá que estoy perfectamente.

—Se lo diré.

Voy hacia el maletero para sacar el equipaje, pero de reojo veo cómo Daniel se acerca a Aura y le susurra algo. No puedo escuchar qué es, pero puedo ver cómo ella niega con la cabeza, pero no se aparta cuando él la toma por la cintura y le da uno de esos besos de tornillo con lengua incluida.

Cuando terminan, ella le da un golpe en el brazo, gruñendo, y viniendo hacia donde estoy yo, que disimulo estar muy ocupada sacando la enorme maleta. Aura hace lo mismo con la suya, y entramos en la terminal.

—Oye, ¿tú y mi hermano...?

—Hice lo que me pediste, no me he acostado con él. Lo he mandado a la mierda.

—Oh. Vaya.

Mierda, ¿por qué la gente se toma al pie de la letra mis instrucciones? Si es que a veces parece que no piense.

—No me mires así —se queja cuando nos ponemos en la cola para facturar.

—¿Así como?

—Incisivamente. Sé que lo has visto.

No puedo evitarlo, tengo que decírselo.

—Aura, ¿te gusta Daniel?

Ella parpadea durante unos segundos hasta responder.

—Está bueno. Joder, Júlia, tu hermano es una delicia, ¿sabes el esfuerzo que me ha supuesto no acostarme con él? Ahora por culpa de eso estoy obsesionada.

—Lo mismo que él. Vale, creo que ya he terminado con todo eso de la venganza. Acuéstate con él y así se te pasará. Si es que he sido una tonta al hacer todo esto, tendría que haber ido de frente porque, al final, todo ha terminado estallándome en la cara.

—Me alegra que hayas visto la luz, pero eso que estás haciendo con Gabriel... no lo veo yo muy claro —murmura—. En cuanto a tu hermano, eso espero.

Yo también lo espero. Porque Aura no puede encariñarse con Daniel, es demasiado capullo para ella. Aura necesita a alguien tierno, comprensivo y amable para que cure todas sus heridas y le haga perder los miedos que arrastra por dentro, que no son pocos.

***

No sé qué es peor, que hayan pasado cinco, CINCO días desde que volví a Barcelona y me hayan llegado todas las noticias de golpe, o estar sin noticias de Gabriel desde que me he enterado de aquello por terceras vías.

¿Y qué ha ocurrido?

Que detuvieron a su «padre» por mi accidente y la prensa se enteró. Pero antes de esto, Gabriel vendió sus acciones y le dio una parte a su abuela para que pudiese pasar el resto de sus días entre lujo y poderío. Con su parte, ha montado su propio bufete de abogados de Barcelona con varios *partnerts* internacionales y se ha fusionado con mi hermano.

—¿Has revisado las fichas que te he mandado? —pregunta Lyla asomándose por mi despacho con algo de miedo.

Ahora lleva el pelo rosa en vez de azul.

—No, escoge tú lo de las entrevistas. Yo estoy bastante ocupada con las tendencias. ¡Kike! —grito, perdiendo los nervios.

Ya lo sé, ya, que estoy de un mal humor insoportable. La gente de la revista lo achaca a que ya no me caso, y andan especulando sobre el si la ruptura ha sido amistosa, o dramática, o si ha habido cuernos de por medio. Creo que hasta han hecho una porra y todo.

Técnicamente los hubo, pero es un secreto que voy a llevarme a la tumba. Aunque otros dirían que en realidad me estaba acostando con el que era mi

legítimo marido, así que...

—Dime, jefa —murmura el fotógrafo, entrando en mi despacho.

—¿Has hecho el reportaje de esa nueva línea de bisutería?

—Hecho.

—¿Y las fotos de las mini Baldwin?

—También.

—¿Y los vestidos?

Kike hace que no con la cabeza y cierra los ojos durante unos segundos, para luego volver a abrirlos.

—Vete a casa, Júlia. Lo digo en serio, vete a casa y relájate, tómate una ducha relajante, hazte un masaje y mañana vuelves más tranquila —insinúa Kike, que desde Nueva York nos llevamos mejor.

—Estoy tranquila —digo en un tono un tanto irritado.

—Yo creo que no, y comprendo que lo que ha pasado ha sido... un tanto abrumador, pero la gente está empezando a estar descontenta cuando les gritas, cielo.

Joder, si es que tiene razón. Tiene toda la razón del mundo mundial. No debería de haber dejado que mi situación personal enturbiase esto.

—Ya lo sé, Kike, pero tengo que mantenerme ocupada —confieso.

—Entonces respira profundamente y ve a entrevistar al tío que Lyla ha escogido. Andrés está con él ahora mismo y dice que es un tocapelotas de cuidado. Ah, y que ha preguntado por la directora de la revista.

—¿Peor que Díaz de Sarralde? Seguro que no.

—Oh, qué hombre. Pero no es peor que él, aunque está igual de bueno, o más. Lástima que también juegue en tu liga y no en la mía. Oye —dice guiñándome un ojo—, ¿no te interesaría ahora que estás soltera y sin compromiso? Que es un bombón y encima el hombre de moda.

Arrugo la nariz porque, que yo sepa, sigo estando casada con el innombrable.

—Esto de soltera... es una larga historia. ¿Quién es ese hombre?

—Creo que se llama Vilaplana, Gabriel Vilaplana.

Empalidezco al instante, y creo que, si no estuviese sentada, me habría caído de culo. ¿Que Gabriel está aquí, en mis oficinas? ¿En mi revista?

—¿Qué?

—Cariño, estás pálida. ¿Qué ocurre?

—Que es... ¡mi jodido marido! ¿Por qué nadie me informó de ello? —vocifero sin piedad.

—¿Estás casada? Ay, yo que sé, Lyla lo llamó cuando aún estabas fuera para que saliese en el número siguiente de la revista y él aceptó. No sé más.

Jesús, María y José.

—Mierda. ¿Y ahora qué hago? ¿Voy o no voy? —exclamo nerviosa, sentándome y volviendo a ponerme de pie unas cuantas veces.

—Hombre, yo iría, ha preguntado por ti, ¿no? Y eso de que sea tu marido… vas a tener que contármelo después —susurra, muriéndose por saberlo todo.

—Ajá.

Bien, vamos allá, Júlia. Puede que se lo haya pensado mejor y no quiera estar conmigo. Yo esperaba un gran gesto romántico, pero no lo ha habido, así que a lo mejor esto es una despedida.

Es lo más probable, dadas las circunstancias, ¿no? O puede que esté enfadado, pero me da igual. Necesito que dé la cara por mí, que luche por mí, necesito esa seguridad que nunca me ha dado, y no voy a arrastrarme para ello. Fui yo la que aceptó ayudarle, la que insistió al final en luchar por nosotros mientras que él se rindió.

Me levanto de la silla y voy hasta la sala grande donde se hacen las entrevistas. Pongo la mano en el pomo de la puerta y, con las rodillas algo temblorosas, tiro hacia abajo y abro.

Allí está, más guapo si es que eso es posible, con el cabello liso, negro azabache, peinado hacia atrás, un traje gris marengo, la corbata verde esmeralda, del color de sus ojos, y una sonrisa ladina y socarrona, tan típica de él.

Él me mira, así como la periodista que está delante. Es ... ¿Olivia, Renata? No recuerdo su nombre, pero tiene un aire a Sara Carbonero.

Cruzo los brazos y agradezco lucir ese traje azul marino de pantalones anchos y tacones de escándalo, al menos parezco toda una profesional y estoy en igualdad de condiciones que la periodista.

—¿Hay algún problema? —menciona ella al ver que ambos nos miramos sin decirnos nada.

—Creo que ahora va a ser ella quien siga la entrevista a partir de aquí —murmura Gabriel.

Sus ojos escrutan mi rostro, buscando alguna pista sobre lo que voy a decir o hacer, pero intento mantenerme calmada y relajada.

—Si estábamos a punto de terminar —se queja ella.

—Querría hablar con mi mujer a solas, si no te importa.

Su mujer. Claro, supongo que no ha hecho nada con los papeles que le di. La chica se levanta intentando disimular su asombro, y sale de la sala. Genial, ahora irá con el chisme y lo sabrá toda la revista.

No me siento, sino que me quedo de pie, frente a él.

—Gabriel.

Él busca en una carpeta de piel negra, saca unos papeles y veo que son los del divorcio.

—Te falta una firma al final, te la dejaste.

Así que ha venido para eso. Hago de tripas corazón alargando el brazo y cogiendo un bolígrafo de la mesa, haciendo el ademán de que me los dé. Pero no lo hace. En vez de eso, coge el extremo de las hojas y las rompe por la mitad.

No, no ha venido para eso.

—Leí lo que hiciste con la empresa —se me ocurre decir, porque la verdad es que no sé qué decirle.

Él sonríe y atrapa mi brazo con la mano, tirando de él y haciendo que me siente encima de sus rodillas. Mierda, esto no estaba planeado, sentir su

respiración tan cerca, sus manos tocándome las piernas... Noto cómo mi lívido empieza a descontrolarse.

—Me harté de todo aquello. Quiero volver a empezar aquí, en mi ciudad —me explica, y entonces desvía la mirada hacia mis labios, mordiéndose el suyo —. Sé que te dije que serías tú la que decidiría qué hacer con lo nuestro, y que no haría nada, pero, joder, Júlia.

Frunzo el ceño y siento cómo mi piel se pone de carne de gallina cuando deja su suave aliento en mi oreja. Es una sensación extraordinaria, porque ahora tengo plena libertad para hacer lo que me dé la gana sin sentirme culpable.

—Eres idiota. ¿De verdad piensas que voy a ser yo la que vaya detrás de ti? Te recuerdo que la primera vez que me dejaste fue un tanto bochornoso, y la segunda prácticamente me rogaste que nos divorciásemos. Así que no va a haber una tercera vez, y si la hay, te juro que no vuelves a verme el pelo el resto de tu vida.

Y pienso cumplirlo. Que no pienso ser como Liz Taylor, que se casó dos veces con Burton. No, si hay divorcio, será por y para siempre.

Parece ser que no le importa, porque no da muestras de que mi discurso le haya molestado, al contrario, sigue sonriendo como si nada. Es entonces cuando sujeta mi nuca y me besa, de esa forma apasionada a la vez que calmada, sin prisas, saboreando mi saliva, degustando mi boca haciendo que me estremezca de placer.

Yo le respondo al beso, porque quiero, porque lo deseo y porque para mí es como entrar en el cielo. Así que sigo los movimientos de sus labios sobre los míos, el gimoteo de mi garganta dice que desea que continúe y su lengua raspa la mía, deslizándose delicadamente dentro de mi cavidad.

De todos los hombres a los que he besado, él es el mejor con diferencia, sabe qué es lo que me gusta, sabe el ritmo al que tiene que ir y la intensidad perfecta.

Se separa unos centímetros y me mira con los ojos llenos de deseo, acuosos

y emocionados. Se me encoje el estómago al verlos así, y tengo miedo, porque sé que él tiene ese poder intransferible y único de hacerme la persona más feliz o más desgraciada del mundo. Solo él tiene el poder de destruirme.

—Emperatriz, te quiero. ¿Sabes por qué he vendido la empresa? Porque no me valía la pena verte solo algún fin de semana, pasarme horas metido en un avión para mantener a flote algo que no me interesa lo más mínimo. He esperado demasiado tiempo como para estar perdiéndolo.

Asiento, intentando que sus palabras calmen mis miedos más feroces.

—Prométeme que no habrá más secretos, ni pactos con mi hermano, ni nada de nada —le exijo.

—Lo prometo.

—También prométeme que no vas a dejarme por nada superfluo, y si lo haces es porque ya no me quieres.

—Entonces no voy a dejarte nunca, porque nunca he dejado de quererte. Eres como una parte más de mi cuerpo, emperatriz, y aunque se puede vivir sin un brazo, no es recomendable.

No estoy muy segura de si su comparación es muy romántica, pero aceptamos pulpo como animal de compañía.

—Bien. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora voy a hacerte el amor, emperatriz, porque no aguanto un día más sin estar entre tus piernas.

—¿Aquí? —murmuro sorprendida.

—Aquí y ahora —responde con los dientes clavados en mi lóbulo de la oreja.

No tarda en levantarse de la silla y hacer que sea yo quién me quede sentada sobre ella, eso sí, desabrochándome el pantalón y tirando hacia abajo hasta tener en su visión mi tanga de color negro.

No tarda en arrodillarse y, con parsimonia, mirándome con picardía y deseo, hace que abra las piernas hasta quedar su nariz entre ellas. Empieza a dejar besos tiernos y delicados en mi muslo interior hasta que su boca se pone

encima de mi cavidad cubierta aún con la tela de encaje.

—Voy a comerte entera, emperatriz —susurra antes de quitarme el tanga y enterrar su boca en mi vagina.

Percibo su lengua recorriendo cada uno de mis pliegues, buscando deshacerme en un placer exquisito y sonoro. A cada lametada, suelto un jadeo y aprieto el reposabrazos con los dedos de las manos. Joder, me está comiendo el coño en la sala de juntas.

—Gabriel... —gimo, cerrando los ojos ante tanto gusto.

A base de prolongadas succiones en mi carne trémula y de lametazos y mordiscos imprudentes hace que me arquee, buscando hallar ese punto extremo de gozo infinito del que estoy a punto de disfrutar, pero se detiene antes de que llegue.

Alza la cabeza y me mira con expresión satisfecha.

—Estás sonrojada, emperatriz. Te pones preciosa cuando estás cachonda, creo que ya te lo había dicho antes.

Sus manos viajan hasta colarse por debajo de mi sujetador, apresando mis pechos con sus grandes manos. Pero no es suficiente, así que me quito la blusa botón a botón, y sin llegar a deshacerme de ella del todo, me desabrocho el sujetador, dejándolas libres.

Solo con rozar el pulgar por mi aureola, mis pezones se erizan volviéndose duros. Estoy desatándome, sintiendo sus dientes rozar ese botón pétreo, mordisquearlo. Llevo la mano derecha a su cabello y lo guio hacia el otro pecho.

La gloria sabe a sudor de Gabriel, a su saliva, y no quiero esperar a probarlos de nuevo. Así que me levanto del sillón y, completamente desnuda, me siento encima de la mesa acercando su cuerpo al mío tirando de la corbata.

—Bájate los pantalones —ordeno, tomando el control.

Pero así soy yo, me gusta mandar y él lo sabe. Pero también me gusta que él se ponga a veces juguetón y sea yo la que obedezca, pero solo con él.

Se quita el botón y se baja la cremallera, haciendo lo que yo le digo. Busco los botones de su camisa y se los desato uno por uno, dejando besos húmedos en su torso velludo, en su barriga.

—¿Y ahora? —pregunta, esperando mi orden.

—Fuera los calzoncillos.

Al ver su miembro erecto, grueso y palpitante, una excitación liviana me invade el bajo vientre, y no puedo más que rodearlo con mis piernas y acercar ese mastodonte a mi entrada, mientras me invade de nuevo la boca, rozando el pecho contra el mío, arañando cada superficie de su piel acaramelada y deliciosa.

Vibro y tiemblo esperando a que entre de una maldita vez, porque mi vagina está ya deseosa de envolverlo.

—Me faltan manos para acariciar cada parte de tu cuerpo, emperatriz —susurra en mi oído mientras su miembro se acerca a mi cavidad y empieza a entrar.

Lo absorbo, envolviéndolo poco a poco, sintiendo su masculinidad adentrarse en mi interior hasta que está del todo dentro.

—Joder, emperatriz, cómo me pones... eres puro vicio.

Sus palabras, gemidos, caricias, su tacto hace que pierda el norte y el sur, me desbarajusta y hace que todo a mi alrededor desaparezca, y que solo estemos él y yo. Él y sus besos dulces, delicados y esponjosos. Él y sus manos fuertes envolviendo mi trasero y empujándolo para adentrarse y luego salir en mí. Él y su respiración nerviosa y excitada.

Me hace el amor como antaño, sin restricciones ni coacciones mentales, sin nada que nos detenga, ni el hecho de estar en una sala de juntas ni que yo esté en horario laboral ni que sea una entrevista.

Mis caderas se balancean al compás de sus acometidas mientras siento cómo a veces me detiene al estar a punto de llegar. Pellizca mis pezones otra vez, me besa hasta la saciedad y me penetra con fuerza hasta que noto que ya no puede más y se corre, haciendo que yo también lo haga. Es una sensación

grandiosa, noto cómo exploto conteniendo los gemidos sobre el hombro de Gabriel y le araño la espalda.

Con el corazón desbocado, descanso la cabeza sobre su pecho, aún con las piernas enroscadas en su cuerpo, aun notando esa textura velluda que me hace algo de cosquillas y su miembro aún latente en mí.

Percibo su mano en mi cabeza, acaricia mi cabello en lentas pasadas hasta llegar a mi espalda. Me relaja, hace que cierre los ojos y que piense en quedarme así el resto de mi vida. Pero sé que hay que salir de aquí.

—Deberíamos vestirnos —menciono, dejando un pico en sus labios.

—Lo sé. Hay mucho que hacer, vamos —empieza a decir, buscando por el suelo su ropa y la mía.

—¿El qué? —pregunto, sin comprenderlo.

—Lo primero de todo, tienes que decirles a tus padres que nos hemos casado. Tu madre me adora así que no creo que se disgusten mucho. Y luego, tenemos que buscar casa, emperatriz. El mercado inmobiliario está otra vez en auge y es una pesadilla encontrar algo decente.

—Mi madre se va a escandalizar, y lo sabes.

Sobre todo, porque va a saber que no me casé con Gerard por Gabriel.

—Me da igual, estamos juntos en esto, ¿no? En lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad.

Suspiro y asiento, mientras me abotono la camisa.

—De acuerdo, pero luego no me vengas con que «odio a mi suegra», y cosas por el estilo ¿eh? —le advierto.

Maridos noveles, se creen que todo es un camino de rosas.

Capítulo 20

FIN

Mamá, como era de esperar, puso el grito en el cielo. Más que nada, porque quería que su hija tuviese una boda por todo lo alto, pero lo cierto es que a mí eso no me importaba. Casarte en Las Vegas es mucho más original que hacerlo en la Catedral del Mar o en Santa María Reina, y encima te ahorras un montón de dinero.

Me gritó a mí, por supuesto, porque a Gabriel le puso muy buena cara y lo achuchó diciendo lo mucho de que se alegraba de que ahora, por fin, y no ficticiamente, fuese familia nuestra —porque el hecho de que se hubiese pasado la mitad de su infancia en su casa no cuenta para ser miembro oficial—.

Sin duda subestimé su amor hacia él.

Así que he decidido hacer un especial en la revista de bodas exprés, los mejores *looks* para tu día más especial en la intimidad.

A Emma la ha fichado una empresa de moda muy famosa aquí en Barcelona, y tiene bastante trabajo con ellos. Al menos estando tan ocupada está fuera del alcance de Diaz de Sarralde, que ha tenido que volver a Nueva York con el rabo entre las piernas. Pero volverá, o al menos eso es lo que ha colgado en su página web oficial.

Personalmente, espero que no lo haga.

Aura ha vuelto a su rutina de trabajo en la auditoría, pero con el acoso y

derribo de mi hermano, por lo que veo. No entiendo su rollo raro de «ahora te beso, pero ahora no te me acerques» o «no voy a hablarte más, pero vamos a enrollarnos en el baño». Estoy esperando a que mi hermano se canse, como siempre acaba haciendo, pero parece que, como Aura alega que no va a acostarse con él, ha adoptado el modo cazador y no va a parar hasta ver a su víctima en la jaula —o en la cama—. Pero Aura es muy Aura, y quién sabe si se invierten o no los papeles...

Ernesto, por cierto, ha amenazado a Gabriel con que, como me pase algo, no va a ver la luz del sol para contarlo, pero como mi innombrable está ya muy concienciado con eso, solo asintió y dijo que no se preocupara, que no volvería a dejarme desprotegida. Y vaya si lo ha cumplido porque ahora voy con guardaespaldas, o sea, un tormento, y encima tiene cincuenta años y es más feo que Salvatore de *En nombre de la rosa*. Dice que, si me pone a alguien como a Kevin Costner a lo mejor hacen una película de *El guardaespaldas II*, pero protagonizada por la directora de una revista de moda.

Una chorrada, vamos.

—¿Me estás prestando atención? —pregunta Gabriel, haciendo que alce la cabeza.

—No. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que este piso me gusta, es el mejor de todos los que hemos visto.

—¿Incluido el bajo con jardín?

—Este tiene una terraza enorme. Podemos montarnos nuestro *chill out* y poner algunos setos alrededor, pero no muy altos, quiero hacerte el amor en los sofás de fuera y que la gente se pregunte si realmente lo estamos haciendo.

—Eres terrible —murmuro, viendo la terraza, y solo con imaginármelo, ya se me sube toda la libido.

—Y te encanta, emperatriz.

—Me chifla. Gabriel…

—Dime.

—¿Te acuerdas de aquel día en Las Vegas?

Sonrío, porque, aunque hace cinco años de aquello, hay cosas que no se olvidan, y aunque ninguno de los dos sabía que aquel matrimonio era real, para mí fue como si lo fuese.

—Me acuerdo, aunque íbamos muy perjudicados.

—Tanto que ni nos enteramos de que la iglesia era de verdad. ¿Te acuerdas de lo que dijiste?

Asiente, y se inclina en mi oído para susurrarme aquellas palabras que hicieron darme cuenta de que, Gabriel, era y será el amor de mi vida.

—Voy a volver a decirlas en nuestras bodas de plata.

—¿Voy a tener que esperar veinticinco años? —digo decepcionada.

—Da gracias que no he dicho las de oro. Y, ahora solo faltan veinte.

—Pero están las de papel, que son a los tres años.

—Esas nos las saltamos, cariño.

—¿Y las de bronce? Son a los 8.

—Allí tengo otra sorpresa preparada.

—Miedo me das.

Al final no conseguí el divorcio, sino un marido un poco tocapelotas y algo mandón, pero perfecto para mí. Y qué le vamos a hacer, si yo le quiero así. Lo que pasa en Las Vegas, a veces por suerte, no se queda en Las Vegas.

Hace 5 años en Las Vegas....

Es una locura. Hace menos de tres meses que estamos... bueno, no sé qué estamos haciendo Gabriel y yo.

Vaya, que ya sé lo que «hacemos», no es tan difícil, pero lo que no sé es a qué nos llevará todo esto, si es que llega a algo. Porque, aceptémoslo, él es el mejor amigo de mi hermano, su inseparable compañero, como Stasky & Hutch, Mortadelo y Filemón, bla, bla, bla.

Pero estoy demasiado borracha como para pensar en eso ahora, la verdad. Porque después de su reunión de negocios, me ha llevado a cenar a un

restaurante y ahora a tomar unas copas mientras nos reímos de los personajes que entran en el casino.

—Después de esta copa, voy a llevarte en brazos hasta la habitación —susurra en mi oído, haciendo que me estremezca por el aliento chocando con mi piel.

—Preferiría que me cogieses de la mano, lo segundo es como muy obvio —protesto entonces.

—¿Te avergüenzas de mí, emperatriz? —Hace ver que se indigna, y pone morritos.

—Ya sabes que no. ¡Mira! Se han disfrazado de Elvis y Marilyn —exclamo, al ver a unos pasearse por allí y hacerse fotos.

Entonces veo ese brillo intenso en su mirada.

—¿Quieres hacerlo? Vamos, es algo típico de Las Vegas, ni siquiera es real si no quieres que lo sea.

—¿Casarnos en Las Vegas? Mmm, ¿por qué querrías casarte conmigo?

Entonces se inclina hacia mí y me susurra algo que nunca olvidaré.

—Porque no hay ninguna otra mujer para mí. Ni la habrá. ¿Y tú, emperatriz?

Parpadeo varias veces, el alcohol hace estragos en mí y hace que pueda pronunciar aquellas palabras pese a que no sé muy bien si es el momento oportuno.

—Porque has visto lo peor de mí, y yo he visto lo peor de ti, y aun así aquí estamos.

También podría haberle dicho que estoy loca por él, pero eso es como decírselo. Vamos, que acabo de decirle que estoy hasta las trancas por él, y creo que él también.

—Entonces vamos a casarnos.

Que lo decía en serio. ¡No me lo creo! Pero me hace gracia, y empiezo a reírme. Va a ser divertido.

—Espero que la luna de miel sea memorable —le susurro antes de entrar en

el sitio de donde salen todos disfrazados.

Me tambaleo al entrar, pero él me sujeta con fuerza. Hay cola, por lo que veo. Gabriel habla con un hombre, que le hace firmar algo y rellenar un formulario. Es la factura, por supuesto. Luego nos hacen enseñar nuestros pasaportes, como siempre que pido bebidas alcohólicas, y hasta nos hacen firmar una licencia. Es muy realista, la verdad, da totalmente el pego.

Hay disfraces a elegir, y yo elijo un simple velo corto y un ramo de rosas falso.

—¿No hay Marilyn? —pregunta él, que directamente no se disfraza.

—No. ¿Era una fantasía tuya?

—Para nada. Así mejor, me caso contigo y esto sí que es una fantasía hecha realidad.

Rio nerviosa y lo llamo pelota, pero nos acercamos al hombre que sí va disfrazado, y al son de *Can't help falling in love*, nos damos el sí quiero.

Ya sé que no es verdad, pero siento que sí lo es. Una tontería, ya, pero ahora mismo siento que tenemos un vínculo inquebrantable y que, aunque no sea un matrimonio de verdad, significa algo. Dios mío, estoy demasiado enamorada de este hombre, y mi hermano me va a matar cuando se entere. Porque lo acabará sabiendo a no ser que no funcione, y demonios, yo quiero que funcione.

Nos besamos como si nuestras bocas quemasen y sí, me lleva en brazos hasta el ascensor.

—Señorita Montfort, ya es usted oficialmente mi mujer. ¿Sabe lo que significa?

Niego con la cabeza, totalmente derretida y borracha, ergo soy un jodido charco de miel. Voy a vomitar arcoíris y purpurina.

—No.

—Que estaremos juntos hasta que la muerte nos separe.

—Sin objeciones —respondo, rodeándolo con mis piernas mientras entramos en la habitación del hotel.

Si esto es un sueño, no quiero despertar, por favor.

FIN

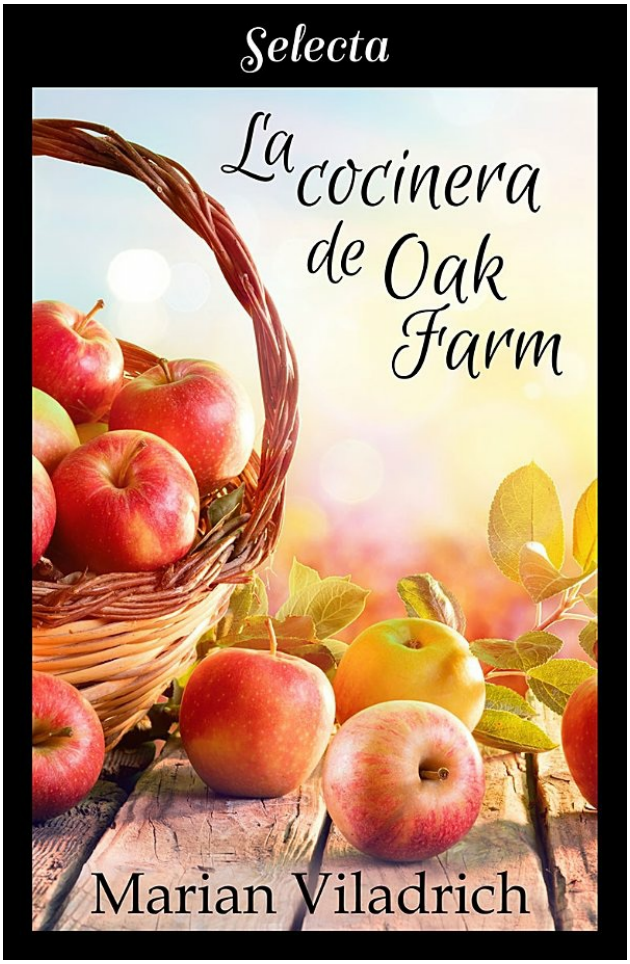
Si te ha gustado

Lo que pasa en Las Vegas

te recomendamos comenzar a leer

La cocinera de Oak Farm

de *Marian Viladrich*



Prólogo

Grant Miller observó su móvil como si fuera un objeto extraño antes de dejarlo con suavidad sobre la mesa. Hizo girar la silla y su mirada se perdió sobre la impresionante vista que le proporcionaban los amplios ventanales de su despacho. La City de Londres se extendía ante él bajo el templado sol de agosto, que arrancaba algunos destellos a las ventanas de los edificios cercanos. Quería alegrarse por su mejor amigo, pero no conseguía encontrar dentro de sí mismo la calidez suficiente que le permitiera emocionarse por la futura paternidad de Tyler Hamilton. Tan solo notaba la misma frialdad que lo acompañaba desde hacía años, cuando tomó todas las decisiones incorrectas.

Con un suspiro, tecleó en el ordenador, tratando de concentrarse en el trabajo, pero una nueva llamada distrajo su atención. El nombre de su hermana parpadeó en la pantalla y, por un momento, estuvo tentado a dejar que saltara el contestador. Pensó que había tenido suficiente con la exultante llamada de Tyler desde Nueva York y no se veía con fuerzas para hablar con su hermana. En realidad, Rebecca era ya lo único que lo ataba a Oak Hill, la pequeña ciudad de Carolina del Norte en la que creció, y a veces le costaba respirar cuando recordaba todo lo que dejó atrás para encerrarse en la jaula que él mismo se había construido.

Finalmente contestó la llamada. La voz dulce de Rebecca le llegó como si no estuvieran separados por un océano y, de inmediato, reconoció la preocupación en su tono.

—A Ethan le han ofrecido un trabajo en el condado de Craven —explicó de forma atropellada—. Un buen trabajo —puntualizó y Grant casi pudo ver a su hermana mordisqueándose el pulgar a causa de los nervios—. Es una gran oportunidad y quiero irme con él. Creo que también es una oportunidad para mí, para dedicarme en exclusiva al *ballet*... Solo hay un problema —expuso

con voz vacilante—. No sé qué hacer con Oak Farm.

La mención de Oak Farm trajo irremediablemente el doloroso recuerdo de Liliana Peña, de su boca grande y generosa, de su piel tibia y sus profundos ojos oscuros, pero Grant ahuyentó la tentadora imagen con rapidez. Llevaba cerca de tres años luchando contra el recuerdo de Lil, al menos en cualquier papel que no fuera el de mejor amiga y socia de Rebecca. Juntas dirigían Oak Farm, una empresa de celebración de eventos de la que Grant era una especie de tercer socio en la sombra.

Años atrás, cuando Rebecca terminó la universidad, estaba demasiado confusa sobre su futuro y no tenía claro a qué quería dedicarse. Había estudiado *ballet* desde niña, pero odiaba los escenarios, así que Grant convenció a su hermana para asociarse en el loco proyecto de Liliana: restaurar una vieja granja abandonada a las afueras de Oak Hill y abrir su propio negocio. Los hermanos Miller, que provenían de familia adinerada, disponían de los fondos necesarios para poner en marcha la empresa. Solo había un pequeño problema: Lil jamás lo habría aceptado como socio, así que Grant propuso a su hermana firmar con ella un acuerdo privado e invertir en Oak Farm sin que Liliana lo supiera.

—Las cosas no van demasiado bien y no sé cómo irme sin perjudicar a Liliana —continuó Rebecca durante aquella larga conversación telefónica, sin dejarse intimidar por el silencio que encontraba al otro lado de la línea—. Lil no podrá comprar mi parte y hacerse cargo de la empresa ella sola. Además, lo que yo decida te afecta a ti, por supuesto, así que quería consultarte. He pensado que podríamos buscar un inversor interesado y venderle nuestra parte, aunque no sé si a Lil le gustará esa solución...

—¿Lo has hablado con ella? —preguntó al fin.

Rebecca negó, avergonzada.

—No me he atrevido. Ethan cree que tengo que decírselo ya y empezar a tomar decisiones, porque se incorporará a su nuevo trabajo en algo más de un mes, pero... Voy a dejar tirada a mi mejor amiga y no sé cómo solucionarlo.

Grant asintió lentamente.

—¿Por qué dices que las cosas no os van bien? Creía que estabais desbordados de trabajo...

Rebecca tomó aire y empezó a dar una serie de confusas explicaciones, pero nunca fue buena con los números y se enredaba con las cifras y los datos.

—Tengo un montón de documentación. Si quieres puedo enviártela ahora mismo...

Grant asintió y al cabo de unos minutos recibió en su *email* los documentos prometidos. Revisó los informes de Oak Farm y confirmó las malas expectativas de su hermana. Lil era un genio en la cocina y a Rebecca se le daba bien la organización de eventos, pero las chicas no tenían ni idea de llevar un negocio y habían tomado bastantes malas decisiones. Allí hacía falta alguien con conocimientos en gestión empresarial y ninguna de las dos poseía experiencia en ese ámbito.

El sonido del intercomunicador interrumpió sus pensamientos. Pulsó el botón y escuchó la voz áspera de su secretaria, tan rígida y formal como un ama de llaves victoriana.

—Señor Miller, su padre le ha convocado a una videoconferencia dentro de una hora. ¿Quiere que le conecte en su despacho o prefiere la sala de reuniones?

Grant ahogó un gruñido de fastidio. Creyó que trasladarse a Londres le permitiría marcar las distancias con su padre, pero la asfixiante presencia de Conrad Miller llegaba hasta Europa. Nunca debió trabajar para él, había sido un completo error. Otro más de todos los que había cometido en sus veintinueve años de vida.

—Me conectaré aquí. Gracias, Alice.

Trató de concentrarse de nuevo en el trabajo. Era todo lo que hacía en Londres. Trabajar doce o catorce horas diarias y, de vez en cuando, salir a tomar una copa o a jugar al tenis con aburridos ejecutivos como él. A menudo se sorprendía añorando Oak Hill, donde había conocido a las pocas personas

que realmente había querido a lo largo de su vida. Entonces no supo valorarlas e hizo muchas cosas mal, demasiadas. Si pudiera volver atrás... Si pudiera volver... Abrió la página web de Oak Farm y la estudió con atención. Él podría arreglarlo, pensó de repente. La idea surgió como un rayo, invadiendo su mente con una claridad indiscutible. Él podría hacer que aquella pequeña empresa saliera adelante. No tenía ni idea de organizar eventos, pero sabía llevar un negocio, captar clientes, tomar decisiones financieras... No sería fácil, claro, pero parecía un buen reto: levantar una empresa a punto de caer, salir de una vida monótona y de un trabajo que odiaba para sumergirse en un proyecto que siempre le había parecido apasionante... Tal vez era la solución a todos sus problemas, la manera de tomar las riendas de su vida, dejar atrás a su padre y encontrar un poco de respeto hacia sí mismo.

Liliana... Lil nunca lo aceptaría. Hacía años que había perdido todas sus oportunidades con ella, pero, por otra parte, la posibilidad de volver junto a ella convertía aquel desafío en lo más interesante que le había pasado en los últimos tiempos.

Júlia descubre que hace cinco años se casó con su ex en Las Vegas, y necesita el divorcio.
Una desternillante comedia romántica con la que vas a troncharte de risa.

Hace cinco años, Júlia cometió el mayor error de su vida sin darse cuenta… hasta ahora.

Casarte en Las Vegas con tu ligue del momento puede pasarte factura ¡y muy gorda!, sobre todo cuando estás a punto de casarte con el hombre perfecto.

Necesita un divorcio rápido, limpio y sin huellas, y todo ello antes de un mes.

¿Lo conseguirá?

Eneida Wolf es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Eneida Wolf
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-92-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Lo que pasa en Las Vegas...

Prólogo
Capítulo 1. Yo, yo misma y mi vida
Capítulo 2. La famiglia
Capítulo 3. La amistad puede ser eterna
Capítulo 4. Voyage, voyage
Capítulo 5. New York
Capítulo 6. The Lawyer
Capítulo 7. Amor sin preaviso
Capítulo 8. ¿Es broma?
Capítulo 9. Los problemas se multiplican
Capítulo 10. The Grandma
Capítulo 11. Crisis pasajera
Capítulo 12. No te fíes de los hombres
Capítulo 13. Código rojo
Capítulo 14. Mala noche
Capítulo 15. Días de juzgados
Capítulo 16. Infidelidad
Capítulo 17. Hay que ser valiente
Capítulo 18. Días de hospital
Capítulo 19. Ven a por mí
Capítulo 20. Fin

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Eneida Wolf

Créditos